H.K. CHRISTIE

SU NOCHE SILENCIOSA

UN THRILLER NAVIDEÑO DE MARTINA MONROE



SU NOCHE SILENCIOSA

UN THRILLER NAVIDEÑO DE MARTINA MONROE

H.K. CHRISTIE



Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, acontecimientos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Copyright © 2025 de H.K. Christie

Diseño de cubierta de Odile Stamanne

Reservados todos los derechos.

No se podrá reproducir ninguna parte de este libro por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor, a excepción del uso de citas breves en una reseña literaria.

Si desea utilizar material de este libro, deberá obtener un permiso previo por escrito contactando con el editor en:

www.authorhkchristie.com

Primera edición: 2025

Para todos los niños que pasaron las vacaciones de Navidad acurrucados bajo las mantas, con los ojos como platos ante el resplandor del televisor, retándose a sí mismos a ver una película de miedo más.

ÍNDICE

1. Él
2. Detective Kate Maddox
3. Martina
4. Él
5. Detective Kate Maddox
6. Detective Kate Maddox
7. Detective Kate Maddox
8. Martina
9. Él
10. Martina
11. Detective Kate Maddox
12. Él
13. Martina
14. Él
15. Natalie
16. Detective Kate Maddox
17. Detective Kate Maddox
18. Él
19. Detective Kate Maddox
20. Detective Kate Maddox
21. Él
22. Martina
23. Detective Kate Maddox
24. Detective Kate Maddox
25. Él
26. Martina
27. Natalie
28. Martina
29. Martina
30. Él
31. Detective Kate Maddox
32. Detective Kate Maddox

33. Detective Kate Maddox
34. Natalie
35. Martina
36. Detective Kate Maddox
37. Él
38. Martina
39. Martina
40. Natalie
41. Detective Kate Maddox
42. Martina
43. Natalie
44. Martina
45. Natalie
46. Martina

Una Nota De H.K. Christie
Acerca del Autor

1

ÉL

La cabeza del hombre golpeó el suelo con un ruido sordo y húmedo. Su cuerpo se sacudió una vez y luego quedó inmóvil. Me quedé de pie junto a él, con la respiración entrecortada, el atizador de la chimenea resbaladizo en mi mano enguantada. La sangre se acumuló bajo su sien y se extendió por el parqué. No había querido que acabara todo hecho un desastre, pero algunas cosas y algunas personas se merecen el desastre.

Arrastré su cuerpo por el salón, dejando por desgracia largas manchas rojizas por el camino. Tendría que darme prisa con la limpieza, pero estaba preparado. Ya había planeado limpiarlo todo antes de irme. Lo había planeado todo al detalle, porque todo tenía que ser perfecto. Mi mensaje tenía que ser claro.

De mi maletín, cogí la cinta de embalar transparente y se la enrollé alrededor de la cabeza para contener la sangre. Cuanto menos desorden, mejor. Después de limpiar el estropicio de alrededor, me volví hacia el traje de Papá Noel que había dejado preparado en el sofá. Era de un terciopelo de alta gama de color borgoña oscuro, no el tipo de traje barato que encontrarías en un bazar o en un hipermercado. Lo habían hecho por encargo.

Me arrodillé junto al hombre y le quité la chaqueta; luego le arranqué los pantalones, dejándolo en ropa interior. Pesaba más de

lo que había previsto. Sus miembros se movían como peso muerto mientras le metía los pantalones rojos por las piernas y luego le ponía la chaqueta sobre el torso, abotonándosela con esmero. Le encasqueté el gorro sobre el pelo canoso y, por último, las botas. Eran negras y relucientes, con hebillas doradas que brillaban bajo las luces del salón.

Iba vestido para las fiestas, como había hecho en el pasado. Probablemente no pensaba que yo lo supiera. Pero sí que lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Lo único que lamento es no haber podido decirle por qué este era su destino. Quizá supiera que alguien vendría a por él, tarde o temprano. El karma es así.

La escena era casi perfecta. Un árbol de Navidad se alzaba junto a la chimenea, con las ramas cargadas de luces y adornos. Los calcetines navideños estaban colgados con esmero. Unas velas sin llama bordeaban la repisa de la chimenea y las mesitas auxiliares.

Cuando estuvo vestido, fui encendiendo cada una de las velas. Eran una maravilla. Parpadeaban como llamas de verdad y su luz danzaba por las paredes. Mientras contemplaba la espantosa estampa, pensé en lo que él había hecho. Aquellos actos tuvieron consecuencias nefastas. Consecuencias desgarradoras que destrozan vidas.

Era hora de que pagaran por sus pecados. Hora de que el mundo entendiera lo que habían hecho. Hora de detenerlo, de una vez por todas.

Levanté al hombre por los hombros y lo empujé. El tiro de la chimenea era estrecho, pero no imposible. Resultó más complicado de lo que había esperado. Sus miembros se enganchaban en los ladrillos y sus hombros se resistían al ángulo. Aun así, continué. Empujando. Forzando. Hasta que quedó encajado dentro.

Ahora solo se veían las botas negras y relucientes y los bordes de los pantalones de terciopelo rojo rozando el suelo del hogar. Di un paso atrás y examiné mi obra. Era un símbolo. Pero, más que eso, era un ajuste de cuentas.

En el hogar, encendí una cerilla. La yesca de pino seca del fondo prendió rápidamente y las llamas crepitaron. El calor ascendió en agudas oleadas. Observé durante un instante, dejando que el olor a

humo y a algodón chamuscado impregnara la habitación. Era denso y amargo, como la Navidad no debería ser jamás.

Al cabo de un momento, me di la vuelta y me dirigí a la repisa, al primer calcetín, y metí un sobre rojo dentro.

Antes de empezar a limpiar, dejé que mi mirada se desviara de nuevo hacia el fuego. Las llamas estaban creciendo. A cada instante, se enroscaban más alto mientras subían por la chimenea hacia el cuerpo. La imagen permaneció en mi mente mientras frotaba cada superficie, borrando todo rastro de mí. Incluso con guantes y gorro, nunca se es demasiado precavido. Con un movimiento de cabeza, salí a las frías primeras horas de la oscura mañana de diciembre, con el corazón latiendo a un ritmo constante y el alma satisfecha. Por ahora.

2

DETECTIVE KATE MADDOX

EL CADÁVER SEGUÍA ENCAJADO en la chimenea cuando llegué. Los detalles que me había proporcionado la central eran confusos, pero lo bastante claros como para saber que me adentraba en la escena de un crimen como ninguna que hubiera visto antes.

Bajé del coche y me subí la cremallera de la chaqueta para protegerme del frío de la bahía. Era media mañana y el sol se escondía tras una espesa capa de nubes bajas y grises. La lluvia había amainado hasta convertirse en una neblina, lo justo para humedecer el asfalto y darle al aire esa humedad tan familiar de diciembre.

La casa de estilo victoriano se alzaba en una calle tranquila de Oakland, con su capa de pintura reciente brillando levemente a pesar de la penumbra. Un llamativo cartel de «Se vende» se mecía suavemente en su poste. Todo en ella invitaba a pensar en un nuevo comienzo, excepto el cadáver que había dentro.

Mientras subía los escalones de madera hasta la puerta principal, unas gotas de agua resbalaron desde el borde del tejado y cayeron sobre mis hombros. Le enseñé la placa al agente que estaba de guardia fuera.

—Detective Maddox, de Homicidios.

El patrullero, un chico joven que probablemente aún se estaba sacudiendo los nervios de la academia, se apartó rápidamente.

—La están esperando dentro.

Antes de agacharme para pasar por debajo de la cinta amarilla de la escena del crimen, me detuve.

—¿Quién está ahí dentro?

—El agente Granger, la forense y un par de técnicos.

—¿Quién dio el aviso?

—El jardinero. Esta mañana vio que salía humo de la chimenea y llamó al propietario. Se suponía que la casa estaba vacía. La habían preparado hacía semanas para enseñársela a posibles compradores. El dueño pensó que serían okupas o gamberros —cambió de postura —. Cuando el agente que acudió al aviso llegó, la puerta principal estaba abierta. Entró y fue entonces cuando encontró el cadáver.

—¿Quién era ese agente?

Como si lo hubieran invocado, el agente Ogden se acercó y saludó con la cabeza. Ya habíamos trabajado juntos, lo suficiente como para saltarnos las formalidades.

—¿Lo encontró usted?

Soltó el aire despacio.

—Sí. Es… espeluznante. Prepárese.

Después de diez años en Homicidios, había aprendido que siempre hay algo peor esperándote tras la siguiente puerta. Justo cuando crees que ya lo has visto todo, aparece un nuevo tipo de horror. Ogden me guio por la casa.

El interior era diáfano e impersonal, a excepción de la decoración navideña. Hacía frío; la calefacción de la casa debía de estar apagada. Muebles nuevos llenaban las habitaciones, los cojines estaban ahuecados y una manta acogedora aparecía doblada sobre el brazo de un sofá que nunca se había usado. En la repisa de la chimenea parpadeaban unas velas a pilas. Cuatro calcetines rojos colgaban de ganchos plateados. Y debajo se encontraba la razón por la que yo estaba allí.

Dos botas carbonizadas, con carne expuesta, colgaban del tiro de la chimenea. Las piernas vestían lo que parecían unos pantalones de terciopelo ennegrecidos, manchados de hollín y rígidos. Por el

ángulo, el cuerpo estaba encajado a gran profundidad y doblado en una postura grotescamente antinatural. Quienquiera que lo hubiera metido ahí dentro no lo había hecho con delicadeza. Solo podía esperar que la víctima ya estuviera muerta.

La doctora Lang, la forense, estaba en cuclillas cerca del hogar, con una linterna apuntando hacia arriba para iluminar el interior de la chimenea. Se giró hacia mí y se puso de pie.

—Hola, Kate —dijo cuando me acerqué—. Menudo día nos ha tocado.

Exhalé lentamente, con los ojos fijos en las botas.

—Ya lo veo. ¿Cómo demonios han podido meter un cuerpo ahí?

—Si fuera una casa más nueva, sería prácticamente imposible. Pero en una victoriana antigua como esta, la boca de la chimenea es mucho más ancha. Es difícil de ver desde su posición, pero calculo que tiene unos ciento siete centímetros de ancho en la base y se va estrechando hacia arriba.

El asesino tenía que saberlo. ¿Había vigilado el lugar con antelación? Debió de ver que la casa estaba en venta, vacía y, por tanto, era un lugar ideal para su horrendo crimen.

—Nunca te acostarás sin saber una cosa más.

Esbozó una sonrisa irónica.

—Desde luego. Estamos a punto de sacar el cuerpo. Ya han aspirado en busca de pruebas y lo han documentado todo.

Les dio una rápida actualización a los dos técnicos de la científica que esperaban a un lado. Intercambiamos un solemne asentimiento antes de que ellos se adelantaran con un andamio portátil, ya montado para alcanzar el interior del fogón de la chimenea.

Di un paso atrás y mis zapatos chirriaron ligeramente sobre el pulido parqué. El interior de la casa estaba inquietantemente silencioso, sin el zumbido de la calefacción, ni el tictac de un reloj, ni ninguna señal de vida más allá de la propia escena del crimen.

Los técnicos empezaron a aflojar los ladrillos, uno a uno. El raspar de las herramientas de metal contra el mortero resonaba débilmente en el aire. Con cada movimiento, se levantaba una ceniza húmeda que traía consigo el olor acre del hollín y la creosota quemada. El cuerpo se resistía. Estaba encajado con fuerza.

Se necesitaron casi quince minutos de delicado trabajo antes de que el torso finalmente se desprendiera, aterrizando sobre la lona de plástico de abajo con un golpe sordo, como un saco de ropa sucia. El olor fue instantáneo. Tela quemada. Pelo chamuscado. Carne cocida. Incluso después de una década en Homicidios, esa mezcla en particular todavía me revolvía el estómago.

Era imposible saber qué aspecto había tenido el hombre, ya que su cara había sido envuelta en cinta adhesiva, desfigurando sus rasgos. Su traje de Papá Noel no era una imitación barata de tienda de disfraces, sino uno de alta gama. Terciopelo rojo intenso, grueso ribete de piel, ahora manchado de hollín y con ampollas en las mangas. Los pantalones de terciopelo estaban chamuscados cerca de los bajos, ennegrecidos por donde las llamas habían subido desde el fuego. Sus botas estaban peor y ligeramente derretidas en las suelas, con el cuero agrietado y chamuscado por el calor directo.

La doctora Lang se agachó junto al cuerpo y se puso un par de guantes nuevos.

Inspeccioné la habitación. El resto del espacio estaba impecable. Ni señales de lucha.

—¿Tenemos una identificación?

—Miraré en sus bolsillos —dijo la doctora Lang, y luego comenzó a cachearlo metódicamente. Los bolsillos de la chaqueta estaban vacíos. El pantalón no tenía bolsillos. Volvió a comprobarlo para asegurarse, luego levantó la vista y negó con la cabeza—. Sin cartera. Sin móvil. Sin llaves. Ninguna identificación.

—Así que todo lo que sabemos es que tenemos un Papá Noel muerto.

Le abrió la chaqueta de terciopelo y levantó la camisa que llevaba debajo.

—El traje tampoco tiene etiquetas.

—Podría estar hecho a medida.

—O —dijo Ogden, acercándose— quienquiera que lo vistiera no quería que lo identificaran.

—O se vistió él mismo para un evento y se lo llevaron. Si fue así, probablemente no esperaba morir con el traje puesto.

Quizás era un Papá Noel de centro comercial. O alguien contratado para una fiesta de Navidad o un evento benéfico.

—¿Y los zapatos?

La doctora Lang le quitó cada bota con cuidado.

—Nada dentro —les dio la vuelta—. Cualquier seña de identidad se ha achicharrado.

Se levantó y se limpió los guantes con un paño estéril.

—Sin identificación. Sin móvil. Sin cartera. Sin nombre —dijo—. Nuestro primer John Doe Noel.

Se dirigió a la cabeza, examinando el cuero cabelludo y la cara, pero no retiró la cinta.

—Parece un traumatismo por objeto contundente en el lado derecho antes de que lo metieran dentro.

—¿Cree que estaba vivo cuando ocurrió? —pregunté.

La doctora Lang se inclinó, inspeccionando sus ojos, luego su nariz y su boca a través de la cinta transparente que habían aplicado apresuradamente.

—A juzgar por la cinta y la herida en la cabeza, no es probable —dijo—. Pero una vez que le haga la autopsia, podremos determinar si respiraba cuando lo metieron ahí y le prendieron fuego.

Uno de los técnicos se acercó, sosteniendo una bolsa de pruebas transparente.

—He encontrado esto dentro de uno de los calcetines.

Me la entregó. Dentro había una felicitación de Navidad de estilo antiguo. Una delicada acuarela de una cabaña cubierta de nieve, un trineo en la distancia, árboles pintados con tonos suaves y pálidos.

En el interior se leía:

Él se puso el traje por diversión. Ellas llevaban las cicatrices.

Feliz Navidad.

En la esquina inferior, había un pequeño copo de nieve dibujado a mano.

La doctora Lang se inclinó para leerlo.

—¿Qué cree que significa?

Negué lentamente con la cabeza.

—No estoy segura. A estas alturas, todo es posible.

Una vibración en mi chaqueta me alertó. Saqué el móvil y leí el mensaje de Natalie, una periodista de sucesos local y amiga. Estaba de camino a la escena. «Qué rápida», pensé. El siguiente pensamiento fue: «A los medios de comunicación les va a encantar esto».

3

MARTINA

Me ajusté la bufanda al cuello y cogí la caja de galletas que había pasado varias horas horneando con mi madre. Ella lo había llamado un ensayo para el gran día; el gran día era Navidad, cuando Zoey y su nuevo marido estarían en casa, y Selena vendría con las familias de Hirsch y Vincent. Todos nos reuniríamos alrededor del árbol de Navidad, y mamá dijo que quería asegurarse de que tuviéramos un buen surtido de dulces.

Me había insistido hasta que accedí a acompañarla, recalcando que sería una nueva tradición para nuestra familia. A pesar de mi reticencia inicial, me lo había pasado bien y esperaba con ganas el momento en que Zoey y Selena pudieran unirse a nosotras. A Zoey siempre le había encantado estar en la cocina con mi madre. Y, la verdad sea dicha, a mí me gustaba probar el producto final. Pero nunca fui de las que hornean galletas y cantan villancicos.

Aun así, había decidido que este año sería diferente. Íbamos a tener unas Navidades llenas de alegría, sin investigaciones ni persecuciones de malos. Paz, alegría y amor por todas partes.

Al acercarme al porche, me desvié hacia el buzón y cogí el fajo de correspondencia antes de entrar. En cuanto abrí la puerta, me eché a reír. Barney estaba allí mismo para recibirme. —¡Vale, vale! ¡Hola, Barney! Ay, yo también te he echado de menos —dije,

sonriendo mientras bailoteaba alrededor de mis piernas. Me arrodillé, haciendo equilibrios con la caja de galletas, las llaves y el correo. La emoción de Barney se convirtió rápidamente en un olfateo curioso de la caja de galletas—. Anda, anda, déjame entrar primero.

Cerré la puerta de una patadita a mi espalda y eché el cerrojo. Barney soltó un aullido de alegría y empezó a correr como un cohete por el pasillo y alrededor del salón, derribando uno de los regalos de debajo del árbol de Navidad. Charlie, mi guapo marido, asomó la cabeza por la esquina y sonrió.

—Ah, ¿ha vuelto mamá a casa, Barney? Ya veo por qué estás tan contento. ¡Yo también!

Barney se detuvo para pedir caricias y luego reanudó su carrera desenfrenada por la casa. Lo saludé con la mano. —He traído galletas.

Charlie enarcó una ceja. —¿Qué has preparado tú?

—Bueno, he sido más bien la pinche de mi madre —dije, dejando la caja en la mesa del comedor, junto con el correo.

—Pepitas de chocolate con M&M's rojos y verdes, galletas de mantequilla de cacahuete con bombones de chocolate, snickerdoodles y galletas de azúcar con glaseado. Y que sepas que yo he puesto los fideos de colores.

Charlie sonrió de oreja a oreja. —¿Has puesto tú los fideos? Zoey se va a poner celosísima.

—Mamá dice que esto es solo una hornada de prueba. Como faltan dos semanas para Navidad, piensa hacer tandas nuevas cuando decidamos cuáles son las ganadoras.

—¿No hay brownies?

—Por lo visto, eso toca otro día.

Charlie se acercó y me rodeó con sus brazos. Me apoyé en él y le di un beso cálido. Murmuró: —Qué bien tenerte en casa.

—Sí, ¿verdad? —No era muy propio de mí cogerme dos semanas de vacaciones en diciembre, pero había sido un año de aúpa. Creo que a todos nos vendría bien un descanso, uno lleno de espumillón, luces parpadeantes y galletas. Y, si por Charlie fuera, de brownies también.

Tras nuestro abrazo, Charlie fue directo a por la caja de galletas. Juraría que en eso era igualito que Barney. Me reí entre dientes y recogí el fajo de correo. Encima de todo había un sobre. Era de un rojo vivo y no tenía remite. Solo mi nombre escrito en mayúsculas pulcras:

MARTINA MONROE.

Fruncí el ceño, pero seguí clasificando el resto del correo. Facturas, catálogos y una tarjeta del veterinario. Nada más de interés. Antes de que pudiera investigar más a fondo el extraño sobre, Charlie me llamó desde la cocina con la boca llena: —Estos snickerdoodles están excelentes.

—Estoy de acuerdo —dije, dejando el correo a un lado—. Mamá me ha hecho probar al menos un bocado de cada una. Ahora voy a tener que salir a correr.

—Ah, tonterías —dijo, metiéndose otra galleta en la boca—. Estás fantástica. Unas cuantas galletas en Navidad no van a cambiar eso.

—Pero el azúcar... —le advertí en broma—. Hay que equilibrar el nivel de azúcar en sangre con ejercicio. Desde luego, no quiero acabar con diabetes.

Me lanzó una mirada, la misma que siempre me dedicaba cuando me ponía demasiado estricta con las cosas.

Desde que estaba con Charlie, me había relajado un poco. Mis rígidos hábitos alimenticios y mis estrictas rutinas de ejercicio se habían suavizado un poco. Charlie era un cocinero de talento, igual que mi madre. Y sí, había ganado unos kilos, pero no era eso lo que me preocupaba. Estaba en una edad en la que tenía que tener cuidado. Quería una vida larga y sana. Pero él tenía razón; unas cuantas galletas por Navidad, o un postre una o incluso dos veces por semana, no me iba a hacer daño.

Charlie había traído tanta alegría a mi vida: como la alegría navideña, la calidez, la risa y una hija. Selena se había convertido en una más de mi familia, y era una de las mejores investigadoras privadas de mi agencia. Había acogido a Zoey como si también fuera

suya. Mi querida hija, que ya cursaba su tercer año de veterinaria en Oregón. Estaba muy orgullosa de ella. Mis dos hijas eran unas mujeres increíbles. Y ahora tenía un yerno, Henry.

Hubo una época en la que las cosas no eran tan alegres y luminosas.

Cuando Zoey era pequeña, éramos solo nosotras dos. Después de que su padre, Jared, muriera, no sabía cómo iba a seguir adelante. Teníamos a Stavros. Era mi jefe por aquel entonces, pero también como un tío para mí. Mi madre y yo habíamos estado distanciadas. Y también con mis hermanos. Antes detestaba las fiestas. Pero todo había cambiado.

Había encontrado amigos, amigos de verdad. Hirsch y su mujer, Kim. Mi madre había vuelto a mi vida, y ahora no podía imaginar vivir sin ella. Mi hermano se había desintoxicado, se había casado e incluso había tenido un bebé. Y, por supuesto, estaban Selena. Y Charlie. Y Barney, nuestro perrito rescatado. Una bola de pelo llena de amor que nos había robado por completo el corazón.

Lo miré ahora, luchando con su nuevo reno de peluche. Le encantaban sus juguetes, sobre todo en Navidad. Nadie podía resistirse a comprarle uno nuevo, y él nunca se cansaba de ellos. Sonreí. Sí, me había ablandado con los años, pero quizá no fuera algo tan malo.

La voz de Charlie interrumpió mis pensamientos. —¿De quién es esto?

Mi mirada volvió al sobre rojo. —No lo sé. Estaba en el buzón, con el resto del correo.

—No tiene dirección, como si alguien lo hubiera dejado. ¿Quizá sea de algún vecino?

—Podría ser —dije, cogiéndolo de nuevo. Abrí con cuidado la solapa. Dentro había una felicitación navideña de estilo antiguo, ilustrada con un Papá Noel clásico que llevaba un saco al hombro, de pie junto a una chimenea y un árbol resplandeciente con calcetines colgados sobre el hogar. La imagen era encantadora. Nostálgica. Pero cuando abrí la tarjeta, un escalofrío me recorrió la espalda.

El mensaje preimpreso decía:

Te deseamos unas fiestas llenas de alegría

Debajo, en letras mayúsculas y garabateadas, alguien había escrito:

ÉL SE PUSO EL TRAJE POR DIVERSIÓN. ELLOS LLEVARON LAS CICATRICES. TÚ PUEDES HACER QUE LO VEAN.

FELIZ NAVIDAD

En la esquina inferior había un pequeño copo de nieve dibujado a mano. Se me revolvió el estómago.

Sentía los ojos de Charlie clavados en mí. —¿Qué pasa?

—Es... extraño —dije, sin apartar la vista de las palabras—. No dice de quién es. Solo este mensaje raro.

—¿Raro cómo? —preguntó.

Giré la tarjeta para que pudiera leerla. Se tomó un momento y luego me miró a los ojos. —Sí que es raro.

Asentí lentamente y dejé la tarjeta sobre la mesa, junto a las galletas. No sabía muy bien qué pensar de aquello. Pero tenía algo muy inquietante.

—¿Estás preocupada?

Dudé. —No... quizá. No lo sé. —Me froté la nuca—. ¿Has hecho café?

El café siempre me ayudaba a pensar con claridad. A algunas personas las ponía nerviosas y les dificultaba la concentración, pero a mí me producía el efecto contrario. Era mi último vicio de verdad, el único que aún me permitía. Algo en su calidez, su olor y el ritual. Me anclaba a la realidad.

—Puedo preparar un poco.

—Sería genial. Gracias. —Le dediqué una pequeña sonrisa. Charlie era realmente el mejor. Distraídamente, cogí otra galleta de la caja. Esa era la verdadera razón por la que no solía tener dulces en casa. Me gustaban. Me gustaban las galletas. Me gustaba el helado. Me gustaba acurrucarme en el sofá con Charlie y comer palomitas mientras veíamos una película juntos.

Solíamos hacerlo cuando Zoey era pequeña, nuestra tradición de los viernes por la noche de peli. Pizza, refrescos, chucherías, helado... le daba lo que quisiera. Pero la verdad es que no era solo por ella. También era por mí. Y creo que ella siempre lo supo. Sonreí ante el recuerdo, justo cuando Charlie regresaba con dos tazas humeantes de café.

—Oye —dijo, dándome una—, ¿has leído el periódico hoy?

—No. ¿Por?

—Un crimen espeluznante.

—¿Un crimen espeluznante? —repetí con el ceño fruncido.

Él asintió, acomodándose en la silla frente a mí. —Por lo visto, a un tipo vestido de Papá Noel lo metieron a la fuerza por una chimenea. Está muerto.

Me quedé helada, con la taza a medio camino de los labios. —Eso es... terrible.

—Sí. Me extraña que no te hayas enterado.

—¿Cuándo ha pasado?

—Ayer, creo. Sale hoy en el Bay Insider.

—Interesante —dije, dejando el café. Cogí el móvil; aún saboreaba la canela y el azúcar del snickerdoodle mientras tecleaba la búsqueda. En segundos, el titular apareció en la parte superior de la pantalla. LA MUERTE EN LA CHIMENEA RECUERDA INFAMES HORRORES NAVIDEÑOS. Se me encogió el estómago. Hice clic en el enlace y empecé a leer.

LA MUERTE EN LA CHIMENEA RECUERDA INFAMES HORRORES NAVIDEÑOS

Por Natalie Sloane - The Bay Insider

OAKLAND, California - Un hombre vestido con un traje de Papá Noel fue hallado muerto dentro de una chimenea el jueves por la mañana, en lo que los investigadores han confirmado que se está tratando como un homicidio.

«Desde luego, no fue accidental», declaró la detective Kate Maddox a The Bay Insider. Aunque se negó a dar más detalles, la naturaleza inusual del crimen ya ha suscitado comparaciones con una de las escenas navideñas más infames e inquietantes de la cultura pop: la oscura historia que cuenta el personaje de Phoebe Cates en la película de 1984 «Gremlins».

En la película, el personaje de Cates relata un escalofriante recuerdo navideño: cómo su padre, vestido de Papá Noel, intentó sorprender a su familia bajando por la chimenea. Nunca logró salir. Días después, descubrieron su cadáver. Un giro terrorífico envuelto en alegría navideña.

Aunque esa historia en particular era ficticia, la historia ha demostrado que el concepto no es único. Los resultados de mi búsqueda sobre este escenario fueron perturbadores. El más notable fue el caso de un joven de 19 años que murió en Huron, California, en 2015. El joven había intentado entrar a robar en una casa por la chimenea. Pero el dueño de la casa, sin saber de la presencia del intruso, encendió el fuego. Más tarde, los vecinos declararon haber oído gritos. Para cuando los servicios de emergencia llegaron hasta él, ya estaba muerto.

Por espantoso que fuera este incidente, no es tan raro como a uno le gustaría pensar. Ha habido más de un Papá Noel que ha muerto tratando de bajar por la chimenea. Pero este caso más reciente, el de aquí en Oakland, parece diferente. La escena fue montada, el disfraz intencionado, el simbolismo inconfundible. No fue un accidente ni un robo fallido. Fue deliberado. Calculado. La época navideña, a pesar de toda su alegría, tiene una historia más oscura de lo que la mayoría se imagina. Y puede que alguien ahí fuera esté usando esa oscuridad para enviar un mensaje.

Dejé el móvil y miré a Charlie con gesto tenso. —Bueno —dije—, eso no es que desprenda precisamente alegría navideña. —Mis

pensamientos volvieron al sobre rojo con la extraña felicitación, y una desazón se apoderó de mí.

—No —dijo él, negando con la cabeza—. ¿A que te alegras de no estar trabajando en un caso?

—Sí, me alegro.

La boca de Charlie se torció en una especie de sonrisa sombría. Con una voz seca e inexpresiva, murmuró: —Jo, jo, jo.

4

ÉL

Estiré los brazos por encima de la cabeza y miré por el pasillo. No había ni uno de mis vecinos por allí. No era raro. Era una de las ventajas del edificio. La mayoría de los residentes eran tranquilos y no se metían en la vida de los demás. Me agaché y recogí el periódico, el de papel. No la pantalla brillante que la mayoría de la gente idolatraba hoy en día. Yo prefería el peso del papel de periódico en las manos y cómo la tinta me manchaba las yemas de los dedos.

Lo llevé adentro y me acomodé en el sofá. Estiré las piernas sobre la mesita de centro. Hojeándolo, busqué lo que sabía que encontraría allí. No era material de primera plana. Por supuesto que no. La ciudad enterraba las historias de las que no quería que nadie hablara. Página seis. Debajo del pliegue. Y allí estaba: «La muerte en la chimenea recuerda los infames horrores navideños», de Natalie Sloane - The Bay Insider.

The Bay Insider. Una de las últimas publicaciones lo bastante cabezotas como para seguir imprimiendo en papel. Leí cada palabra dos veces. No estaban todos los detalles, pero la última línea me atrapó. La leí otra vez. Y otra más.

La periodista había entendido que era un mensaje. Mis labios se curvaron en una sonrisa. Dejé el periódico y arranqué el artículo con

cuidado. Lo extendí sobre la mesita de centro. Luego, cogí un rotulador negro y grueso y rodeé su nombre, Natalie Sloane, con trazos lentos y deliberados.

Natalie Sloane. Un nombre con fuerza. Audaz. Seguro. El tipo de nombre que le pega a alguien que no mira para otro lado y se mete en sus asuntos. Me levanté y llevé el recorte a mi tablero de corcho. La chincheta se clavó con un chasquido satisfactorio y el artículo quedó junto al del incendio de 2005 y la lista de nombres que todavía me quedaban por visitar.

Natalie está escuchando, pensé. Alguien está escuchando. No era la poli. Habían fallado. No eran los tribunales. También habían fallado. ¿Y los asistentes sociales? Hacía mucho que habían desaparecido.

Una periodista podía hacer que la gente viera. No había considerado esa opción para proclamárselo al mundo. Ya le había enviado un mensaje a otra persona. Alguien cuyo nombre había aparecido en las páginas de los periódicos más de una vez, sacando a los criminales a la luz, destapando a policías corruptos, políticos y al crimen organizado. Una mujer que no temía acabar con los depredadores. Una mujer que daba voz a las víctimas. Martina Monroe. Una madre. Una investigadora privada. Una investigadora de casos sin resolver. Pero veía que había otra persona para ayudar con la causa.

Martina Monroe y Natalie Sloane ayudarían a la gente a ver la verdad. Harían justicia a quienes la merecían. Pero hasta que entendieran la causa, tendría que enviar otro mensaje. Y otro. Hasta que estuviera meridianamente claro qué necesitaba que hicieran. Qué necesitaba que destaparan. Y quién tenía que pagar.

5

DETECTIVE KATE MADDOX

Mientras miraba las fotos de la escena del crimen del asesinato de la chimenea, intentaba encontrarle el sentido. ¿Por qué haría alguien algo así? ¿Podría ser alguien que conociera otros casos de muertes en chimeneas, como le pasaba a Natalie? ¿Era algo simbólico? Quizá el asesino no era más que un sádico que odiaba la Navidad. Pero ¿quién odia tanto la Navidad? ¿Lo suficiente como para asesinar a alguien, ponerle un traje de Papá Noel y luego meterlo en una chimenea? Hasta que no identificáramos el cuerpo, no teníamos ni idea del móvil. Una vez tuviéramos un nombre, podríamos averiguar todo sobre la víctima y, con suerte, eso nos conduciría hasta su asesino.

Había visto muchas cosas en mi vida, pero esto... esto le quitaba el espumillón hasta al árbol de Navidad.

Tampoco es que a mí me hubiera entusiasmado nunca la Navidad, ni ninguna otra festividad, la verdad. Al crecer sin padres, no había mucho que celebrar. Claro, tuve algunos padres de acogida amables por el camino, pero eso no compensaba la pérdida de mi madre y mi padre. Echando la vista atrás, admito que no fui la niña más fácil, lo que probablemente hizo que fuera un poco más difícil quererme. Quizá las fiestas podrían haber estado llenas de alegría si me hubiera esforzado un poco. Pero no era como si yo hubiera

elegido que mis padres me abandonaran y me metieran en el sistema. Supongo que tampoco fue su elección, ya que murieron en un accidente de coche cuando yo tenía siete años. Mi único pariente era mi abuela por parte de madre, pero estaba en una residencia y no podía hacerse cargo de mí. No había nadie más.

Sí que recordaba mi última Navidad con mis padres. Aunque me preguntaba si eran recuerdos reales o solo recuerdos que deseaba que fueran ciertos. Leí en alguna parte que cada vez que evocamos un recuerdo, este cambia. Así que ¿quién sabía qué era real y qué no? Pero en mi mente, aún podía ver el árbol de Navidad iluminado en el rincón, con sus luces parpadeando sobre el brillante papel de regalo de una caja gigante con un gran lazo rojo encima. A su lado, apoyada contra la pared, había una bicicleta Huffy rosa. Grité tan fuerte que mi madre se tapó los oídos con las manos. No creo que haya vuelto a sentir ese tipo de emoción desde entonces. Dentro de la caja estaba la casa de ensueño de Barbie.

Negué con la cabeza ante el recuerdo. Aquella casa de ensueño, como la idea de cualquier hogar de ensueño, se hizo añicos poco después. Mis padres murieron apenas unas semanas más tarde. Las carreteras estaban resbaladizas por las lluvias recientes cuando mis padres conducían por las sinuosas colinas de vuelta a casa desde la de unos amigos en Berkeley. Otro conductor, que acababa de salir de su propia fiesta, se saltó una señal de stop y los embistió, haciendo que perdieran el control.

Quizá por eso me había mantenido alejada de esa festividad desde entonces y por eso siempre era yo la que se ofrecía voluntaria para estar de guardia durante esas fechas. La mayoría de los demás detectives tenían familia o gente con la que celebrar.

Las Navidades pasadas, Natalie y yo quedamos en un bar en Nochebuena. Lo llamamos la reunión del Club de Huérfanos de la Navidad. Sus padres también habían fallecido y no tenía familia. Era algo que nos unía a pesar de nuestra diferencia de edad de diez años.

El teléfono vibró en mi escritorio, sacándome de mis recuerdos.

—Maddox.

La voz al otro lado de la línea era enérgica.

—Hola, soy Jeff. Tenemos una identificación de la víctima del asesinato de la chimenea. Es Garrett Slade, de sesenta y siete años.

Eso había sido rápido.

—¿Cómo habéis conseguido identificarlo?

—Sus huellas dactilares están en el sistema. Estuvo registrado como padre de acogida hasta hace unos diez años.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿En serio? —dije, manteniendo un tono neutro, pero se me cerraron los dedos en la palma de la mano. Por mi experiencia, un antiguo padre de acogida podía tener docenas de personas que quisieran hacerle daño.

Al mirar el reloj en la esquina del monitor de mi ordenador, vi que no me quedaba mucho tiempo antes de que los Servicios de Protección de Menores cerraran. Necesitaba contactar con el enlace policial de la agencia y solicitar todos sus expedientes. Su solicitud de licencia, los informes de estudio del hogar, el historial de quejas e investigaciones, y los nombres de todos los niños de acogida que habían vivido con él. Si no podía hacer la solicitud esa tarde, tendría que esperar hasta el lunes.

—¿Habéis encontrado alguna otra huella en la escena?

Jeff era el técnico jefe de la escena del crimen y llevábamos casi una década trabajando juntos. Era competente y rápido. Obviamente, entendía la urgencia del caso.

—Ni rastro. El lugar estaba limpio como una patena.

—¿Pelos? ¿Fibras?

—Todavía estamos procesando la ropa, pero supongo que nuestro asesino lo tenía todo bien pensado y sabía cómo limpiar una escena del crimen.

Genial. Eso no iba a facilitarme el trabajo.

—Gracias, Jeff.

—De nada. Te avisaré si encontramos algo más.

Tras colgar, busqué el número de los SPM, pero justo cuando iba a marcar, recibí otra llamada.

—Maddox.

La doctora Lang dijo:

—Ya ha llegado el informe toxicológico preliminar y la autopsia está hecha.

—Voy para allá —prefería ver los cuerpos en lugar de solo oír hablar de los hallazgos, así que me guardé el móvil en el bolsillo y me dirigí a la sala de autopsias. Después de ponerme la bata, pulsé el timbre y la pesada puerta de metal se cerró detrás de mí. Lo primero que noté fue el olor. Era estéril y metálico, con ese ligero trasfondo de algo dulce y podrido que se te pegaba a la garganta por muchas veces que lo hubieras experimentado.

La doctora Lang, una mujer de unos cuarenta y cinco años, estaba de pie junto a la mesa de acero, con las manos enguantadas apoyadas ligeramente en el borde y los ojos ya fijos en mí.

—Buenas tardes, Kate.

—Hola. ¿Qué habéis encontrado en el análisis toxicológico?

—El panel inicial mostró que nuestra víctima estaba hasta arriba de flunitrazepam. Lo drogaron.

Flunitrazepam era el nombre genérico del Rohypnol, un potente sedante a menudo conocido como la droga de las violaciones.

—Eso tiene sentido, teniendo en cuenta la escena —dije. Apreté la mandíbula al imaginarlo—. Quienquiera que hiciera esto tuvo que subirlo por todas esas escaleras de alguna manera. Habría sido imposible para una sola persona cargar con un hombre de ese tamaño sin un poco de ayuda. Si todavía estaba semiconsciente, el asesino podría haberlo subido fingiendo ser un amigo y, una vez dentro... —me di un golpecito en la sien—, lo noqueó y se puso manos a la obra.

—Es plausible —convino la doctora Lang—. También explica cómo fue reducido para poder desnudarlo, ponerle un traje de Papá Noel y luego meterlo en una chimenea. Si no estaba ya muerto, estaría inconsciente por la droga.

Miré la sábana que cubría el cuerpo.

—¿Qué más has encontrado?

—Bueno, para ser un hombre de sesenta y siete años, no estaba en buena forma. Enfermedad arterial, el hígado mal. Sinceramente, probablemente le quedaban unos diez años de vida, si llegaba. Diría

que era un gran bebedor, comía mucha comida basura y no se cuidaba.

Cambié el peso de mi cuerpo, resistiendo el impulso de caminar de un lado a otro. Probablemente tampoco cuidaba bien de sus niños de acogida.

—¿Estaba muerto cuando el asesino lo metió ahí arriba?

—No se encontró hollín en sus pulmones. Es probable que muriera de asfixia una vez que le pusieron la cinta adhesiva sobre la nariz y la boca, pero se habría desangrado rápidamente por la herida de la cabeza si hubiera tenido la oportunidad.

Me quedé mirando a la víctima. La sábana lo cubría hasta la barbilla. Su rostro era regordete y gris, enmarcado por unas cejas pobladas. No parecía amable, pero, por otro lado, la mayoría de la gente no parece precisamente un osito de peluche cuando está tumbada en una losa.

—¿Encontraste algo inusual?

—No realmente. Supongo que fue golpeado en la cabeza con un objeto estrecho y pesado, quizá una llave de cruz o un atizador de chimenea, le pusieron la cinta y luego, deduzco por la falta de sangre en el traje de Papá Noel, lo vistieron después de ponerle la cinta. Y después lo metieron en la chimenea.

—¿A quién se le ocurre hacer eso?

—A mí no, desde luego —dijo la doctora Lang—. No planeo asesinatos a diario, pero si lo hiciera, no sería lo primero que se me ocurriría —dijo con una sonrisita juguetona.

—Te entiendo. Llámame si encuentras algo inusual.

—Lo haré, pero es bastante rutinario. Te enviaré el informe cuando esté listo.

—Gracias.

Al salir, las palabras de Jeff no dejaban de resonar en mi cabeza. Nuestra víctima era un padre de acogida. Me pregunté si se habían presentado quejas contra él, porque eso podría apuntar directamente a un móvil. Una represalia. Pero no había estado en activo en diez años. ¿Realmente esperaría alguien una década para darle caza y matarlo, justo antes de Navidad, de una manera tan espantosa?

Al pensar en mi propio tiempo en el sistema, se me hizo un nudo en la garganta. Había tenido mi buena dosis de traumas, pero también había recibido muchísima terapia para superarlo. Si no lo hubiera hecho, o si mi cerebro funcionara de manera un poco diferente, quizá sería posible que yo misma estuviera buscando venganza. Mis planes para el viernes por la noche estaban claros. Necesitaba averiguar todo lo que pudiera sobre Garrett Slade.

Después de quitarme los patucos y el pijama quirúrgico, volví a mi escritorio. El móvil vibró y contesté.

—Hola, Natalie. ¿Qué pasa?

—¿Quieres que cenemos juntas esta noche?

—Tengo una montaña de trabajo en el escritorio. Acabamos de identificar a nuestra víctima, un antiguo padre de acogida.

Natalie se rio entre dientes.

—¿Así que probablemente tienes unos doscientos posibles sospechosos?

—Depende. Tengo que investigarle los antecedentes a fondo y empezar a contactar con familiares y amigos. Me están presionando mucho para que resuelva esto, y rápido.

—Tienes que comer.

—Cierto. Te escribo luego, ¿quizá sobre las ocho?

—Guay.

Al colgar, mis pensamientos volvieron a nuestra víctima. ¿Quién era Garrett Slade? ¿Y fue un objetivo específico o algún desgraciado que se cruzó con la persona equivocada?

6

DETECTIVE KATE MADDOX

Después de mi tercera taza de café, negué con la cabeza. Necesitaría solicitar más recursos.

Había recibido los informes de los Servicios de Protección de Menores sobre Garrett Slade el viernes por la noche. Él y su mujer habían tenido casi setenta y cinco niños en acogida en su casa durante el tiempo que fueron padres de acogida. Era mucha gente a la que investigar, y puede que ni siquiera estuvieran relacionados con el caso.

Para colmo, no lograba encontrar a ningún familiar cercano. Según su expediente, no tenía familia ni seguro de vida. Tenía la casa en propiedad. Llevaba dos años jubilado y cobrando la seguridad social, así que ni siquiera había compañeros de trabajo a los que interrogar.

Antes de jubilarse, había trabajado en un supermercado. Probablemente pudo comprar la casa porque complementaba sus ingresos con las ayudas por la acogida de menores. Su historial estaba impoluto, sorprendentemente impoluto. ¿Quién no ha recibido nunca una multa de aparcamiento? No tenía ninguna queja en los quince años que fue padre de acogida. Ninguna denuncia oficial. Pero eso no significaba que no las hubiera. Si Slade era un

mal hombre, podría haber amenazado a los niños para que guardaran silencio.

El informe de la visita domiciliaria mostraba a niños bien alimentados y vestidos. Por ahora, todo esto significaba que no teníamos pistas y estaba dando palos de ciego. Iba a estar hasta arriba de trabajo intentando encontrar a docenas de antiguos niños de acogida para interrogarlos y hablando con sus vecinos para averiguar sus costumbres. ¿Era reservado? ¿Era amable? ¿Recibía muchas visitas? ¿Tenían él y su mujer de verdad uno de los pocos buenos hogares de acogida?

Quizá una vez que publicáramos su nombre en los periódicos, aparecería gente que podría ayudarnos. Llamé a Natalie.

—¿Qué pasa?

—Me preguntaba si podrías publicar un artículo de seguimiento sobre nuestra víctima ahora que tenemos el nombre. No he podido localizar a ningún familiar. Sería bueno pedir ayuda a la gente para saber más sobre él y sus últimos movimientos.

—Claro. ¿Puede esperar hasta el lunes?

Un día más no haría daño. —Puede.

—Pareces cansada. ¿Has estado trabajando todo el fin de semana?

Sí. Solo había podido dormir unas pocas horas el viernes y el sábado por la noche. Mi cabeza no paraba de darle vueltas al asesinato y a los posibles móviles. Era muy posible que el hecho de que hubiera sido padre de acogida no tuviera nada que ver con su muerte. Podría haber sido algo aleatorio o alguien en la vida de Slade que quisiera vengarse de algún supuesto agravio. —En su mayor parte. Todavía me queda mucho trabajo por delante si quiero resolver esto. Me gustaría cerrarlo y dejarlo bien atado, como un regalo de Navidad.

—Sí —dijo Natalie—. Sería estupendo. ¿Quieres compañía?

—Hoy no. Tengo que registrar su casa con los chicos e interrogar a los vecinos, a ver qué puedo averiguar sobre la víctima. —No teníamos ninguno de sus efectos personales. Había una orden de busca y captura para su vehículo, pero hasta ahora nadie lo había

encontrado. El único lugar que registrar, en este momento, era su casa.

—Vale, avísame si quieres ir a cenar.

—Hablamos luego.

Natalie siempre quería acompañarme durante las investigaciones, pero ella era periodista y yo detective. En más de una ocasión le había preguntado por qué no se metía ella misma en las fuerzas del orden. Decía que era demasiado rebelde y que no le gustaban todas las normas, pero Nat respetaba mis límites, por eso siempre le daba la exclusiva cuando podía.

Treinta minutos después, llegué al barrio de la víctima. Como muchas casas de la zona, la de Slade era pequeña, pero estaba cuidada. El revestimiento estaba limpio, la pintura en buen estado. No me lo habría esperado de un hombre que no se cuidaba físicamente, pero al parecer se sentía orgulloso de su casa.

Eché un vistazo al vecindario. Había casas a ambos lados y una justo enfrente. Las cortinas de la ventana delantera estaban ligeramente descorridas, como si alguien hubiera estado mirando hacía poco. Me acerqué y miré dentro. El salón no estaba impecable, pero tampoco era un desastre, solo un poco desordenado.

La puerta principal estaba cerrada con llave. No había ningún coche en la entrada, lo que significaba que probablemente no lo habían secuestrado en su domicilio. Me dirigí al lateral de la casa. Al asomarme por encima de la valla, vi un pequeño jardín, césped irregular y ningún mueble de exterior. Ni juguetes. Ni rastro de perro o gato. Volví hacia el lado del garaje, donde una pequeña ventana me permitía ver el interior.

Ningún vehículo. Solo montones de cajas de cartón apiladas, que dejaban poco espacio para aparcar un coche. Confirmaba mi sospecha de que Slade había ido a alguna parte esa noche, se había encontrado con nuestro autor y, de alguna manera, había acabado en aquella chimenea.

La furgoneta de la unidad de la policía científica aparcó en la entrada, y me acerqué a recibir al equipo para empezar el registro de la casa.

Dos horas más tarde, tres técnicos de la policía científica y yo terminamos de registrar la casa de Garrett Slade. No encontramos nada fuera de lo común ni nada que apuntara a quién podría haber querido hacerle daño a Slade, pero habíamos encontrado un ordenador portátil. El equipo intentaría acceder a él y ver si había algo útil.

Después de que el equipo se fuera, me dirigí a la casa de al lado y llamé. Contestó una mujer joven, de unos veinte años.

—Hola, ¿puedo ayudarla?

Le enseñé mi placa. —Soy la detective Maddox. Estoy investigando un crimen relacionado con su vecino. ¿Lo conocía?

Sus ojos se abrieron un poco. —¿Le ha pasado algo?

—Me temo que sí. ¿Sabe si tiene familiares o amigos en la zona?

Negó con la cabeza. —No. No lo conocía muy bien. Era bastante reservado. Siempre amable, eso sí. Me saludaba con la mano cuando lo veía en el jardín.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Unos cinco años.

Asentí. —¿Ha pasado algo raro en la última semana o dos? ¿Algún coche extraño o gente merodeando que no pareciera de la zona?

Volvió a negar con la cabeza.

—¿Tiene alguna cámara de vigilancia en su casa?

—No, pero sé que algunos de los vecinos sí.

—De acuerdo, hablaré con ellos. —Le di las gracias por su tiempo, anoté sus datos en mi cuaderno y pasé a la siguiente casa. La misma historia: el señor Slade era bastante amable, pero los vecinos no tenían información útil que apuntara a un móvil. Crucé la calle hasta la casa que estaba justo enfrente de la de Slade. Respondió un hombre, probablemente de unos setenta años. —¿Hola?

—Hola, soy la detective Maddox. ¿Cómo está, señor?

Se ajustó las gafas. —Bien. ¿En qué puedo ayudarla, detective?

—Estoy investigando un crimen relacionado con su vecino de enfrente, Garrett Slade. ¿Lo conocía?

—Bueno, no muy bien. Hablábamos a veces cuando los dos estábamos trabajando en el jardín.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

Se adelantó y miró la casa de Slade. —Oh, unos treinta años.

—¿Entonces conoció al señor Slade cuando tenía niños de acogida viviendo con él?

—Oh, sí. Cuando su mujer todavía estaba entre nosotros. Un montón de niños entraban y salían. Últimamente no. Creo que lo dejaron unos años antes de que ella muriera.

—¿Conoció a la señora Slade?

—Un poco. Ella tampoco salía mucho, pero cuando dejé de verla, me acerqué a preguntar si todo iba bien. Por ser buen vecino y eso. Fue entonces cuando me enteré de que había fallecido. Él parecía bastante triste.

—¿Recuerda si tuvo alguna visita últimamente?

—No que me haya dado cuenta. Por lo que sé, ha sido muy reservado desde que murió su mujer.

—¿Sabe si sale mucho de casa? Entiendo que está jubilado.

—Sí, sale. No me dice adónde, pero suele ir a algún sitio todos los días. También me sorprende, dado que está jubilado.

—¿Recuerda, cuando tenía a los niños, si había peleas o algo raro?

—No que yo recuerde. A ver, eran niños, así que a veces hacían bastante ruido, si no me falla la memoria. Pero no hay peleas que me vengan a la mente. Creo que solo tenían unos pocos niños a la vez.

—¿Algo más que me pudiera decir? ¿Algo inusual que haya pasado recientemente?

Negó con la cabeza. —No.

—¿Tiene una cámara Ring o alguna otra de vigilancia en su casa?

—Sí, tengo. ¿Le gustaría echar un vistazo?

—Sí, sería de gran ayuda. Gracias.

—Adelante, pase. Ahora mismo se lo preparo todo.

Entré y un tenue olor a café flotaba en el aire, mezclado con el aroma dulce y rancio de tabaco de pipa. La alfombra estaba desgastada, pero limpia, su color beis desvaído en las zonas de paso. Las paredes estaban abarrotadas de fotos familiares: retratos de boda en tonos sepia, fotos escolares en marcos desparejados y algunas instantáneas de niños jugando en un jardín.

—¿Cómo se llama? —pregunté mientras pasábamos junto a una mesita auxiliar apilada con correo y una lámpara de porcelana coronada por una pantalla amarillenta.

—Me llamo Terry Blatchard, pero puede llamarme Butch.

—Gracias, Butch. ¿Vive aquí solo?

Su voz se apagó. —Ahora sí. Mi mujer falleció el año pasado.

—Siento mucho su pérdida.

—Por suerte, mis hijos me visitan mucho. ¿Usted tiene hijos?

—No. —Aún no; probablemente nunca.

Me condujo a un pequeño estudio. Estanterías llenas de libros muy usados y filas de cintas VHS. Un escritorio se apoyaba contra la pared del fondo, con un ordenador de sobremesa en su superficie. Se dejó caer en la silla y empezó a teclear.

Mi móvil vibró en el bolsillo. —Maddox.

La voz al otro lado de la línea era apremiante. —Tenemos otro cadáver. —Bueno, menuda feliz Navidad.

7

DETECTIVE KATE MADDOX

La escena del crimen estaba en el apartamento de la planta baja de una vieja casa victoriana de Oakland. Fuera, junto a la entrada, un hombre mayor, pálido y con los ojos como platos, estaba de pie al lado del agente Ogden. Al hombre le temblaban las manos mientras mascullaba: «Nunca he olido nada igual». Probablemente era el encargado del edificio que había dado el aviso.

—Lo entiendo, señor —le dijo Ogden—. Es muy desagradable. No tiene por qué quedarse si tiene otro sitio adonde ir. Nosotros nos hacemos cargo de la escena.

El hombre asintió con una sacudida y retrocedió, todavía alterado, pero claramente aliviado de poder marcharse. En cuanto se fue, me acerqué a Ogden y él abrió la puerta. El hedor me golpeó, denso, persistente e inconfundible. Muerte.

Ogden me indicó con un gesto que entrara. —Le tenemos otro caso interesante.

Enarqué una ceja.

—Otro regalo de Navidad —dijo con gravedad—. Prepárese. Los de la científica ya están dentro y el espacio es reducido.

Asentí, me subí la bufanda un poco más sobre la nariz y entré en un pequeño salón con un sofá raído, una mesita de centro, un televisor de finales de los noventa y una pequeña mesa de comedor.

Al lado había una cocina americana. Una puerta entreabierta parecía dar a un dormitorio. Otra puerta estaba abierta del todo y pude ver a un técnico de la científica arrodillado junto a la bañera con una cámara. Fuera estaba Jeff, el jefe del equipo de la policía científica.

—Hola, Jeff —dije en voz baja—. ¿Qué tenéis ahí dentro?

Exhaló lentamente. —Lo creas o no, es más truculento que el anterior. Mucho más truculento. Prepárate.

—¿Ha llegado ya la forense?

Negó con la cabeza. —Está de camino.

—Gracias.

Me puse unos patucos sobre los zapatos, me enfundé unos guantes en las manos y entré en el cuarto de baño.

Una anciana yacía en un baño de agua turbia, de un rojo oscuro y opaco, con poca profundidad. Su pelo cano se abría en abanico alrededor de su cabeza. Alguien había colgado luces de Navidad de varios colores alrededor de la bañera. Se encendían y apagaban, lanzando destellos rojos y verdes sobre la superficie del agua. En el borde de la bañera había un diminuto árbol de Navidad de treinta centímetros, cuyos adornos en miniatura captaban la luz con un brillo que resultaba totalmente fuera de lugar.

Me acerqué. Tenía lo que parecían marcas de ataduras alrededor de las muñecas. Su rostro estaba surcado por tantos cortes y abrasiones que tuve que obligarme a catalogarlos, uno por uno. Tenía hematomas oscuros por los hombros y el pecho.

Si hubiera estado despierta, habría sufrido una agonía inimaginable. Si la hubieran drogado, podría haber sido suficiente para evitarlo. La mezcla de brutalidad y decoración navideña era profundamente inquietante.

Vivía en un apartamento, debajo de otros inquilinos. Si hubiera gritado, podrían haberla oído. Pero cuando se recibió la llamada, no fue por gritos. Fue por el olor, el olor que llevó al casero a abrir la puerta y encontrarla así.

Salí del cuarto de baño. Había visto suficiente. La única entrada y salida aparente era la puerta principal. Volví junto a Ogden, que estaba fuera. Miré el edificio por todas partes. —¿No veo cámaras de vigilancia. Le ha preguntado al encargado si había alguna?

—No las hay.

Reflexionando sobre la escena, pensé en voz alta: —Alguien podría haberse colado cuando ella no estaba en casa. Ella llegó, él la drogó y la mató, y se fue tan tranquilo. O ella lo dejó entrar. Quizá conocía a su asesino.

Él asintió. —Las luces de Navidad. El árbol. ¿Qué opina?

—Otro asesinato con temática navideña. ¿Han encontrado alguna nota? ¿O tarjetas de Navidad?

—No he visto nada cuando entré —dijo Ogden—, pero puede preguntarles a los técnicos.

Llamé a Jeff con un gesto. —¿Habéis encontrado notas, tarjetas o mensajes?

—No —dijo—. Solo el cuerpo, las luces de Navidad y el árbol. Tampoco parece que la puerta estuviera forzada. O dejó entrar a su asesino... o la mataron en otro sitio y la colocaron en la bañera.

Recordando el cuarto de baño, los azulejos estaban relativamente limpios. —Habría habido mucha sangre —dije lentamente—. A no ser que la mataran en la bañera y luego la llenaran de agua.

Jeff asintió levemente.

—¿Sabemos quién es la víctima? —le pregunté a Ogden.

Él asintió. —Margaret Ellison, sesenta y dos años. Según el casero, estaba jubilada de los Servicios de Protección de Menores de Oakland.

Aquello me llamó la atención. La última víctima había sido madre de acogida. Ahora teníamos a una trabajadora social jubilada. No era una coincidencia. Y tampoco lo eran los adornos navideños.

El corazón se me aceleró. Esto era algo, quizá una conexión tenue con el asesinato de la chimenea, pero una conexión al fin y al cabo. Habría muchos nombres que repasar. Una trabajadora social podía tener cientos de niños a su cargo en hogares de acogida. Necesitábamos una lista de los niños de la señora Ellison para cotejarlos con los de los Slade. Podría ser exactamente lo que necesitábamos para resolver el caso, o al menos para reducir los posibles sospechosos. ¿Estaba alguien, un antiguo niño de acogida, buscando venganza? Si eso era cierto, la mayoría de los niños pasaban por más de un hogar de acogida. Y entonces una idea me

estalló en la cabeza como una granada. Puede que nuestro asesino no haya terminado.

8

MARTINA

Hacía sol a pesar del frío. Charlie y yo paseábamos uno al lado del otro mientras sacábamos a Barney. Tenía que pararse en cada arbusto, farola u objeto para olisquear e investigar. Me gustaba pensar que si Barney fuera humano, también sería detective privado.

¿Era esto una señal de que me estaba volviendo loca pensando en si Barney fuera una persona de verdad? Quizá necesitaba volver al trabajo. Demasiado tiempo libre y empezaría a convertirme en la loca de los perros.

La voz de Charlie interrumpió mis pensamientos. —¿Estás contenta de que Zoey vuelva a casa?

—Sí. Solo faltan unos días para que llegue su vuelo. Estoy deseando verla.

—Este año vamos a tener la casa llena.

—Es emocionante, ¿verdad?

—Lo es. ¿Qué hacemos hoy?

—Podemos ir de excursión después de dejar a Barney en casa y luego comer.

—Suena bien. Hace un tiempo perfecto para hacer senderismo.

—Lo es. —¿Podría ser mi vida así siempre? En algún momento tendría que jubilarme, ¿no? ¿Podría pasarme los días haciendo senderismo, paseando al perro y leyendo el periódico? ¿Necesitaba

un hobby? Desde luego, no tenía ninguno aparte de investigar crímenes o personas desaparecidas. ¿Qué tipo de hobby podría tener? Podría hacer voluntariado. Hacía tiempo que no ayudaba en el centro de rehabilitación, el lugar donde conocí a Charlie hacía tantos años. Sonreí para mis adentros al pensarlo. No fue amor a primera vista, pero casi.

—Sabes —dijo Charlie—, podríamos dar de comer a Barney y luego podría preparar un pícnic. Podríamos subir a Pleasanton Ridge o ir a Sunol a comer.

—Me parece una idea estupenda.

—Además, todavía nos quedan galletas de las de tu madre. Eso nos dará el azúcar que necesitamos para la caminata de vuelta.

—Tenemos una cita —dije con una sonrisa.

Barney se adelantó de un salto y olisqueó nuestro buzón.

Era agradable no tener planes. Con la carrera de Charlie como escritor, tenía mucha flexibilidad en su horario. Si yo tenía tiempo libre, él podía tomarse tiempo libre. Nos compaginábamos bien.

—Cojo el correo —dijo Charlie—. ¿Metes tú a Barney en casa?

Asentí y dije: —Vamos, Barney.

Barney corrió hacia la puerta de casa. Probablemente tenía hambre; era la hora de comer. Últimamente, Charlie le había estado preparando comida especial. Por lo visto, había leído un artículo sobre que algunas empresas de comida para perros no utilizan los mejores ingredientes, así que decidió empezar a prepararle comidas caseras. Dudo que ese perro pudiera estar más mimado.

Entramos por la puerta y Barney corrió directo a su cuenco de agua. Charlie entró poco después.

Le miré las manos, que sostenían el montón de correo del buzón. Me pareció ver un sobre rojo asomando entre los blancos. —¿Hay algo para mí?

Revisó el correo. —Otro sobre rojo a tu nombre. Sin remitente.

Eso no me gustó, ni un pelo. ¿Quién me enviaba esas postales? ¿Qué me encontraría al abrir esta? ¿Debería esperar a abrirla y pedir que buscaran huellas? ¿O simplemente me estaba volviendo paranoica? Quizá eran demasiados años como detective privado los que me hacían pensar que todo podía ser una prueba.

En la cocina, me detuve, apoyada en la encimera. Abrí el sobre y saqué la postal de Navidad. Esta tenía luces navideñas colgadas de una casa de dos pisos roja y blanca y un árbol decorado junto a la puerta. Era bonita, la verdad. La abrí.

El mensaje preimpreso decía:

Te deseamos las más felices fiestas.

Debajo, en letras mayúsculas de imprenta:

ME QUITÓ TANTO A MÍ Y A MUCHOS OTROS. TIENES QUE DEJAR QUE LO VEAN. MUÉSTRASELO.

En la esquina inferior derecha, otra vez, ese pequeño copo de nieve dibujado a mano.

Una sensación poderosa se apoderó de mí. Se me aceleró el pulso y fui directa a mi móvil a buscar homicidios recientes. Dejé de desplazarme cuando vi el titular: Un segundo asesinato navideño sin resolver deja conmocionados a los vecinos de Oakland. Tras un ahogado jadeo, empecé a leer.

UN SEGUNDO ASESINATO NAVIDEÑO SIN RESOLVER DEJA CONMOCIONADOS A LOS VECINOS DE OAKLAND

Por Natalie Sloane - The Bay Insider

OAKLAND, Calif. - El 14 de diciembre, Margaret «Maggie» Ellison, de sesenta y dos años, fue encontrada muerta en su apartamento del este de Oakland. El descubrimiento se produjo después de que los vecinos llamaran al administrador de la finca para quejarse de un olor fétido que se filtraba en el pasillo. Cuando abrió la puerta, el olor se hizo abrumador y, en la penumbra, vio la bañera rodeada de luces de Navidad.

El cuerpo de Maggie estaba sumergido en agua helada. Fuentes de The Bay Insider indican que había sufrido graves lesiones por objeto contundente, quemaduras y marcas de ataduras. El forense no ha revelado la causa de la muerte.

Es imposible ignorar las inquietantes similitudes con el caso de Kristy Bamu de 2010 en Londres, en el que un chico de quince años fue torturado y ahogado por sus familiares el día de Navidad, quienes afirmaron que estaban «purgando el mal» de él. ¿Fue Maggie el objetivo por una creencia similar? ¿O su muerte fue escenificada para que pareciera un ritual? Por el momento, la policía no hará comentarios sobre el móvil. No se han producido detenciones.

Maggie era una empleada jubilada de los Servicios de Protección de Menores de Oakland. Durante décadas, trabajó con algunos de los niños más vulnerables de la ciudad, defendiendo su seguridad en el a menudo desbordado sistema de acogida. Esta es la segunda muerte violenta sin resolver con temática navideña en el Área de la Bahía en las semanas previas a la Navidad. Aún no está claro si las similitudes entre los casos son una coincidencia o una conexión, pero el patrón cada vez es más difícil de ignorar.

Se supone que las fiestas son una época de paz, pero estos asesinatos son la prueba de que diciembre puede ser tan peligroso como cualquier otro mes, a veces más, cuando el estrés y los viejos rencores salen a flote. Si oyes algo, di algo. Podrías salvar una vida. Y si la persona responsable está leyendo esto, recuerda que los secretos tienen una forma de salir a la luz. La ciudad está observando. Yo estoy observando.

DECIR que estaba conmocionada era quedarse corto. ¿Qué significaba esto? ¿Estaban las inquietantes felicitaciones navideñas relacionadas con los asesinatos? Después de releer el artículo, apareció otro.

IDENTIFICADA LA VÍCTIMA DEL CASO «PAPÁ NOEL EN LA CHIMENEA» DE OAKLAND

Por Natalie Sloane - The Bay Insider

OAKLAND, Calif. - Las autoridades han identificado a la víctima del espeluznante homicidio de la semana pasada del «Papá Noel en la chimenea» como Garrett Slade, de 67 años, antiguo padre de acogida y empleado de toda la vida de Adam's Point Grocery.

El cuerpo de Slade fue descubierto el jueves por la mañana atascado en la chimenea de una propiedad desocupada en la zona de Adam's Point. Vestido con un traje completo de Papá Noel, su muerte ha atraído la atención tanto de los medios como de la comunidad por su inquietante parecido con leyendas urbanas y tragedias navideñas de la vida real.

El Departamento de Policía de Oakland ha declinado dar más detalles sobre las circunstancias de su muerte o si se ha identificado a algún sospechoso. «Ahora mismo, nuestra prioridad es reconstruir las últimas horas del señor Slade y determinar quién pudo haber querido hacerle daño», dijo un representante del Departamento de Policía de Oakland. «Fue un acto deliberado. Alguien lo puso ahí».

La policía pide la colaboración ciudadana por si conocían al señor Slade o sabían de su paradero la noche del 11 de diciembre. Se insta a cualquier persona con información a que se ponga en contacto con la línea de información de homicidios del Departamento de Policía de Oakland.

Se me aceleró el pulso y sentí la adrenalina recorrer mis venas mientras releía el primer artículo. Una víctima había sido padre de acogida. La segunda víctima había trabajado para los Servicios de Protección de Menores. Tenía que ser más que una coincidencia.

Sin pensármelo dos veces, cogí el teléfono y llamé a la única persona que sabía que me daría un buen consejo. Quizá le estaba

dando demasiadas vueltas. Quizá había tenido demasiado tiempo libre y estaba buscando algo, cualquier cosa, que resolver.

Respondió al segundo tono. —Hola, Martina.

—Hola, Hirsch. Tengo un mal presentimiento sobre algo. ¿Te importa que te lo consulte?

—Claro. ¿Qué pasa?

Le expliqué que había recibido el primer sobre rojo el mismo día que leí sobre el primer asesinato, el de la chimenea en Oakland, y que antes había recibido un segundo sobre después de que se conociera la noticia de la mujer encontrada muerta en su bañera. —¿Tú qué crees?

—Creo que deberíamos contactar con el departamento de policía de Oakland y decirles que estás recibiendo estas notas. Podría no ser absolutamente nada, o podría estar relacionado. Es un poco extraño, tengo que admitirlo, sobre todo por las fechas. Ya sabes que no creo en las coincidencias, Martina.

—Yo tampoco. ¿Tienes algún contacto en la policía de Oakland? No creo haber trabajado nunca con nadie de allí. Con la oficina del sheriff del condado de Alameda, sí, pero no con la policía de Oakland.

—Conozco a algunas personas. Puedo averiguar quién es el detective del caso, podría ser la misma persona que trabaja en ambos asesinatos. Déjame hacer un par de llamadas y te devuelvo la llamada enseguida.

—Vale.

La llamada terminó y sentí una mano en la parte baja de mi espalda. —¿Todo bien? —preguntó Charlie.

—No estoy tan segura. —Le expliqué todo lo que acababa de contarle a Hirsch y lo que Hirsch estaba haciendo.

Charlie soltó un suspiro. —Puedes sacar a la detective privada de la oficina, pero no puedes alejar los crímenes de la detective privada, ¿eh?

—Podría no ser nada, pero creo que el detective de la policía de Oakland debería saber sobre esto por si hay una conexión.

—Estoy de acuerdo. Pero...

—¿Pero qué?

—Quiero decir, se lo vas a entregar y ya está, ¿verdad?

—No lo sé. Todavía no sé mucho sobre el tema. Podría no ser nada, como he dicho. Podría ser alguien que vio los artículos y solo está intentando tomarme el pelo.

—¿Es eso lo que crees que está pasando? ¿Qué te dice tu instinto, Martina?

Cerré los ojos y negué con la cabeza. —Tengo un presentimiento, Charlie. No creo que sea una coincidencia. Y si estos asesinatos están conectados, no creo que vayan a parar.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Me lanzó una mirada, esa que decía: «Vas a trabajar en este caso aunque no sea tuyo, ¿verdad?». Conocía esa mirada. ¿Cómo podría dar la espalda si me necesitaban? Por supuesto que tendría que ayudar. Antes de que pudiera responder, mi teléfono sonó de nuevo. —Hola, Hirsch.

—Vale, he hablado con un viejo amigo de la policía de Oakland. Me ha dicho que la detective del caso es Kate Maddox, está trabajando en ambos.

—Debería ir a verla en persona.

—Podrías simplemente llamarla y contarle lo que has encontrado.

—¿Pero y si las postales son pruebas? Las querrá, ¿no?

—Cierto —dijo, como si no creyera del todo que esa fuera mi única razón.

—Lo digo en serio. Si tú fueras el detective del caso, ¿no querrías cualquier prueba pertinente?

—Sí, la querría. ¿Quieres que vaya contigo?

—No. Seguro que será un viaje rápido.

—Vale, bueno, le he dicho que te espere y te enviaré sus datos. Puedes llamarla antes de llegar.

Me conoce demasiado bien. —Gracias, Hirsch.

—Mantenme informado. No me gusta la idea de que un bicho raro te deje postales en el buzón, porque eso significa que saben dónde vives.

Era verdad. ¿Cómo averiguaron dónde vivía? Me había esforzado por mantener todos mis datos personales en privado. —De acuerdo, Hirsch, te diré cómo va todo.

—Ten cuidado, Martina.

Cuando colgué, Charlie me lanzó una mirada. —¿Se cancela nuestra excursión?

Le devolví la mirada, pero sin responder.

—¿Qué tal si preparo unos sándwiches? Puedes salir e ir a hablar con esa detective, y podemos ir de excursión mañana. O si vuelves lo suficientemente pronto, podemos ir más tarde.

—Eres el mejor, Charlie.

—Sí. Sí que lo soy.

Lo rodeé con mis brazos y lo besé. Los nudos en mi estómago me decían que podría estar metiéndome en algo peligroso, pero también en algo importante. Mientras cogía mi abrigo y los dos sobres rojos, los símbolos de los copos de nieve ardían en mi mente. Si estos asesinatos estaban conectados, el asesino no solo estaba enviando un mensaje a la policía. Me lo estaba enviando a mí. ¿Pero por qué?

9

ÉL

Volví a leer el titular. «Identificada la víctima del caso del "Papá Noel de la chimenea" de Oakland». Garrett Slade. Dejé que el nombre diera vueltas en mi mente. Natalie lo había escrito sin florituras, sin saber el peso que acarreaba. Había enumerado sus trabajos, sus años en el supermercado Adam's Point, los niños de acogida a los que había acogido. No había dicho qué clase de hombre era. Todavía no. Mis ojos se detuvieron en su formulación: «alguien lo metió allí». Una sonrisa asomó a la comisura de mis labios. Sí, alguien lo había hecho. Y pronto el mundo conocería su nombre por todas las mentiras tras las que se había escondido.

Natalie me estaba ayudando a arrancarle la máscara, pieza a pieza. Se está acercando. Pero todavía le faltaba la parte más importante: el porqué. Pero no iba a dárselo, todavía no.

El segundo artículo hizo que me incorporara. Maggie Ellison..., bañera..., luces de Navidad. Natalie había descrito la escena casi a la perfección. No era probable que hubiese estado allí, pero sus palabras pintaban la escena exactamente como yo quería que el público la viera. Incluso había establecido el paralelismo con el caso de Kristy Bamu. Chica lista. Entonces llegué a las últimas líneas. «Si la persona responsable está leyendo esto, recuerda que los secretos siempre acaban saliendo a la luz. La ciudad observa». Yo observo.

Con una mueca, me dije a mí mismo:

—Oh, ya sé que estás vigilando, Natalie. Quizá debería vigilarte yo a ti.

Volví a pasar un dedo por debajo de su nombre. Ella creía que su advertencia era una amenaza, pero para mí era una invitación. Me estaba escribiendo directamente a mí, reconociendo mi existencia y hablándole a la oscuridad, donde sabía que yo estaría escuchando. Así es como se creaban las conexiones. Así es como se forjaba la confianza. Recorté con cuidado ambos artículos con lenta precisión y los sujeté con chinchetas en el tablón de corcho con el resto de mi colección.

Pronto sabrán la verdad. Y tengo la sensación de que mi nueva amiga, Natalie, sería quien se lo contara. Estaba seguro de que lo haría, así que nuestro tiempo juntos podía esperar. Necesitaba ver cómo le iba a mi otra ayudante. Todo en mi interior sabía que descubriría la verdad y buscaría justicia para las víctimas. La muerte no era suficiente para ellos. Y los crímenes no acabarían con ellos, por eso necesitaba a Martina. ¿Ha empezado a comprender cuál es su papel?

10

MARTINA

Entré por las puertas del Departamento de Policía de Oakland y me acerqué al recepcionista. —Hola, me llamo Martina Monroe y he venido a ver a la detective Maddox.

El joven sentado detrás del mostrador preguntó: —¿La está esperando?

—Sí, tengo una cita.

—Un momento, por favor. Tenga, rellene esto. Y necesitaré también su DNI.

Asentí, cogí la tablilla con el formulario y empecé a rellenarlo. Mientras sacaba el carné de conducir de la cartera, no pude evitar preguntarme cómo sería la detective Maddox. ¿Sería competente? ¿Hacía bien su trabajo? No sabía nada de ella, lo que me provocaba curiosidad y quizá un poco de inquietud.

El hombre colgó el teléfono y me miró. —La detective Maddox saldrá enseguida. Puede sentarse.

—Gracias.

No pude. Me resultaba imposible quedarme sentada. Tenía la adrenalina por las nubes; el cuerpo, preparándose para lo que viniera después. Me puse a dar vueltas, paseando la mirada por el vestíbulo. En una esquina lejana había un Árbol Solidario, decorado con etiquetas de papel que enumeraban el deseo navideño de un

niño, a la espera de que alguien la cogiera, comprara el regalo y lo devolviera para su entrega, una especie de amigo invisible. Era un detalle precioso. Quizá deberíamos hacer algo parecido en Drakos Monroe. Demasiado tarde para esta temporada, pero algo que planificar para el año que viene. Me acerqué, examinando las peticiones. La mayoría eran de niños y adolescentes, muchos de casas de acogida. Y, así sin más, mis pensamientos volvieron a los dos artículos. Dos víctimas: un padre de acogida y una trabajadora de los Servicios de Protección de Menores.

A mi espalda, una voz me llamó: —¿Martina Monroe?

Me giré y vi a una mujer que se acercaba.

—Soy la detective Maddox —dijo, tendiéndome la mano.

Nos la estrechamos.

Era un poco más joven que yo, de treinta y tantos. Estatura media. Guapa, pero de una forma poco convencional. Sus ojos oscuros parecían algo atormentados, como si cargara con el peso de cada caso en el que había trabajado. Su vida probablemente no había sido fácil. Algo la había llevado a convertirse en detective de homicidios. No solía ser una infancia despreocupada. Y, sinceramente, sentía curiosidad por saber más de ella.

—¿Por qué no viene conmigo? Tenemos una sala de reuniones donde podemos hablar.

Mientras la seguía a través de la sala principal, el aire bullía de actividad. Había agentes encorvados sobre sus escritorios tecleando informes, mientras otros se inclinaban para mantener conversaciones tensas. Unas cuantas personas estaban sentadas en sillas contra la pared; sus posturas me decían que eran o testigos o culpables.

Dentro de la sala de reuniones, cerró la puerta a nuestras espaldas. —Pase. Por favor, siéntese.

Me acomodé en la silla frente a ella mientras abría un cuaderno. —Un colega me ha dicho que tiene unos mensajes que podrían estar relacionados con los recientes asesinatos. El asesinato de la chimenea y…

—El asesinato navideño de la bañera —terminé por ella.

Ella asintió. —¿Y bien? ¿Qué tiene? ¿Qué mensajes ha recibido?

Metí la mano en el bolso y saqué una bolsa grande con cierre hermético que contenía las dos tarjetas de Navidad. Las saqué y las puse sobre la mesa. —Sinceramente, al principio no pensé que fueran pruebas —admití—. Así que no usé guantes ni nada. Mis huellas estarán por todas partes. Las de mi marido también.

—Sí, probablemente ya es un poco tarde —dijo—. ¿Estaban cerrados los sobres?

—No.

Sabía lo que estaba pensando: el ADN de la saliva del remitente en el sobre. Pero no habría suerte con eso. Abrió la primera tarjeta y leyó en silencio. Su expresión cambió, mostrando sorpresa, puede que incluso reconocimiento.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es que… es un poco escalofriante —dijo con tono reservado. Se estaba guardando algo. No se fiaba de mí. Cogió la segunda tarjeta, la leyó, luego apoyó ambas manos sobre la mesa y me miró directamente a los ojos—. ¿Tiene alguna idea de quién le ha enviado esto?

—No tengo ni idea. Pero basándome en mis treinta años en la investigación privada y trabajando en casos sin resolver con el Departamento del Sheriff del Condado de CoCo, diría que es alguien que quiere mi ayuda. Quieren que encuentre algo y lo saque a la luz. Y el momento, que ambas tarjetas llegaran justo después de los asesinatos de temática navideña, me hace pensar que están conectadas.

Me observó. —He oído hablar de su agencia, Drakos Monroe Security & Investigations.

—Y yo solía trabajar como contratista para el condado de CoCo resolviendo casos sin resolver.

Asintió. —No hay mucho que pueda decirle, es una investigación en curso, pero lo que sí puedo decirle es que tengo razones para creer que los dos crímenes podrían estar conectados y que sus mensajes podrían estar relacionados.

—¿En qué sentido?

—Lo siento, Martina. No puedo divulgarlo.

Me eché hacia atrás, con la mente a toda velocidad. No podía quedarme ahí sentada sin más. Si este asesino se estaba poniendo en contacto conmigo, ¿cómo iba a entregárselo todo a la policía y marcharme? Sabía que no me conocía, y yo no la conocía a ella, pero quizá eso tenía que cambiar. —Mire —dije—, he leído los artículos de The Bay Insider. La primera víctima era un padre de acogida. La segunda, una trabajadora jubilada de los Servicios de Protección de Menores. Ahora alguien quiere que descubra algo, que muestre la verdad. Están conectados.

—Tenemos nuestras sospechas. Nada concreto.

—Se lo digo yo, es el mismo asesino. Y no creo que vaya a parar. Probablemente ni siquiera debería estar haciendo esto. Se supone que estoy de vacaciones. Pero puedo ayudar. Supongo que están investigando a los niños de acogida con los que las dos víctimas tuvieron contacto. Probablemente haya muchos nombres que revisar. ¿Voy bien hasta ahora?

Ella soltó un suspiro y desvió la mirada.

—Mire, no soy de las que se quedan al margen. Varios agentes de la ley pueden dar fe de ello. He trabajado para el Departamento del Sheriff. Este asesino está en mi mundo. Ha visto los sobres, no hay remite ni sello. Los metieron directamente en mi buzón, en mi casa. Puede aceptar mi ayuda y podemos trabajar juntas, o investigaré por mi cuenta porque no quiero a este tipo en mi casa ni cerca de mi familia.

La detective Maddox se cruzó de brazos, se reclinó en la silla y me estudió. —Esta es una investigación en curso.

—Y me imagino que necesitan ayuda —repliqué—. Oakland tiene la tasa de homicidios más alta del estado de California. Seguro que están hasta arriba de crímenes. Ofrezco mi ayuda pro bono. Firmaré un contrato, lo que necesite. Pero no pienso apartarme de esto. Detective Maddox, no me amedrento ante las amenazas contra mi familia.

Ella permaneció en silencio.

—Admito que no sé qué relación tengo con esto. No sé por qué esta persona se ha puesto en contacto conmigo. Aún no lo he descubierto, pero lo haré.

Me estudió. —¿Cuál era el acuerdo cuando trabajaba para el condado de CoCo?

—Cuando crearon una nueva división de casos sin resolver, firmé un contrato con ellos para trabajar a tiempo completo en dichos casos. Tenía un contrato, me pagaban y, en esencia, era una representante del Departamento del Sheriff. Seguía sus normas. En mi agencia no tengo tantas reglas, pero si acepta mi ayuda y quiere que trabajemos juntas, seguiré las suyas. Cuando pueda.

—Tengo que consultarlo con mi jefe.

—Le ofrezco mi ayuda —dije, inclinándome ligeramente—. Y probablemente también podría aportar a algunos de mis investigadores. Soy socia de mi agencia. Tengo gente de primera, los mejores que existen para encontrar personas, escarbar en sus pasados, averiguar dónde están, qué hacen y a quién conocen. Y, según lo que me ha contado mi hijastra, Selena, de camino aquí, estos dos casos se han vuelto virales en TikTok, Instagram y todas las redes sociales. Están recibiendo mucha presión para resolverlos. Contar conmigo podría generar buenos titulares.

Ella continuó mirándome con escepticismo.

—No sé si me ha investigado, pero tengo un historial bastante bueno resolviendo casos difíciles. —Observé sus ojos. Todavía no estaba convencida. Sinceramente, no creía que fuera a ser tan difícil de convencer. Mi historial debería hacer que me suplicara ayuda. Pero quizá tenía problemas de confianza. Podía entenderlo—. Firmaré lo que usted quiera.

Me examinó una vez más. —Tengo que hablar con mi jefe, pero… digamos que nos vendría bien su ayuda. Y sí, lo de las redes sociales no ayuda. Hay todo tipo de teorías conspiranoicas sobre estos asesinatos navideños. Conozco a la periodista que los cubre, es de fiar, no filtra lo que no queremos que se filtre.

—¿Natalie Sloane?

—Sí. Somos amigas. Normalmente le doy la primicia de mis casos. Respeta los límites. No intenta colarse en las escenas del crimen. Ese tipo de cosas.

Asentí levemente.

—Así que supongo que lo que estoy diciendo es que, a modo de prueba, aceptaré su ayuda si mi jefe está de acuerdo. Si lo está, tendrá que seguir las normas, porque quienquiera que esté haciendo esto tiene que acabar entre rejas. No podemos dejar que se escape por un tecnicismo.

—¿Han recogido alguna prueba física? ¿Alguna idea de quién es este tipo?

Cerró los ojos brevemente y negó con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. Tengo la sensación de que este tipo lleva mucho tiempo planeando esto, sea lo que sea esto. Y mi mayor temor es que no ha hecho más que empezar.

La detective Maddox me miró a los ojos. —El mío también. Deme un minuto, ahora vuelvo.

La detective Maddox salió de la sala de reuniones. A pesar de su reticencia, me dio buena espina. Quería hacer lo correcto por las víctimas, igual que yo. Teníamos que detener a ese tipo, y tenía la sensación de que necesitaba mi ayuda para hacerlo. Con suerte, su jefe podría verlo.

Unos minutos más tarde, regresó con una pequeña sonrisa. —A mi jefe le parece bien que ayude, pero quiere que sea oficial.

—Puedo ser oficial.

Con una sonrisa, lo sellamos con un apretón de manos.

Claro, habría papeleo y conversaciones de por medio, pero creía que juntas resolveríamos este caso y detendríamos al loco. Solo esperaba que pudiéramos hacerlo antes de que se cobrara su próxima víctima.

11

DETECTIVE KATE MADDOX

Después de que Martina saliera de la sala para hacer una llamada, me recosté en la silla e intenté averiguar cuál sería la mejor forma de trabajar juntas. Nunca antes había colaborado con una asesora externa, o con una profesional que no perteneciera a las fuerzas del orden, en un caso. De copas, no era raro que Natalie y yo barajáramos algunas hipótesis sobre un caso. Natalie era una amiga, alguien en quien confiaba. A Martina no la conocía y no estaba segura de si me gustaría trabajar con ella. Ni con nadie, si era sincera.

Cuando le hablé a mi jefe, Tatum, de su oferta de ayuda, casi se mea en los pantalones. Por lo visto, había oído hablar de su bufete y había sido colega de su mejor amigo y socio de investigación, el sargento retirado Hirsch. Si era tan buena como todo el mundo decía, me dejaría impresionar. Pero, por ahora, procedería con un optimismo cauto.

La puerta se abrió y Martina volvió a entrar, teléfono en mano, con la mirada aguda y evaluadora.

—Bueno, ¿empezamos?

Directa al grano. Me gustaba.

—Claro.

—¿Tienen una sala de situación? ¿Un panel de investigación? ¿Cómo suelen llevar las investigaciones?

No perdía el tiempo con formalidades, iba directa al meollo. Puede que esta relación laboral funcionara, después de todo.

—Ahora mismo no tenemos. Solo he estado yo trabajando en el caso. Es una época del año de mucho trabajo —dije, removiéndome en el asiento.

—Vale. Bueno, yo suelo contar con todo un equipo, pero si para empezar solo estamos usted y yo, siempre puedo traer a mi gente si necesitamos más ayuda. Como le he dicho, tenemos que atrapar a este tipo. Sabe dónde vivo. Mi familia viene por las fiestas y no puedo andar recibiendo notas de un asesino en serie. Le quita parte de la gracia a nuestra feliz Navidad. ¿Sabe a lo que me refiero?

Las palabras le salían a borbotones, pero mantenía los ojos fijos en los míos, buscando cualquier atisbo de duda.

—Sí, lo sé. Seguramente pueda conseguir que nos dediquen una sala de reuniones y podríamos empezar por ahí. ¿Qué le parece esta? —pregunté, mirando alrededor de la pequeña sala.

Ella echó un vistazo y yo seguí su mirada. No sabía a qué estaría acostumbrada en su lujoso bufete, pero esto era probablemente todo lo que podíamos permitirnos. No era el mejor espacio, teniendo en cuenta que olía ligeramente a café rancio y a sudor. La sala de reuniones también hacía las veces de sala de interrogatorios para sospechosos y testigos. No es que nos sobraran las habitaciones. Aun así, había dicho las palabras que yo también había estado pensando. Asesino en serie. Todavía no teníamos uno, pero temía que pudiéramos tenerlo.

Solo sabíamos de dos muertes que estaba bastante segura de que estaban conectadas, pero no al cien por cien. El hecho de que Martina hubiera recibido dos cartas, ambas con el mismo copo de nieve en la esquina inferior, como el que dejaron en la primera escena, me hacía pensar que tenía que estar conectado. Entre eso y la corazonada de que nuestro asesino no había terminado, me temía que aparecieran más cuerpos envueltos en papel de regalo.

Martina se inclinó hacia delante, con los antebrazos apoyados en la mesa.

—¿Puedo ver lo que tiene del caso hasta ahora?

—Por supuesto. Deme un segundo. —Me levanté y volví a toda prisa a mi mesa. Tenía las manos firmes, pero sentía un nudo en el estómago mientras cogía los expedientes y las fotos de ambas escenas del crimen. Cualquiera que viera esas imágenes y no se inmutara o tenía sangre fría o había visto demasiado. A pesar de todo lo que había visto en mi carrera, yo todavía estaba en un punto intermedio.

De vuelta en la sala de reuniones, extendí los expedientes sobre la mesa. Martina no retrocedió. Al contrario, se inclinó sobre las fotos del asesinato de la chimenea, con una expresión indescifrable.

—¿Ya está hecha la autopsia de la primera víctima?

—Sí. Murió de asfixia debido a que le envolvieron la cabeza en cinta adhesiva después de un traumatismo craneoencefálico por objeto contundente —dije, con la voz más monótona de lo que pretendía—. Luego lo vistieron con el traje de Papá Noel y lo metieron por la chimenea.

Martina apretó los labios en una fina línea. No se inmutó ni parpadeó. Se limitó a mantener los ojos fijos en las fotos de la escena del crimen como si quisiera obligarlas a revelar más de lo que mostraban.

—¿Alguna idea de dónde estaba el señor Slade el día antes de morir?

—Interrogamos a sus vecinos. Dijeron que era muy reservado. Hice que mi amiga periodista publicara un artículo de seguimiento para ver si alguien más sabía dónde podría haber estado la noche en que lo mataron y, de ser así, que se presentara. No pudimos encontrar a ningún familiar o pariente cercano. Su mujer murió hace unos cinco años. No sabemos dónde estuvo la noche antes de morir, pero hemos emitido un aviso de búsqueda de su vehículo. Todavía no ha sido localizado.

Ladeó la cabeza.

—Podría ser un encuentro casual... pero el hecho de que el otro asesinato sea de una trabajadora de servicios sociales me hace pensar que no lo fue.

—Yo tampoco creo que fuera un encuentro casual.

—¿Ninguna huella dactilar en la escena? ¿Fibras? ¿Algo que conecte con un sospechoso?

Negué con la cabeza.

Entrecerró los ojos.

—¿Y qué me dice de este? —dio un golpecito con la uña en una foto de la escena del crimen de la segunda víctima—. Esto es horrible. ¿También la drogaron?

—Afortunadamente, sí.

Soltó un lento suspiro.

—Eso es algo. ¿Alguna idea de cuán antiguas son las heridas?

—Al principio, pensamos que quizá la habían torturado durante un largo periodo, pero el médico forense cree que se hicieron todas en un lapso de tiempo relativamente corto. Tenemos la teoría de que intentaba imitar un crimen anterior que ocurrió en 2010. —La miré, esperando a medias un destello de sorpresa. Nada—. Está recreando crímenes cometidos en Navidad. La pregunta es por qué.

Asintió.

—¿Alguna prueba física de la segunda escena del crimen?

—Ningún resultado todavía.

—¿Ni huellas dactilares, ni pelos? ¿Ni pisadas?

—No. Es como si fuera un fantasma.

Finalmente, me miró.

—Ninguna prueba física en la escena, eso es inusual.

—Hay pruebas de que limpió después —dije—. Los únicos detalles espantosos son los propios cuerpos y cómo están colocados.

—Y los colocaron —repitió, casi en un susurro—. ¿Cuál fue la causa de la muerte de la víctima femenina?

—Probablemente estrangulamiento manual, pero murió de asfixia.

—¿Las heridas fueron infligidas post mortem?

—No.

—Tiene sentido, hay sangrado —dijo mientras se acercaba a la foto. Parecía catalogar cada ángulo y cada marca, como si estuviera construyendo al asesino en su cabeza pieza por pieza.

—¿Ha estado alguna vez en una autopsia? —pregunté.

Asintió levemente.

—No es mi actividad favorita.

Me eché hacia atrás, estudiándola. Quizá Martina Monroe era realmente tan buena como decían.

—Ambos murieron técnicamente por asfixia —continué—. Uno por la cinta, otro por estrangulamiento manual. Es interesante. Es casi como si no quisiera que sus víctimas sufrieran.

—Quizá no se trata de ahorrarles sufrimiento —dijo Martina—. Quizá se trata de mantenerlos en silencio. De hacer lo que quiere sin interferencias. De poder colocarlos en un lugar específico. Quizá no tiene un lugar donde retenerlos, así que los mata en sus casas. O, en el caso del asesinato de la chimenea, en una casa desocupada. Es posible que pasara del golpe contundente al estrangulamiento para tener menos que limpiar.

—Es posible.

—¿El móvil?

—Nuestra primera víctima no había tenido un niño en acogida en al menos diez años. Si es uno de sus niños de acogida buscando venganza, es mucho tiempo para guardar rencor y no hacer nada. Algo tuvo que haberlo provocado.

—¿Pero qué? —preguntó, todavía estudiando la foto.

—Esa es una buena pregunta.

—¿Han buscado crímenes similares en la zona?

—Hemos buscado crímenes en Navidad o en fechas cercanas durante los últimos cinco años, nada a nivel local.

—Algo ha provocado a este asesino —repitió.

—Algo relacionado con las fiestas —dije.

—Quizá el año pasado, y ha pasado este año planeándolo.

—Es una buena teoría.

—¿Han empezado a investigar los antecedentes de todos los niños de acogida que tuvo la primera víctima en su casa y luego han cotejado los expedientes de la víctima de servicios sociales jubilada?

Parecía saber cómo llevar una investigación. Era bueno saberlo.

—Hemos sacado los nombres y estamos esperando los expedientes de la extrabajadora de servicios sociales.

—Lo más probable es que nuestro asesino se criara en el sistema de acogida. Por lo que tengo entendido, muchos hogares de acogida

no son precisamente un refugio seguro.

Esbocé una sonrisa.

—De eso —dije— soy, por desgracia, muy consciente.

Ladeó la cabeza, su mirada se suavizó.

—¿Usted se crio en el sistema?

—Desde los siete años.

Frunció el ceño.

—Lo siento mucho.

—Fue hace mucho tiempo. —Lo dije como si no importara, pero la verdad era que todavía podía oler la moqueta mohosa de aquella primera casa de acogida, todavía oír el crujido hueco del pasillo fuera de mi habitación cuando mi padre de acogida se acercaba.

Me estudió durante un instante.

—Entonces entiende que el ángulo de la acogida es probablemente nuestra mejor baza.

—Sí. Pero hay mucho en lo que escarbar.

—Bueno, como he mencionado, estoy dispuesta a prestarle a algunos de los miembros de mi equipo. Podemos repartirnos la lista, investigar los antecedentes, empezar a ir puerta por puerta y comprobar las coartadas. Es probable que algunos de ellos ya no estén vivos y quizá algunos estén en la cárcel. Eso podría reducirnos la búsqueda.

Asentí con gravedad.

—Por desgracia, muchos chicos de acogida no tienen una alta tasa de éxito. A nivel nacional, solo la mitad se gradúa en el instituto. Quizá un tres o cuatro por ciento llega a obtener un título universitario. Alrededor de uno de cada cuatro acaba en la cárcel a los pocos años de salir del sistema, y las cifras de sobredosis o muerte prematura no son mucho mejores.

La mirada de Martina se suavizó.

—Usted fue una excepción.

Me encogí de hombros.

—Me dijeron que fui una de las afortunadas —dije—. Que había sobrevivido al sistema y que, de alguna manera, había salido adelante. Pero ese no fue el caso de muchos de los chicos que conocí. Es difícil superar ese tipo de trauma, sobre todo cuando el

mismo lugar que se supone que debe protegerte puede hacerte un daño del que no te recuperas.

¿Por qué le estaba contando esto? Tenía una forma de ser que te hacía creer que se preocupaba por ti. ¿Era así como obtenía información de los testigos y sospechosos?

—Entonces usted sabe mejor que nadie —dijo, inclinándose hacia delante— que uno de esos nombres podría llevarnos directamente a nuestro asesino.

—Exacto. Alguien ha estado guardando este rencor durante mucho tiempo, y algo le ha impulsado a actuar ahora.

—Revise la lista y encuentre el detonante. Entre esas dos cosas, encontraremos a nuestro asesino —dijo.

—Estoy de acuerdo.

Me dedicó una pequeña sonrisa cómplice. Quizá trabajar con una compañera no estaría tan mal, después de todo. Y si eso significaba que atrapábamos al asesino antes de que pudiera hacer daño a nadie más, lo consideraría un milagro navideño.

12

ÉL

La calle frente a su casa brillaba tenuemente; el aire frío convertía las luces de Navidad en suaves halos. Las había colgado a lo largo de la línea del tejado en hileras perfectas, blancas y cálidas, sin parpadeo, de esas que hacían que el lugar pareciera seguro y acogedor.

Llevaba horas observando, oculto en mi coche, aparcado al otro lado de la calle. Las luces del interior me indicaban que su marido estaba en casa. Lo había visto pasar por la ventana antes. Pero a ella no.

Se había marchado antes de que yo llegara. Había supuesto que volvería a casa en poco tiempo, teniendo en cuenta que, cuando llamé a su oficina, me informaron de que estaba de vacaciones y que lo estaría durante todas las fiestas. ¿Había ido a la oficina para investigar los crímenes? ¿Había entendido mis mensajes?

Necesitaba que lo entendiera y los desenmascarara. No podía confiar en que la policía lo hiciera. Quizá entre la reportera Natalie Sloane y ella pudieran resolver el caso. Quizá necesitaba juntarlas. Hmm. Todo un desafío.

Natalie Sloane había entendido mi mensaje. Cada palabra que tecleaba había sido como una miga de pan que la conducía hacia

algo más grande. ¿Podría ser ella mi mensajera? Dos eran mejor que una. Tendría que juntarlas. Pero ¿cómo?

Unos faros barrieron la calle. Me agaché en el coche y eché un vistazo por encima del asiento. Un vehículo entró en el camino de entrada de la casa y aparcó. Era ella.

Salió lentamente, su aliento formando vaho en el frío. Las llaves que llevaba en la mano reflejaron el brillo de las luces del porche. ¿Dónde había estado? La puerta se cerró tras ella y la perdí de vista.

Mientras yo permanecía en la oscuridad, esperando, las luces de Navidad de la casa de los Monroe y las de sus vecinos brillaban intensamente en la noche.

13

MARTINA

De vuelta en la sala de reuniones de la comisaría de Oakland, estudié la lista que me había dado la detective Maddox. El papel estaba curvado por los bordes y los nombres estaban resaltados en tres colores diferentes. Había setenta y cinco niños de acogida que habían pasado por el hogar de Garrett Slade y su mujer, Virginia. Para cuando llegué esa mañana, la detective Maddox ya los había dividido entre fallecidos, encarcelados y vivos. Debía de haber trabajado toda la noche. Miré mi reloj: eran las 8 de la mañana.

—Detective Maddox, ¿fue a casa anoche? —pregunté, fijándome en su blusa arrugada y en la americana que colgaba del respaldo de su silla.

—Puedes llamarme Kate.

—Vale, Kate. ¿Fuiste a casa anoche?

—No, pero me tomé un descanso, cené y tomé algo con una amiga, y luego volví.

—Esa es una forma excelente de acabar quemada.

Me lanzó una mirada por encima del borde de su taza de café, de esas que dicen: «No me busques las cosquillas».

—Y no trabajar —dijo— es una buena forma de permitir que un asesino atrape a otra víctima.

—Cierto —dije, levantando las manos en señal de rendición—. Pero tu salud física importa. Trabajar toda la noche pasa factura.

Los labios de Kate se apretaron en una fina línea, y los músculos de su mandíbula se crisparon. No le gustaba que la trataran con paternalismo. Casi podía sentir la molestia que emanaba de ella.

—Bueno, esperemos cogerlo pronto —dijo, con la vista de nuevo en los papeles.

Asentí y repasé la lista.

—Vale, entonces, de estos, veinte están muertos y veintidós en la cárcel. Eso nos deja treinta y tres que podrían ser nuestro sospechoso. ¿Has investigado los antecedentes de los treinta y tres?

—He completado diez. —Empujó otro montón hacia mí—. De los diez, nueve tienen última dirección conocida. El otro puede que no tenga hogar o que haya fallecido pero no esté identificado. Todavía estoy trabajando en los otros veintitrés. Hacer esto sola lleva tiempo.

—Si me hubieras dicho que estabas trabajando, podría haberte ayudado.

—Tienes familia, ¿verdad?

Asentí.

—Yo no —dijo rápidamente—. No pasa nada.

—¿No tienes a nadie? Dijiste que habías quedado con una amiga para cenar.

—Sí. La periodista de la que te hablé.

—¿Ni gato? ¿Ni perro? ¿Ni siquiera un pez de colores?

—Nop. Mi trabajo es mi familia.

—Un trabajo no es una familia —dije, esta vez más suave, y mis pensamientos se desviaron hacia Selena. Tenía familia y amigos, pero era una adicta al trabajo. Kate me recordaba un poco a ella.

Kate levantó la vista brevemente, antes de zanjar el tema.

—Centrémonos en el caso.

Me preocupaba Kate. Tenía que ser dura para sobrevivir sola todos estos años, pero a este ritmo, se quemaría, cometería un error o la matarían. O se moriría de tanto beber, como demasiados policías y unos cuantos investigadores privados que no sabían separar el trabajo de su vida. Y yo lo sabía bien.

Pero no la presionaría. Entendía la necesidad de resolver un caso. Y ser una mujer detective de homicidios en un departamento dominado por hombres probablemente significaba que tenía que trabajar el doble para demostrar su valía; quizá por eso trabajaba sola.

—Vale —dije—, tienes nueve con los que podemos contactar. ¿Deberíamos llamarlos? ¿Cómo crees que será más fácil localizarlos?

—Creo que tenemos que encontrarlos y hablar en persona. Lleva más tiempo, pero la mayoría de esta gente no contestará al teléfono si no conoce el número. Puede que algunos no quieran hablar con la policía. La policía no siempre estaba de nuestro lado... y cuando digo «nuestro lado», me refiero a los niños de acogida.

—Bueno, para eso estoy yo. No soy policía.

—Cierto. —Pareció darse cuenta, quizá por primera vez, de que yo podía ser una ventaja precisamente por no ser de las fuerzas del orden.

—Vale, tenemos otros veintitrés nombres —dije—. Son muchos, pero es factible.

—No puedo darte acceso a nuestros sistemas, pero quizá pueda conseguir que el equipo de investigación ayude.

—Yo tengo sistemas a los que puedo acceder como investigadora privada —le recordé.

—Cierto. ¿Tienes el portátil?

Saqué el portátil de la mochila.

—Mira, yo cojo estos trece, tú el resto. Cuando terminemos, prepararemos una lista y nos pondremos a patear la calle.

Ella asintió, y la irritación en su postura se relajó una pizca. Quizá el mal humor de la mañana se debía simplemente a la falta de sueño y a no comer como es debido.

Unas horas más tarde, teníamos a los antiguos niños de acogida clasificados en cuatro montones: los que tenían una última dirección

conocida, los que creíamos que vivían en la calle, los que vivían fuera del estado y aquellos cuya ubicación era desconocida.

—Eso nos deja unos veinte a nivel local con los que podemos intentar hablar. Los de la calle serán más complicados. Los de fuera del estado van al final de la lista —dije.

—De acuerdo. —Kate miró el reloj de la pared—. Si salimos ahora, podríamos avanzar bastante en esta lista.

—Sabes, podría llamar a algunos de mi equipo. Hacer que vayan a hacer preguntas, y si averiguan algo útil, podemos volver nosotros a tomar declaraciones oficiales.

Kate dudó, y luego me lanzó una mirada que decía que no quería ayuda, pero sabía que la necesitaba. Para insistir un poco más, dije:

—Volverá a matar. —Mi suposición era que el asesino era un hombre. No había muchas mujeres con la fuerza suficiente para meter un cuerpo por una chimenea, pero era posible.

—Si quieres traer a unas cuantas personas solo para hacer preguntas, está bien. Es difícil hablar con los de la calle. ¿Hay alguien que se le dé bien acercarse a ellos?

—Tengo a unos cuantos. Son más jóvenes, pero saben apañárselas.

—Esos barrios no son especialmente seguros para cualquiera que vaya por ahí haciendo preguntas.

Mis pensamientos volvieron a Selena. A menudo creía que era invencible, pero no lo era.

—Irán en parejas. ¿Por qué no vamos tú y yo juntas a por los primeros? Luego veré quién de mi equipo está disponible. Empezaremos con poco, un equipo extra, y veremos cuánto terreno cubrimos.

—Me parece un buen plan.

—En realidad… —Me di cuenta de que podría ser más fácil que intentar encontrarlos a todos—. Pensándolo bien, deberíamos empezar por las personas con domicilio. Quien cometió estos crímenes estaba organizado y tenía algunos medios económicos. Probablemente no viva en la calle.

Kate pareció sopesarlo.

Continué:

—Piénsalo. Ha planeado ambos asesinatos, ha conseguido drogas y ha limpiado las escenas del crimen. No es que limpiar una escena del crimen sea algo difícil de aprender. Solo tienes que escuchar un pódcast de crímenes reales o ver un vídeo en TikTok sobre cómo no dejar pruebas, pero tenía que tener algunos medios. Ese traje de Papá Noel parecía caro. Tal vez no sea rico, pero tampoco está sin blanca.

—Tienes razón. Centrémonos primero en los nombres con domicilio.

Era casi la hora de comer.

—Podríamos tomar algo rápido para comer antes de salir —sugerí.

Kate me lanzó una mirada cansada, como si solo quisiera empezar a llamar a las puertas. Pero se notaba que le vendrían bien algunas proteínas, quizá incluso algunas verduras.

—Solo un almuerzo rápido para mantener las fuerzas —dije—. Y cafeína, también.

Me miró, casi divertida.

—Conduzco yo.

14

ÉL

DESDE LA SOMBRA del aparcamiento de enfrente, las vi salir de la comisaría de Oakland. La detective Kate Maddox avanzaba con pasos rápidos y secos, Martina Monroe igualaba su paso, y sus voces eran demasiado bajas para que yo las oyera.

La luz de diciembre era tenue, de esa clase que hacía que todo pareciera apagado excepto ella.

Martina.

Conque ahí estabas.

Sonreí, recostado contra el frío pilar de hormigón. No se escondía de mí. Probablemente ni siquiera sabía que la observaba. No me importaba. Pronto tendría las piezas que yo quería que encontrase. Y entonces ella y Natalie se lo contarían al mundo, quisieran o no.

15

NATALIE

Recordando las copas con Kate, empecé a preguntarme si debería escribir un artículo sobre crímenes navideños del pasado. Si a los lectores les encantaban los actuales, seguro que les gustaría una espeluznante lección de historia. El primer artículo sobre el asesinato de la chimenea se había hecho semiviral. El segundo se hizo completamente viral. Ahora había todo un movimiento nuevo en TikTok sobre crímenes navideños. Era como si estuvieran obsesionados con los cuentos oscuros de las fiestas. Era macabro y no servía para nada. Simplemente, un entretenimiento espantoso.

Eso me hizo pensar en cómo podría diferenciar mi artículo. Podría escribir un resumen de algunos crímenes navideños y luego relacionarlo con los detonantes de dichos delitos en relación con la Navidad. El estrés que provocaba un aumento de la violencia, los suicidios y las muertes. Por no mencionar que teníamos dos asesinatos de imitación aquí mismo, en la Bahía de San Francisco.

Tenía que proponerle la idea a mi editor, Eli, para ver si le parecería bien un artículo de opinión. Normalmente, mi trabajo se limitaba a informar sobre la delincuencia local, no a opinar sobre ella en general, aunque a menudo lo entretejía, lo que creo que hacía que mis artículos destacaran un poco más. Es una buena idea. ¿Y quién sabe? Quizá podría incluso ayudar en el caso de Kate.

Si podía escribir un artículo sobre los crímenes que ocurrían en torno a la Navidad, quizá podría predecir cuándo, o si, se produciría el siguiente asesinato. O quizá ayudar a prevenir futuros delitos. De momento solo había habido dos asesinatos, pero ¿era posible que tuviéramos un asesino en serie entre nosotros? Técnicamente, necesitaríamos un asesinato más para que se considerara en serie, pero ¿no sería increíble? Un asesino en serie navideño. ¿Había existido alguno?

La curiosidad pudo conmigo. Me deslicé en la silla y encendí el ordenador, mientras mis dedos tamborileaban con impaciencia mientras cargaba el buscador. Tecleé: «¿Ha existido alguna vez un asesino en serie navideño?». Y esperé a que aparecieran los resultados.

A la gente le encantaban estas cosas macabras. Ya podía ver cómo se formaba el titular.

Los resultados de la búsqueda cargaron.

Sí. Había habido asesinos vinculados a asesinatos en las fiestas, pero mientras leía por encima los detalles, ninguno era como este. No imitaban a nadie. Eran simplemente psicópatas de pura cepa. Hice clic en el primer caso.

El Estrangulador de Santa Claus, Adolph Laudenberg. Asesinó al menos a tres mujeres, posiblemente hasta cinco, entre el 25 de diciembre de 1972 y marzo de 1975 en Los Ángeles y San Francisco. Su primera víctima conocida fue asesinada el día de Navidad, estrangulada con un par de pantis. La prensa se aferró a la conexión navideña, aunque sus asesinatos posteriores no estuvieran relacionados con las fiestas. Laudenberg era un marino mercante jubilado que elegía a mujeres que conocía en bares, a menudo atrayéndolas a su casa antes de matarlas. No lo atraparon hasta décadas después, cuando el ADN lo vinculó a los crímenes.

Luego estaban los Asesinatos de Navidad de Dayton, de 1992. Una oleada de crímenes, no un caso en serie, pero aun así brutal. Entre la Nochebuena y el 26 de diciembre, cuatro personas, tres hombres y una mujer, se lanzaron a una espiral de violencia alimentada por las drogas y el alcohol en Dayton, Ohio. Robaron coches, atracaron y asesinaron a seis personas en total, incluido el

dependiente de una tienda y un hombre que entregaba un regalo de Navidad. A una víctima la ejecutaron de un tiro delante de su novia.

Menuda tela.

Luego estaba el Papá Noel Asesino en Serie, Bruce McArthur, en Toronto. Entre 2010 y 2017, McArthur asesinó al menos a ocho hombres, la mayoría de ellos de la comunidad gay de Toronto. Enterró sus restos desmembrados en maceteros en las propiedades donde trabajaba como jardinero. Su apodo de «Papá Noel» provenía del hecho de que a menudo hacía de Papá Noel en un centro comercial local durante las fiestas con barba blanca, traje rojo... todo el tinglado. El contraste entre la imagen bondadosa y la espantosa realidad acaparó los titulares internacionales.

Ninguno de estos asesinos había intentado recrear crímenes famosos de las fiestas. Mataban por sus propias razones. Lo que planteaba la pregunta: ¿por qué imitar?

Si nuestro asesino de la Bahía de San Francisco era un chico de acogida, como Kate y yo sospechábamos, entonces había que considerar el ángulo del trauma. Los estudios demostraban que alrededor del setenta por ciento de los asesinos en serie declaraban haber sufrido abusos, negligencia o traumas infantiles graves. Muchos crecieron en hogares inestables y un número desproporcionado pasó por el sistema de acogida. No todos los traumas conducen a la violencia, pero en combinación con ciertos rasgos de personalidad, podían convertir a alguien en un depredador.

Y luego estaba la llamada Tríada de Macdonald, el infame «triplete» que buscaban los criminólogos: crueldad hacia los animales, enuresis persistente más allá de la edad normal, y provocar incendios. Investigaciones posteriores demostraron que no era un predictor perfecto, pero seguía existiendo una correlación, especialmente entre la crueldad animal y la violencia posterior.

Estadísticamente, la mayoría de los asesinos en serie eran hombres, más del noventa por ciento, con una edad media de inicio entre los veintitantos y los treinta y pocos años. Muchos intensificaban su actividad con el tiempo, y sus periodos de enfriamiento se acortaban a medida que se envalentonaban. Pero

¿los imitadores? Esa es una clase más pequeña y extraña. Su motivo no era solo matar, sino que en algunos casos pretendían vincularse a la obra de otra persona, como una forma de tributo. Veían al asesino original como una especie de héroe. Esa idea me revolvía el estómago. En otros casos, imitaban para confundir a las autoridades. Y entre los verdaderamente enfermos, estaban los que buscaban la fama y querían superar al original para ganar notoriedad. Así que, ¿cuál era el rollo de este nuevo asesino?

No es que nadie debiera matar a nadie, eso no estaba bien, pero ¿por qué? ¿Cuál era el motivo de las muertes con temática navideña? ¿Era relevante el ángulo navideño o era solo una forma de confundir a la policía?

Kate estaba trabajando en el caso, y era bastante buena en su trabajo. Le gustaba trabajar sola, pero había mencionado que también había una investigadora privada ayudándola en el caso, una tal Martina Monroe. Me pareció un poco extraño.

En cuanto llegué a casa después de la cena y las copas, la busqué. Al parecer, Martina era una de las mejores. Había salido mucho en las noticias en los últimos veinte años, resolviendo casos de hacía décadas, trabajando para el Departamento del Sheriff del Condado de CoCo. Casos sin resolver. El tipo de investigadora que no suelta la presa una vez que la ha mordido.

Si alguien podía atrapar a esta persona, era ella. No es que Kate no estuviera a la altura del desafío. Tenía una tasa de resolución bastante decente, ciertamente más alta que la tasa actual del estado.

Uno pensaría que si Martina podía resolver un caso de treinta años, uno reciente no sería demasiado difícil, no con la tecnología que teníamos ahora. ADN. Huellas dactilares. Cámaras de vigilancia. Con la ayuda de Martina, seguro que atraparían a este tipo. Esperaba que fuera pronto.

Casi me caigo de la silla cuando Eli apareció en mi cubículo.

—¿Qué pasa? —dije, con una mano en el pecho.

—Perdone que la asuste —dijo—. ¿Qué tal va todo?

Me eché hacia atrás, cruzándome de brazos. —Bueno, ya ha visto cómo los dos primeros artículos de los crímenes navideños se

hicieron virales. Estaba pensando… ¿y si escribo un artículo de opinión? En el primero, relacioné el asesinato con una imitación. Luego, en el segundo, también. ¿Y si hiciera algo más amplio? Un artículo sobre crímenes navideños, detallando algunos de los más notables que ocurrieron en Navidad o Nochebuena. Podría ser interesante, ¿no?

—Buena idea. Los lectores probablemente lo devorarían. Si sus otros dos se hicieron virales, este probablemente también lo haría. A la gente le encanta ver el lado no tan reluciente de la Navidad. Podemos hacerle un hueco. ¿Puede tenerlo listo en los próximos dos días?

—Por supuesto. Con tiempo de sobra para Navidad.

—Bien.

Con una sonrisa de satisfacción, me volví hacia el monitor. —¿Quería algo?

—Solo quería saber si tenía alguna pista nueva sobre los dos crímenes navideños.

—Todavía no. Salí con Kate anoche, pero todo lo que sé es que ahora tiene una investigadora privada trabajando con ella.

—¿Ah, sí?

—Una pez gordo llamada Martina Monroe.

—¿De Drakos Monroe Security & Investigations?

—¿Ha oído hablar de ellos?

—Oh, sí. Me pregunto por qué está trabajando en ello.

—Kate no lo dijo.

Eli se rascó la barbilla, con su barba de las cinco en todo su esplendor. —Interesante. A ver si consigue que Kate le cuente por qué está involucrada Martina.

—Lo haré.

—Siga con el buen trabajo, Natalie.

Sonreí levemente. No recibía muchos elogios de Eli. No era un mal jefe, pero su forma de elogiar era más del tipo «si no hay noticias, son buenas noticias». Si no me decía que lo estaba haciendo mal, significaba que lo estaba haciendo bien. Quizá la época navideña lo estaba volviendo un poco más alegre.

Volví a mi ordenador, con música navideña sonando suavemente en mis oídos. «'Tis the Damn Season» de Taylor Swift llenaba mis Airpods, y tarareaba mientras continuaba mi investigación para empezar a redactar el artículo.

Fue entonces cuando apareció. Un resultado sobre un incendio en el día de Navidad de 2005. Hice clic y el artículo llenó mi pantalla. Al leer los primeros párrafos, jadeé, y se me cortó la respiración. Esto no podía ser una coincidencia.

—¡Oh, Dios mío...! —susurré. Cuanto más leía, más segura estaba de que no solo tenía que escribir este artículo, sino que, lo que era aún más importante, tenía que llamar a Kate.

16

DETECTIVE KATE MADDOX

Al alejarme del coche, el aire gélido me mordió la piel. Me detuve un instante para ajustarme el abrigo. Estábamos a punto de acercarnos al tercer nombre de nuestra lista cuando me vibró el móvil. Era una llamada de Natalie. Dudé, con el pulgar suspendido sobre la pantalla, e ignoré la llamada. Fuese lo que fuese, podía esperar. Al guardarme el móvil de nuevo en el bolsillo, vi a Martina esperando en el bordillo, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

—¿Todo bien? —preguntó.

Tenía una forma de tratar a la gente con aire maternal que no estaba segura de que todo el mundo apreciara. Tal vez a algunos los sacaba de quicio. Pero se aseguraba de que comiera, se preocupaba por mí y se fijaba en cosas que otros podrían pasar por alto. Quizá intuía que estos interrogatorios estaban reabriendo viejas y dolorosas heridas.

—Sí, solo espero que hoy localicemos al menos a uno de ellos. ¿Alguna novedad de tu equipo?

—Todavía no. Vincent está a punto de salir para empezar con su lista.

Debe de estar bien ser la jefa y tener la autoridad para decirle a tu equipo lo que tiene que hacer.

Asentimos y nos dirigimos hacia la casa adosada. Estaba en un barrio bien cuidado. Tenía un revestimiento beis con molduras blancas, un césped cuidado y algunos árboles esparcidos por el jardín. No estaba segura de que Crystal Anderson viviera realmente allí.

Martina llamó a la puerta principal.

Mientras esperábamos, dijo:

—Quizá debería hacer yo las preguntas. Podría parecer menos…

Sus palabras se apagaron.

—¿Oficial? —Sus ojos se encontraron con los míos, y le recordé —: Pero necesitamos una declaración oficial, y debo revelar que soy detective.

—Tienes razón. Encárgate tú —dijo.

Asentí brevemente y volví a llamar. Comprendía que quisiera implicarse. Alguien, muy probablemente el asesino, había estado dejando postales de Navidad en su buzón, sin siquiera enviarlas por correo. Se presentaba físicamente en su casa para meterlas dentro. Si fuera yo, también querría investigar. Pero este seguía siendo mi caso.

Una nube de vaho escapó al aire frío cuando la puerta se entreabrió. Una mujer de pelo oscuro y gafas de montura oscura se asomó.

—¿En qué puedo ayudarlas?

—Sí —dije, dando un paso al frente. Vi que coincidía con la foto del carné de conducir de Crystal Anderson—. ¿Es usted Crystal Anderson?

Abrió más la puerta.

—Sí.

—Hola, Crystal. Me llamo detective Maddox, y ella es una asesora que trabaja con el Departamento de Policía de Oakland. Estamos investigando la muerte de un antiguo padre de acogida suyo.

Frunció el ceño, pero luego su expresión se suavizó hasta convertirse en algo parecido al reconocimiento.

—Leí lo de Garrett Slade en el periódico. Por fin alguien se lo ha cargado, ¿eh? Ya era hora.

Ningún aprecio, por lo visto.

—No parece sorprenderle que lo hayan asesinado.

—No. Me sorprende más que durara tanto.

—Parece que no fue un buen padre de acogida.

—De esos hay muy pocos, contados con los dedos de una mano.

Bien lo sabía yo. —Según los informes oficiales, nadie presentó nunca una queja —dije—. Pasó todas las inspecciones domiciliarias con nota.

Negó con la cabeza con una mueca de asco.

—Seguro que sí.

—¿Le importaría que entráramos y le hiciéramos unas preguntas sobre el tiempo que pasó en casa de los Slade?

Miró hacia el interior de su casa, dudó y luego dio un paso atrás.

—Claro.

Entramos y nos condujo a un salón modesto pero cómodo. Martina y yo nos sentamos en el sofá. Crystal se sentó frente a nosotras en un sillón.

—Y bien —dijo Crystal, con el tono endurecido—, ¿qué les gustaría saber sobre Garrett Slade y su encantadora esposa, Virginia? —Dijo «encantadora esposa» como si las palabras fueran veneno.

—¿Cómo era vivir con ellos? —pregunté.

Arrugó la frente.

—Era como el ejército, si tus oficiales al mando fueran ambos unos maniáticos del control. Eran estrictos. Él mandaba, siempre. Hacía lo que le daba la gana cuando le daba la gana.

Por la forma en que lo dijo, entendí la insinuación.

—¿Lo sabía su mujer? ¿Hacía ella lo mismo?

Exhaló.

—Sabía lo que nos estaba haciendo. No lo detuvo, pero, que yo sepa, tampoco participó.

Miré a Martina. Tenía los ojos como platos.

—¿Abusó sexualmente de usted? ¿Y de otros niños de acogida?

—Siempre que tenía ocasión —dijo Crystal rotundamente—. Y no eran solo las chicas. Estaba enfermo. Muy enfermo.

Elegí mis siguientes palabras con cuidado.

—Hemos revisado todas sus visitas domiciliarias y expedientes de quejas. Nunca hubo ni una sola denuncia contra él.

Se rio con amargura.

—Pues claro que no. Nos habría matado si lo hubiéramos hecho. Y esa no era su única amenaza. Nos decía que le haría daño a otro de la casa si se nos ocurría hablar. La única forma de salir era dar demasiados problemas o escaparse para que te trasladaran. No es que los otros hogares fueran geniales, pero él era uno de los peores.

—¿Has hablado o visto a alguno de los otros chicos de ese hogar desde que te fuiste?

—No. Una vez que salí, no volví a mirar atrás.

—Parece que te va bien. ¿A qué te dedicas, si no es indiscreción?

—Era camarera cuando conocí a mi marido. Para entonces ya me había desenganchado. Nos casamos y me quedé en casa con nuestro hijo. Pero ahora él va al colegio, así que he montado un negocio en casa. Tengo una tienda en Etsy. —Señaló una bandeja con joyas hechas a mano sobre la mesa de centro.

—Eso es genial.

—Sí. Nunca pensé que mi vida acabaría así. Tengo una casa bonita en un barrio bonito.

—Yo tampoco —le dije.

Me miró de reojo.

—Tú también eres de las raras.

—No somos muchas.

—Entonces —preguntó—, ¿cree que lo mató uno de sus antiguos chicos de acogida? Porque eso es lo que creo yo. ¿Sinceramente? Aplaudiría a la persona que lo hizo.

—¿Tuvo usted algo que ver con su asesinato? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Se rio.

—Ojalá. Pero no. Como ya he dicho, en cuanto salí de esa casa, nunca volví a mirar atrás.

—¿Recuerda a alguien que lo pasara peor que usted? ¿Alguien que pudiera haber hecho esto?

—Nadie en concreto. Pero tenéis su lista de chicos, ¿no? Repásenla. Puede que alguien todavía le guarde rencor. Esa mancha

no se limpia tan fácilmente.

Le di mi tarjeta.

—Si se le ocurre algo más, llámeme.

—Lo haré.

Le dimos las gracias y volvimos al frío.

—Parece que tenías razón —dijo Martina—. Alguien quiere venganza.

—Sí. Bueno, tú sabes tan bien como yo que el hecho de que un informe diga que un depredador está limpio no significa que lo esté. Solo significa que aún no lo han pillado.

—Por desgracia.

De vuelta en el coche, mi móvil volvió a vibrar. Un mensaje de Natalie.

He encontrado algo. Devuélveme la llamada.

¿Qué podría haber encontrado?

17

DETECTIVE KATE MADDOX

Una parte de mí quería devolverle la llamada a Natalie, pero la otra quería seguir llamando a las puertas, buscando a cualquiera que pudiera saber algo más sobre Garrett Slade. La curiosidad pudo más y decidí que le devolvería la llamada para ver qué había encontrado. Dentro del coche, miré de reojo a Martina.

—Natalie, la periodista de la que te hablaba, dice que puede que haya encontrado algo. Voy a devolverle la llamada. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —dijo Martina. Se removió en el asiento, con una mano tamborileando suavemente sobre el salpicadero y la vista fija en el parabrisas.

La llamé.

—Hola, Natalie, ¿qué pasa?

—Bueno —empezó, con ese tono mezcla de emoción y duda que se les pone a los periodistas cuando tienen entre manos algo gordo —, estoy escribiendo un artículo de opinión sobre diferentes crímenes que han ocurrido en Navidad a lo largo de los años, algunos de los casos más notorios, y he encontrado uno que me ha dado que pensar.

—¿De qué caso se trata?

—Al parecer, hubo un incendio mortal a medianoche en Nochebuena en 2005 en una casa de acogida en la zona de Adam's

Point, en Oakland.

Me incorporé en el asiento y miré de reojo a Martina. Giró la cabeza ligeramente y entrecerró los ojos.

—¿En serio? Mi búsqueda no había llegado tan lejos. Es algo que hay que investigar.

—No solo es interesante la ubicación y el hecho de que fuera una casa de acogida —continuó Natalie—. En el incendio murieron dos adultos y tres niños, pero, para no alargarme, hubo un niño que sobrevivió y que jura no recordar nada de lo que pasó esa noche ni cómo empezó el fuego, a pesar de los rumores que corrían por el vecindario.

El corazón me latía con fuerza. El niño que sobrevivió podría ser nuestro sospechoso. ¿Quizá buscando venganza en el vigésimo aniversario del incendio? Pero si todo el mundo murió esa noche, ¿de quién se estaría vengando?

—¿Tienes el nombre del niño que sobrevivió?

—No. Pero no creo que sea una coincidencia. El primer crimen, el de Garrett Slade, fue en Oakland. Era un padre de acogida en la misma zona donde ocurrió el incendio de la casa de acogida en 2005. Se consideró provocado, pero el caso nunca se resolvió.

—Es una pista, desde luego. Gracias, Natalie.

—Ah, y quería que supieras que el artículo se publica mañana en nuestra web.

—¿Qué otros crímenes aparecen?

—Bueno, algunos de los más importantes, otros menos conocidos. Ninguno local. ¿Pero crees que debería quitar la historia del incendio de la casa de acogida de Oakland por si desvela algo?

Y por eso confiaba en Natalie. Nunca había hecho nada que pusiera en peligro uno de mis casos.

—Es una buena pregunta. Dame un segundo.

Aparté el teléfono y miré a Martina. Se reclinó ligeramente, y la arruga entre sus cejas se hizo más profunda.

—Natalie está investigando para un artículo y ha encontrado un crimen… —y le expliqué los detalles del caso.

Martina me miró fijamente.

—Es una coincidencia bastante grande.

—Exacto.

—¿Sabemos quién era el niño? ¿Dónde está ahora?

—No, pero podemos buscarlo.

—Parece una pista prometedora.

—Bueno, la cosa es que Natalie quiere publicar un artículo. Está preparando un reportaje sobre crímenes reales ocurridos en Navidad. Estoy pensando que deberíamos pararlo. ¿O lo dejamos y vemos si llama la atención del público? A lo mejor alguien se presenta.

—¿Forma parte de un artículo con otros crímenes del pasado?

Asentí.

—Quizá debería quitarlo. Así, si lo necesitamos, podría publicar la historia más tarde para pedir ayuda al público y encontrar una conexión entre el incendio de la casa de acogida de Oakland y Garrett Slade. Pero no creo que debamos publicarlo hasta que sepamos quién es el niño y tengamos la oportunidad de hablar con él. No queremos enseñar nuestras cartas si resulta que el niño que sobrevivió es nuestro asesino.

Vaya. Martina estaba resultando ser de bastante ayuda.

—Buena idea. Se lo diré.

Volví a ponerme el teléfono en la oreja, mantuve la voz baja y puse a Natalie al día. Cuando Natalie aceptó nuestro plan, solté un suspiro y dije:

—Gracias.

—Cuando quieras. ¿Habéis encontrado ya algo útil? —preguntó Natalie.

—Solo que Garrett Slade era un asqueroso.

—Era de esperar. ¿Cenamos esta noche? ¿Unas copas?

—Claro. Te escribo luego. No sé cuánto tiempo estaremos por aquí. Aún nos queda una larga lista de gente que interrogar.

—Vale, bueno, puedes invitar a tu nueva amiga también —bromeó.

Esbocé una leve sonrisa.

—Hablamos luego.

Cuando terminó la llamada, me eché hacia atrás, dubitativa. Invitar a Martina a un encuentro social con Natalie podría ser un lío.

Aún nos estábamos conociendo. Pero Natalie tenía buen instinto, y quizá las tres pudiéramos atar cabos que aún no habíamos visto. Esperaría a ver cómo iba el resto del día.

Le dije a Martina:

—Voy a comunicarlo. Necesitamos reabrir el caso del incendio provocado y conseguir la identidad del niño que sobrevivió.

—¿Cuánto tardará eso?

Un rato. Tendría que presentar una declaración jurada explicando por qué la identidad del niño es crucial para los últimos asesinatos. Podría copiar y pegar la última que preparé y llamar a la gente de Servicios de Protección Infantil para luego suplicarles que se dieran prisa.

—Espero que no mucho, pero tendré que volver a la oficina para redactar la declaración. Aunque Tatum puede conseguir que se reabra el caso.

—Podríamos separarnos. Tú vuelves a la oficina y yo hablo con algunos de los nombres de la lista.

—O visitamos unas cuantas direcciones más y luego volvemos.

—Y a lo mejor para cuando acabemos, Vincent también nos ha encontrado algo útil.

—De acuerdo.

¿Podría ser este el avance que necesitábamos? El desencadenante era el simbolismo del vigésimo aniversario del incendio de Oakland. La mayoría de los niños de acogida pasaban por varios hogares. Era posible que nuestro superviviente estuviera en el incendio y lo enviaran al menos a otra casa después. Quizá había sido una de las víctimas de Slade. Se me oprimió el pecho. Nos estábamos acercando, podía sentirlo. Solo esperaba que llegáramos a nuestro asesino antes de que volviera a atacar.

18

ÉL

SENTADO EN LA COCINA, con el único brillo proveniente de la pantalla del portátil, estudiaba las fotos. Los rostros sonrientes, los brazos rodeándose unos a otros, las tazas de chocolate caliente aferradas entre las manos. La estampa navideña perfecta.

Perfecta. Más bien falsa.

El siguiente mensaje ya se estaba formando en mi cabeza. Eran los siguientes en mi lista, y la lista se estaba acortando. Podía visualizar su casa, las luces colgadas con demasiada pulcritud, la corona perfectamente centrada, como si la simetría pudiera ocultar la verdad sobre quiénes eran en realidad. Sabía cuándo atacaría. Sabía cómo entraría. El resto era solo una cuestión de ejecución.

Un golpe seco en la puerta me sacó de mis pensamientos. El periódico. Me levanté y crucé la cocina. Abrí la puerta, miré a ambos lados del pasillo antes de agacharme para cogerlo.

Dentro, pasé las páginas. El titular me pareció un desafío.

SANGRE EN EL MUÉRDAGO: EL LADO OSCURO DE LA NAVIDAD

Por Natalie Sloane - The Bay Insider

La mayoría de la gente recuerda la Navidad por las luces parpadeantes, el chocolate caliente y ese tipo de unión familiar con la que Hallmark ha amasado una fortuna. Pero no todo el mundo supera las fiestas con recuerdos envueltos en lazos rojos. Para algunos, la alegría de la temporada es engullida por la violencia, los celos y la ira, dejando manchas de sangre donde debería haber habido nieve. Estos son algunos de los casos más notables y perturbadores.

1929: La masacre de la familia Lawson

El día de Navidad de 1929, el granjero de Germantown, Carolina del Norte, Charles Lawson, conmocionó al país al masacrar a su esposa, Fannie, y a seis de sus siete hijos antes de quitarse la vida. Horas antes, la familia había ido al pueblo para darse un capricho poco común: un conjunto de ropa nueva y un retrato familiar. Esa tarde, Lawson abatió a tiros a dos de sus hijas en el exterior y luego asesinó a su esposa y al resto de sus hijos dentro de la granja, matando al más pequeño, un bebé de cuatro meses. Solo sobrevivió su hijo mayor, Arthur, a quien había enviado a hacer un recado esa mañana. Nadie sabe con certeza por qué Lawson cometió los asesinatos. Las teorías van desde una herida en la cabeza hasta rumores de una relación incestuosa con su hija mayor. En las semanas siguientes, miles de visitantes con una curiosidad morbosa acudieron a la escena del crimen, pagando por recorrer la casa conservada, con el pastel de Navidad de la familia todavía sobre la mesa, hasta que finalmente la casa fue demolida. El caso sigue siendo una de las tragedias navideñas más infames de la historia estadounidense.

1945: La desaparición de los niños Sodder

En la víspera de Navidad de 1945, la tragedia golpeó Fayetteville, Virginia Occidental, cuando un incendio consumió el hogar de la familia Sodder. George y Jennie Sodder escaparon con cuatro de sus hijos, pero cinco desaparecieron: Maurice (14), Martha (12), Louis (10), Jennie (8) y Betty (5). Nunca se encontraron restos, a pesar de que el incendio debería haber dejado rastros de los esqueletos. En los días previos al fuego, extraños incidentes apuntaban a la existencia de mano criminal. La escalera de la familia había sido

movida de su lugar habitual, las líneas telefónicas de la casa estaban cortadas y el camión que George planeaba usar para huir no arrancaba. Convencidos de que sus hijos habían sido secuestrados, los Sodder iniciaron una búsqueda que duró décadas. Colocaron una valla publicitaria en la Ruta 16 ofreciendo una recompensa, recibieron fotografías de niños que se parecían a sus hijos desaparecidos y siguieron innumerables pistas y avistamientos. Corrían rumores de que el incendio fue provocado, posiblemente como represalia por las francas opiniones políticas de George, y que se habían llevado a los niños como parte de un complot más amplio. El caso sigue siendo uno de los misterios navideños más perdurables de Estados Unidos.

2007: El doble homicidio de Navidad de los Denney

El día de Navidad de 2007, la calma navideña en Locust Grove, Oklahoma, se hizo añicos cuando Jack y Elaine Denney fueron encontrados muertos a tiros en su casa. La mesa estaba puesta, la cena navideña aún caliente en los fogones y los regalos envueltos se encontraban bajo el árbol. No había señales de entrada forzada ni de robo, solo la devastadora realidad de que alguien había ejecutado a la querida pareja a sangre fría. Amigos y vecinos describieron a los Denney como personas cálidas y generosas, de esas que trataban a todo el mundo como si fuera de la familia. A pesar de una investigación exhaustiva, el caso se enfrió durante más de una década. Luego, en 2018, una pista de un profesional de la salud mental reavivó la búsqueda de respuestas. Los detectives vincularon los asesinatos con Justin Walker, que ya estaba cumpliendo una condena federal por delitos no relacionados. En 2019, Walker se declaró culpable de dos cargos de asesinato en segundo grado y fue sentenciado a 40 años, que deberá cumplir después de su condena actual. Para la familia Denney, la condena supuso un cierre largamente esperado, pero la sombra de aquel día de Navidad nunca se desvanecerá de la memoria del pueblo.

2008: La masacre de Nochebuena de Covina

En la víspera de Navidad de 2008, en Covina, California, Bruce Pardo, de 45 años, llegó a casa de sus exsuegros vestido de Papá Noel, donde unos 25 familiares y amigos estaban reunidos para una

fiesta navideña. Momentos después de ser recibido, sacó una pistola semiautomática y comenzó a disparar, antes de usar un lanzallamas casero que desató un infierno. Nueve personas murieron, varias resultaron heridas y la casa quedó reducida a cenizas en cuestión de minutos. Pardo huyó en un coche de alquiler, con el traje de Papá Noel parcialmente fundido a su piel por el calor, y más tarde murió de un disparo autoinfligido en casa de un amigo. Los investigadores descubrieron que había pasado semanas adquiriendo metódicamente armas, municiones y materiales para el ataque, impulsado por la ira de un amargo divorcio y disputas económicas.

El hilo conductor

Desde la Gran Depresión hasta nuestros días, los detalles cambian, pero el patrón se mantiene. Las fiestas tienen la capacidad de magnificar las emociones. La presión económica. El colapso de una relación. Viejos rencores. Y para unos pocos, raros y peligrosos, esas presiones no solo tensan el hilo, sino que lo cortan de cuajo. Los incendios, ya sean accidentales o provocados, son especialmente crueles al borrar pruebas, silenciar testigos y no dejar más que preguntas que quizá nunca obtengan respuesta.

Romper el patrón

La historia tiende a repetirse, a menos que aprendamos de ella. Cada uno de estos casos comenzó mucho antes del momento fatal. Mucho antes de que se cargara el arma o se encendiera la cerilla. Comenzaron con un resentimiento que no se controló, con un aislamiento que se profundizó, con una ira que nadie cuestionó.

Esta Navidad, haz acto de presencia en un sentido que vaya más allá de los regalos. Contacta con ese amigo que lleva un tiempo sin dar señales de vida. Ofrece una comida, un sofá o simplemente tu compañía a alguien que, de otro modo, podría pasar el día solo. Y cuando el estrés esté a punto de estallar, aléjate, respira hondo y recuerda que ninguna discusión vale una vida.

Se supone que la Navidad es la época de la paz. No podemos deshacer las tragedias que ya han manchado las fiestas de rojo, pero podemos decidir, aquí y ahora, ponerles fin.

Porque el mejor regalo que le puedes hacer a alguien este año es simple: bondad.

Y, sin embargo, llámalo instinto de periodista, no puedo quitarme la sensación de que alguien ahí fuera ya ha decidido que lo que va a desenvolver este año no es alegría, sino venganza. Espero equivocarme. Espero que la portada de la semana que viene esté llena de familias sonrientes e historias de buena voluntad.

Pero por si no me equivoco... estaré atenta.

Cuando terminé de leer, me eché hacia atrás, dejando que las palabras se asentaran. Lentamente, doblé el artículo, alisando el pliegue con la palma de la mano. Cogí un bolígrafo y rodeé con un círculo el nombre de Natalie, repasando cada curva y línea como si lo estuviera grabando en mi memoria muscular.

—Está atenta —dije—. Bien.

Tomé un sorbo de café mientras mi mirada se agudizaba, concentrada. Luego, con una precisión lenta, recorté el artículo de la página y lo sujeté con una chincheta en el tablón, junto a los otros. Si quería estar atenta, le daría algo que mereciera la pena ver. Mi mirada se posó en la siguiente fotografía del tablón, la de la pareja con sus perfectas sonrisas navideñas. Pronto, pensé. Muy pronto.

19

DETECTIVE KATE MADDOX

MARTINA y yo estábamos sentadas en nuestra pequeña sala de reuniones, cuya luz fluorescente parpadeante arrojaba una palidez glacial sobre la pila de expedientes que había entre nosotras. Estábamos inmersas en los archivos del incendio del hogar de acogida de Oakland de 2005. Los detalles eran escalofriantes, lo bastante brutales como para quedarse grabados en la memoria mucho después de dejar de leer, y sin duda había sido un incendio provocado.

Según los informes, a los padres los habían atado y disparado. A los tres niños los habían envenenado y luego disparado. El superviviente de nueve años fue el único al que no tocaron. No tenía marcas de cuerdas, ni drogas en su organismo, ni humo en los pulmones. No estaba dentro de la casa cuando empezó el incendio. Para cuando las llamas consumieron la vivienda, las cinco víctimas ya estaban muertas.

La declaración del niño era extraña, inquietantemente extraña. Afirmó que no se había enterado del incendio hasta que fue demasiado tarde, que había estado en el jardín trasero esperando a que apareciera Papá Noel. Pero Papá Noel nunca llegó. Dijo que el sonido de las sirenas fue la primera señal de que algo iba mal. Corrió

por el lateral de la casa hasta el jardín delantero, donde lo encontraron los detectives de la policía y los bomberos.

El niño nunca mencionó haber visto a nadie cerca de la casa. No había nada en los informes que sugiriera que los investigadores pensaran que su historia era sospechosa, solo que no tenían pistas y que el fuego había destruido casi todas las pruebas, excepto la sombría confirmación de cómo habían muerto los cinco. Desde luego, estaría bien conseguir ese informe de los Servicios de Protección de Menores sobre el niño superviviente. Había hecho la solicitud casi veinticuatro horas antes. Tenía la sensación de que el chaval podría tener las respuestas que necesitábamos, pero algo me decía que quizá no fuera nuestro asesino.

Me volví hacia Martina.

—Sabes, estoy empezando a pensar que el superviviente podría tener alguna información para nosotras. Pero ¿cómo se pasa de sobrevivir a un incendio a recrear crímenes navideños?

Martina se echó hacia atrás, cruzándose firmemente de brazos, y entornó los ojos, pensativa.

—A mí tampoco me cuadra. Si el incendio lo traumatizó tanto y se dedicó a cometer crímenes para conmemorarlo, cabría esperar que fuesen incendios provocados. No algo completamente distinto.

—Eso es lo que yo también pensaba —dije, hojeando las fotos de la escena del crimen—. Pero en la primera escena del crimen hubo un incendio. Lo prendieron debajo de Papá Noel. —Di un golpecito en la página—. Garrett Slade.

Por las entrevistas que habíamos conseguido con algunos antiguos chicos de acogida, la reputación de Slade estaba clara. Era un depredador y todo el mundo se alegraba de que estuviera muerto. Tanto él como su mujer. El equipo de Martina había descubierto lo mismo. Aún se estaban comprobando las coartadas, pero la mayoría eran sólidas.

Aun así, la inquietud que sentía en las tripas no se desvanecía. Íbamos por el buen camino, de eso estaba segura. Pero faltaba algo. Y hasta que lo encontráramos, todo aquello era como perseguir humo en una casa en llamas.

—Estoy de acuerdo, pero sigo pensando que hay una conexión —dijo Martina—. Los asesinatos empezaron en Oakland, casi exactamente veinte años después del incendio del hogar de acogida. Eso tiene que ser significativo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Las dos tarjetas de Navidad que he recibido, de quien creemos que es el asesino, dicen que quiere que yo se lo muestre, que muestre la verdad. Quizá el sospechoso, en su mente, sea una especie de justiciero. Eliminando a gente que hizo daño a niños en el sistema de acogida. Quizá quiere que yo exponga las atrocidades contra ellos. Los malhechores y los problemas sistémicos dentro de la tutela de menores. Y quizá supiera lo del incendio. Podría ser simplemente parte de su mensaje.

—¿Así que crees que el mensaje es que el sistema de acogida es un desastre? —pregunté, casi incrédula. No porque no fuera consciente de lo roto que estaba, pero... quizá Martina tenía razón.

—Quizá. Y, sinceramente, sigo sin entender cómo formo yo parte de esto, o por qué ha decidido contactar conmigo. Lo único que se me ocurre es que he destapado muchas cosas en mi carrera, y por desgracia he salido en el periódico más de lo que me gustaría. Es la única razón que se me ocurre. Ni siquiera tengo ningún caso en mi historial reciente que involucre a niños tutelados o al sistema.

—Puede que tengas razón, entonces. Quizá simplemente recurre a ti porque no se fía de las fuerzas del orden. Eso sería coherente con alguien que ha estado en el sistema de acogida.

—Podría ser —dijo Martina lentamente—. Podría ser que el superviviente sea el asesino, pero que no provocara él el incendio. Quizá lo hizo otra persona. Un cómplice. Si el niño estuvo involucrado, quizá ahora que es un adulto siente remordimientos y quiere arrojar luz sobre cómo se trataba a esos niños.

La miré ladeando la cabeza.

—Cierto, pero si el niño superviviente fue parte del crimen, ¿por qué matar a los niños en aquel entonces?

—Ni idea. Es posible que el asesino no tuviera nenhuma relación con esa familia y que el superviviente estuviera de verdad, por alguna razón, fuera cuando todo ocurrió. O quizá salió corriendo

cuando llegó el intruso, se asustó y no quiso admitir que se había escondido del asesino en lugar de ir a buscar ayuda.

—Eso es una posibilidad. En cualquier caso, me encantaría hablar con el superviviente.

Justo en ese momento, mi portátil emitió un pitido. Miré la pantalla y vi un nuevo mensaje.

—Por fin. Son los informes de los Servicios de Protección de Menores sobre la identidad del niño.

Abrí mi correo electrónico. Martina se acercó, rozándome con el hombro mientras yo leía el archivo. El nombre me devolvió la mirada, un nombre que podría darnos las respuestas que necesitábamos para resolver los dos últimos asesinatos. Robert Flurry.

Al parecer, Robert había estado en el sistema de acogida desde los tres años. Sus padres eran drogadictos y lo habían abandonado en un tugurio. A partir de ahí, fue saltando de un hogar de acogida a otro, citado por problemas de comportamento. Y, sinceramente, si te crías así, ¿cómo esperan que te comportes, como un ángel? ¿Como si no te hubieran tocado las peores cartas posibles?

En su adolescencia, Robert acabó en un piso tutelado. Consiguió mantenerse al margen de problemas legales durante ese tiempo, y luego einfachmente desapareció del sistema. Nadie le siguió la pista.

Respiré hondo.

—Bueno, tenemos un nombre. Ahora solo tenemos que averiguar dónde está.

Martina asintió y yo entré en la base de datos para buscar en los registros de la DGT. Para mi sorpresa, obtuve un resultado. Señalé la pantalla.

—Robert Flurry. 174 de Brookwood Drive, Concord, California.

Martina miró su reloj de pulsera.

—Podríamos estar allí en cuarenta y cinco minutos. Es un día de diario. Podría estar en el trabajo o podría estar en casa. O podríamos semplicemente echar un vistazo al lugar. Quizá alguien de allí podría decirnos si sigue por la zona o dónde trabaja.

La miré y dije:

—Conduzco yo.

20

DETECTIVE KATE MADDOX

DURANTE EL TRAYECTO a casa de Robert Flurry, Martina y yo repasamos todas las hipótesis posibles sobre cómo podría estar relacionado con nuestros asesinatos. —Podría ser el autor —dijo Martina—. Podría conocer al autor. O… podría no tener nada que ver.

—Es cierto, pero encaja con el perfil que me hago de nuestro asesino. De veintitantos o treinta y pocos. En forma. Si tiene medios económicos y un fuerte sentido de lo que está bien y lo que está mal, podría ser él.

—Estoy de acuerdo con tu análisis. Pero deberíamos mantener la mente abierta.

—Por supuesto.

Martina miró por la ventanilla las luces de Navidad que colgaban de los escaparates. —Solo falta una semana para Navidad, y me da la sensación de que nuestro asesino no ha terminado.

—Yo tampoco lo creo. Si está conmemorando crímenes navideños, habría múltiples incidentes hasta el día de Navidad, y eso es lo que me temo. Tiene que haber algo que vincule a nuestro asesino con estos crímenes. Por desgracia, no estoy segura de que tengamos aún datos suficientes para hacerlo. Una casa de acogida, una trabajadora de servicios sociales y un antiguo incendio no es

mucho de lo que tirar. Sobre todo sin ninguna prueba física que apunte a nuestro sospechoso.

—Estoy de acuerdo. Pero, al mismo tiempo, podría ser suficiente. El sospechoso más lógico es un antiguo niño de acogida de Slade. O alguien cercano a un antiguo niño de acogida de Slade. En cuanto tengamos la oportunidad de hablar con todos los nombres de nuestra lista y de comprobar sus antecedentes y coartadas, podríamos tener todas las respuestas que necesitamos.

—O fue Robert Flurry.

—Cierto.

—Odio tener que esperar a que se haga todo esto. La espera es la peor parte de cualquier investigación.

Martina se rio entre dientes. —Estoy de acuerdo. No soy precisamente conocida por mi paciencia.

La miré de reojo y compartimos una afinidad tácita, el reconocimiento de algo que ambas llevábamos dentro.

Martina titubeó y luego dijo: —Bueno…, falta una semana para Navidad. ¿Tienes a alguien con quien pasar las fiestas?

—El año pasado las pasé con Natalie. Ella tampoco tiene familia, así que solemos juntarnos.

—Pues yo voy a hacer una gran reunión en mi casa en Nochebuena y el día de Navidad. Estáis más que invitadas a uniros, tanto tú como Natalie. Me gustaría conocerla. Es una escritora estupenda. ¿Leíste su artículo sobre los distintos crímenes navideños y su ruego a la gente para que sea amable con los demás? Parece una persona realmente especial.

—Lo es. Natalie siempre quiere hacer justicia a las víctimas. Creo que eso es lo que nos une. Bueno, eso y el hecho de que ninguna de las dos tenemos familia.

—¿La conoces desde hace mucho?

—Unos siete años. Es un poco más joven. La conocí justo después de que se licenciara en la UC Berkeley.

—Ya veo. Bueno, su artículo era convincente, y el hecho de que conectara los crímenes que nuestro asesino está copiando es bastante perspicaz.

—Lo es. La verdad es que a veces quedamos en un bar y repasamos hipótesis de los crímenes en los que trabajo —esbocé una leve sonrisa—. Es casi como una hermana. Pero también es una de esas amigas de verdad, de las que escasean.

—Qué bonito —dijo Martina con una pequeña sonrisa.

—Creo que ya hemos llegado.

El sistema de navegación sonó y arrimé el coche a la acera. Aparcamos frente a una casa adosada azul, cuya pintura se desconchaba en escamas irregulares. Por los registros de la propiedad, sabíamos que era de alquiler. El registro del carné de conducir de Robert tenía diez años; era muy posible que ya ni siquiera viviera aquí.

Subimos por el camino de hormigón agrietado hasta la puerta principal. Un leve olor a tierra húmeda y hojas muertas flotaba en el aire. Llamé y, para mi sorpresa, la puerta se abrió casi de inmediato.

Martina y yo intercambiamos una rápida mirada antes de fijarnos en la joven que estaba en el umbral. —¿Puedo ayudarlas?

—Sí —dije, mostrando mi placa—. Soy la detective Maddox, y esta es una asesora con la que trabajo, la señorita Martina Monroe. ¿Está Robert Flurry en casa?

La joven frunció el ceño. —¿Quién?

—Robert Flurry —repetí—. Indicó esta como su dirección. ¿Vive aquí?

Negó con la cabeza, con un movimiento lento, como si estuviera dándole vueltas al nombre en la cabeza sin que le viniera nada. Saqué el móvil y busqué la foto del carné de conducir de Robert. Tendría al menos una década, pero su aspecto general seguiría siendo el mismo. Era joven, de rasgos afilados y pelo oscuro. Se lo mostré. —¿Conoce a este hombre?

La mujer estudió la pantalla durante unos instantes. Luego volvió a negar con la cabeza. —No lo he visto en mi vida.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —pregunté.

—Unos dos años.

—Bueno, gracias por su tiempo.

—De nada. Buena suerte —dijo, con la voz ya apagándose mientras cerraba la puerta.

Martina y yo volvimos al coche. Me apoyé en el lado del conductor, con los brazos cruzados. Martina hizo lo mismo en el otro lado, con la mirada fija en mí. —¿Si no está aquí, dónde está?

—Sin registros de empleo. Sin registros de propiedad —fruncí el ceño—. Es… extraño.

—¿Es posible que haya fallecido?

—Uno pensaría que habría aparecido en algún sitio. Tiene un carné de conducir en vigor.

—¿Algún coche registrado a su nombre?

Negué con la cabeza. —No. Lo cual es… raro.

—¿Lo tuvo alguna vez?

—Tendría que volver a comprobar los registros de la DGT, pero nada actual.

Martina se acercó. —Puede que sea más difícil de encontrar de lo que esperábamos —echó un vistazo a las cortinas echadas de la calle, a los porches silenciosos, y luego de nuevo a mí—. Sabes, encontrar gente es lo que mejor hace mi empresa. Si podemos localizarlo, ayudará al caso. Mi empresa puede encargarse. Tenemos a varias personas que pueden investigar a fondo. Tenemos que encontrarlo cuanto antes.

—Estoy de acuerdo.

—¿Te parece bien que mi equipo se encargue?

Odiaba admitirlo, pero Martina tenía una forma de conseguir las cosas con solo pulsar un botón. —Me parece bien que tu equipo intente encontrarlo. Podríamos seguir la vía oficial, pero me da que tu equipo es más rápido.

—Haré que se encargue mi hijastra, Selena —dijo sin dudarlo—. Es detective privado y últimamente ha estado trabajando mucho con nuestro equipo de investigación. Lo dejará todo para ponerse a ello.

—Debe de ser agradable.

—Ventajas del oficio —dijo, sacando ya el móvil.

Después de haber conocido a Martina, investigué más a fondo sus antecedentes, y si decía que su empresa encontraría a Robert, la creía. Y entendía por qué el asesino podría haberla contactado para exponer los fallos del sistema de acogida. La forma en que Martina parecía disponer de recursos ilimitados me hizo preguntarme si yo

podría hacer más bien en un puesto como el suyo que como detective de homicidios. No estaba del todo lista para admitirlo en voz alta, pero empezaba a ver la suerte que había tenido de que Martina hubiera querido ayudar en el caso. Con ella, podríamos resolverlo a tiempo para Navidad.

21

ÉL

La mesa estaba puesta, la cubertería relucía en la penumbra, como si esperara unas manos que yo sabía que nunca volverían a tocarla. La comida navideña aún se mantenía caliente en los fogones, y el olor a carne asada y canela impregnaba el aire adhiriéndose a las paredes. Debajo del árbol, los regalos envueltos descansaban en pequeños montones ordenados, con sus lazos perfectos e intactos, diminutas promesas que jamás se abrirían.

Dejé que la escena se me grabara en la mente.

Pensé: A Natalie le va a encantar esto.

Una tarjeta de visita, por así decirlo. Algo solo para ella. Me estaba observando, y esto... esto le haría saber que yo también la observaba a ella.

La idea había sido un regalo en sí misma, en realidad. Mi plan se estaba desarrollando exactamente como lo había previsto. Y seguro que, con Martina Monroe trabajando junto a la detective Kate Maddox, lo resolverían. Pero, como todavía no lo habían hecho, tendría que darles algunas pistas más. No me importaba, ya formaba parte del plan.

Porque la verdad era que recibieron su merecido. Demasiado bueno para ellos, en realidad, teniendo en cuenta lo que yo sabía.

Por lo que había entendido, se habían ganado cada segundo de lo que les di. Solo desearía haber tenido más tiempo con ellos.

A decir verdad, al principio no pensé que fuera a disfrutarlo. Solo quería enviar mi mensaje. Pero he llegado a comprender que hay una cierta belleza en ello. El último aliento, superficial y desesperado. La forma en que se les abrían los ojos al darse cuenta de que iban a extinguirse. Ese momento en el que todas las mentiras y bravuconadas se desvanecían y no veían nada más que a mí.

No diría que le he cogido el gusto, todavía no. Pero no lo temía. Encontraba una especie de placer en el proceso. La planificación. Las reglas. La ejecución.

Para ser sincero, había esperado que fueran más cautelosos a la hora de dejar entrar a un desconocido en su casa, teniendo en cuenta sus propias y oscuras fechorías. Cuando uno mismo no es de fiar, tiende a suponer que nadie más lo es. ¿Pero esta gente? Se habían hecho mayores. Más blandos. Más débiles. Sus aristas se habían desgastado hasta que no quedó más que un centro hueco.

Una sonrisa se dibujó en mis labios mientras volvía a contemplar la escena. Ya casi estamos.

Pronto, todo estaría meridianamente claro. Como mirar dentro de una bola de nieve. A veces hay que agitarla, ver los copos arremolinarse en el caos para poder ver de verdad la imagen de su interior. Eso es lo que yo había hecho. Yo era la nieve. Yo era lo que necesitaban para que la verdad saliera a la luz.

22

MARTINA

TUMBADA EN EL sofá del salón, con Barney acurrucado a mi lado, sostenía un moca humeante con virutas de menta que se derretían en la nata montada como pequeños remolinos rosas. El aroma a chocolate y menta llenaba el aire, cálido y reconfortante.

Selena estaba sentada frente a mí, con el móvil apoyado en la rodilla, mientras me contaba todo lo que estaban haciendo para intentar encontrar a Robert Flurry.

—¿Os estáis acercando? —pregunté.

—Creo que sí. Vincent está ayudando, pero es casi como si Robert se hubiera esfumado —dijo, negando con la cabeza—. Es un poco extraño, la verdad. Podría ser que esté muerto y que nadie haya encontrado todavía su cuerpo.

—¿Tú crees?

—Todo es posible, Martina. La gente no suele ser tan difícil de encontrar a menos que se esté escondiendo de algo o de alguien, que esté muerta o que viva a propósito al margen de la sociedad.

—Tienes razón.

—Qué caso más extraño —dijo.

—Estoy de acuerdo, no creo que me haya enfrentado a nada parecido antes.

Selena arrugó la cara. —Da yuyu. En plan…, es lo más espeluznante.

—Estoy de acuerdo. Quiero decir, se supone que las fiestas deben estar llenas de alegría, amor, paz y generosidad. Pero, como decía el artículo, la Navidad tiene un lado más oscuro: mayores tasas de suicidio, muertes, estrés, problemas de salud mental… Durante las fiestas afloran muchos sentimientos.

Dejé la taza en la mesa de centro y me incliné hacia delante. —¿Cómo estás?

Selena me dedicó esa sonrisa pícara que siempre ponía cuando sabía que estaba husmeando en su vida personal, la misma que le ponía yo a ella cuando los papeles se invertían. —Estoy bien.

—¿Sales con amigos? ¿Te diviertes un poco?

Enarcó una ceja. —¿Estás diciendo que las investigaciones no son divertidas, Martina?

—No puedes dedicarte solo a trabajar, Selena. ¿Sabes? Creo que te caería bien la detective Maddox…, Kate. También es un poco adicta al trabajo.

—¡Mira quién fue a hablar, Martina!

—Este año me he cogido vacaciones.

Enarcó las cejas. —¿Estás trabajando en un caso de asesinato activo con el Departamento de Policía de Oakland. ¿A eso lo llamas vacaciones?

—Ahí me has pillado. Tenía la intención de tomarme un descanso, pero entonces apareció la felicitación navideña en mi puerta y tuve que ayudar. Además, ese bicho raro estuvo en nuestra casa. ¿Cómo no voy a hacer algo?

Selena negó con la cabeza, con una sonrisa en los labios. —No digo que no debas trabajar en el caso. Solo señalo que no soy la única adicta al trabajo en este sofá. De hecho, el único que se relaja de verdad por aquí es Barney.

Barney levantó la cabeza al oír su nombre. Alargué la mano y le rasqué entre las orejas. —Sí, Barney, eres un maestro en eso de relajarse.

—Se diría que ya deberíamos haber aprendido algo de él a estas alturas —bromeó Selena.

—Eso parece. Pero, hasta ahora, nada. Al menos yo lo he intentado este año.

—Eso te lo concedo, Martina. Lo has intentado. Has intentado tomarte vacaciones, pero la investigación…

—… me ha encontrado.

—Sí. Prácticamente ha llamado a tu puerta. —Hizo una pausa—. ¿Qué opina papá de que estés trabajando?

—Lo comprende, como siempre.

Al oír su nombre, Charlie apareció desde la cocina y dejó en la mesa del centro un plato de bollos recién hechos que olían a canela y azúcar moreno. —¿Una muestra de los bollos? —ofreció.

—Sí, por favor —dijo Selena, cogiendo uno junto con una servilleta adornada con diminutos árboles de Navidad.

Yo hice lo mismo. —Gracias.

—¿Te quedan más de esas galletas que hizo tu madre? —preguntó Selena con la boca llena.

—Puede que queden unas pocas —dijo Charlie.

—¿Cuándo va a hacer otra hornada?

Dije yo: —El martes va a organizar una sesión maratoniana de hornear galletas, estamos todos invitados.

—No sé yo si me veo haciendo galletas —dijo Selena con una sonrisa—, pero desde luego me gustaría comer algunas.

—Es difícil resistirse. Además, me dijo que también me haría unas magdalenas de Navidad.

—¿De mantequilla de cacahuete y chocolate?

Asentí.

—Genial. Qué bien tener pasteleros en la familia. Zoey llega el lunes, ¿verdad?

—Sí, por eso la fiesta de las galletas es el martes.

A Zoey le encantaba hornear con mi madre. Será estupendo tener a mis dos hijas en casa. Justo como a mí me gustaba.

Charlie se dejó caer en el sofá de dos plazas. —¿Estáis hablando de trabajo?

—Solo un poco. Aún estamos esperando bastantes cosas, por desgracia.

—Bueno, Kim y August llegarán pronto, ¿no?

Hirsch y Kim venían a tomar el brunch del sábado. Charlie había estado en la cocina toda la mañana. Los bollos eran solo un aperitivo de lo que estaba por venir. Había preparado un enorme brunch para todos nosotros. Lo había llamado nuestro «brunch navideño», y yo estaba deseando que empezara.

Tener allí a Selena, junto con mi maravilloso marido, lo hacía perfecto. Audrey, la hija de Hirsch, tenía que ir a la fiesta de una amiga, así que no estaría con nosotros, pero era de esperar. Estaba en esa edad adolescente en la que era o dulce como un pastel… o picante como la canela.

Unos golpes en la puerta rompieron el acogedor murmullo de la sala, poniendo a Barney en alerta máxima. Aulló una vez y luego saltó del sofá, con las garras repiqueteando en el parqué mientras corría hacia el sonido.

—Parece que ya están aquí —dije.

Cogí mi taza de café y me dirigí al pasillo, dispuesta a recibirlos con una sonrisa. —Feliz Navid…

Las palabras se me atascaron al ver la cara de Hirsch, demacrada y tensa. Kim estaba de pie a su lado.

—¿Qué pasa?

—Estamos bien —dijo Hirsch—, pero esto estaba en vuestra puerta.

Miré su mano. Sostenía un sobre rojo con mi nombre impreso en mayúsculas en el anverso. Se me aceleró el corazón mientras se lo cogía.

Deslicé el dedo bajo la solapa y saqué una tarjeta. El exterior mostraba una bola de nieve; dentro había una escena invernal, gente patinando sobre hielo en un lago helado, un árbol de Navidad iluminado detrás de ellos y nieve cayendo por todas partes. Las palabras preimpresas decían:

Que tus fiestas estén llenas de alegría.

Debajo, en mayúsculas, estaba el mensaje.

SE MERECEN LO QUE LES HA PASADO. DILES LA VERDAD, MARTINA. NECESITAN SABERLA.

En la esquina inferior derecha, un pequeño copo de nieve dibujado a mano.

—Tengo que llamar a Kate —dije, volviendo ya hacia el salón.

Contestó de inmediato. —Hola, Martina.

—¿Ha habido otro asesinato con temática navideña?

—No. ¿Por qué? O sea… que yo sepa, no. ¿Por?

—Acabo de recibir otra tarjeta —y le conté lo que decía.

—Mierda. Espera. Tengo otra llamada. —Su voz se desvaneció de la línea.

Me paseé mientras esperaba, agarrando el teléfono con más fuerza.

Cuando volvió, su tono era cortante. —Doble homicidio. Temática navideña. Tengo que irme. Te llamo luego.

—Vale. Avísame si necesitas mi ayuda.

La llamada terminó. Miré a Hirsch, que me asintió levemente.

—¿Parece que el brunch se va a acortar? —preguntó Charlie.

—Bueno, no hay nada que pueda hacer ahora mismo, está yendo a la escena del crimen. —Esperábamos otro asesinato, pero este parecía diferente. ¿Qué era lo diferente? Yo había recibido la tarjeta antes de que Kate recibiera la llamada sobre el asesinato. No tenía sentido. Si no se había denunciado ningún asesinato, ¿cómo lo habría relacionado yo?

Hirsch dijo: —¿Qué pasa?

—Siempre he recibido las tarjetas después de que se informara de los asesinatos en las noticias. Pero esta la he recibido antes de que llamaran a Kate para ir a la escena.

A Hirsch se le tensó la mandíbula. —Sabe que estás trabajando con ellos.

Tragué saliva. —¿Eso significa que me ha estado vigilando?

La mirada de Hirsch se encontró con la mía. —¿Por qué no hablamos tú, Selena y yo?

La calidez de la habitación se había evaporado. Los bollos en la mesa, el olor a brunch que llegaba de la cocina, todo parecía más apagado ahora, una reunión festiva amargada por la llegada de un sobre rojo. Sentí como si el mismísimo Scrooge acabara de entrar en nuestro brunch de Navidad.

23

DETECTIVE KATE MADDOX

La casa se alzaba al final de la calle, con el jardín delantero iluminado por las luces parpadeantes de la policía y los vehículos de emergencias. Reduje el paso; algo en la llamada de Martina me había dejado inquieta. Había recibido una tarjeta antes incluso de que me llamaran para avisarme de otro asesinato, de dos asesinatos más. El asesino no había esperado a que se descubriera el crimen para darle la tarjeta a Martina, como había hecho con los dos primeros asesinatos. ¿Por qué había cambiado de táctica?

¿Sabía que estábamos trabajando juntas? ¿Cómo? Mientras avanzaba hacia la escena del crimen, oteé el barrio, preguntándome si estaría observando. ¿Me observaba a mí? ¿A ella? ¿A nosotras? Sentí un nudo en el estómago.

Al acercarme al agente apostado en la puerta, mi mirada se desvió más allá de él, hacia las esquinas de la propiedad. Antes de que pudiera decidir si dar una vuelta por el perímetro, una voz interrumpió mis pensamientos.

—Maddox.

Me giré hacia el sonido y gemí para mis adentros. Genial. —Capitán —dije, mostrando mi placa mientras pasaba junto al agente.

El capitán estaba en el umbral, bloqueando la vista del interior. —No sabía que estaría usted aquí —continué.

¿Qué hacía allí?

—Es un doble homicidio que creemos que está relacionado con los otros dos suyos. Parece que nos enfrentamos a un asesino en serie.

—Bueno, si es el mismo tipo, entonces sí. Un asesino en serie navideño.

Lo estudié, preguntándome si había venido a supervisarme. Como una de las poquísimas inspectoras, éramos básicamente yo y otra más entre docenas de hombres. A menudo parecía que algunos de ellos seguían anclados en los años sesenta, de esos en los que podías llamar a tu secretaria para que te trajera un cigarrillo y un bourbon.

—¿No le pareció importante informarme?

—¿Qué quiere decir con «informarle»? Acabo de llegar.

—He estado revisando sus notas de los otros dos casos —dijo él —. Me habría gustado saber lo de las tarjetas de Navidad que le están enviando a Martina Monroe. Este tipo tiene un plan.

—Eso es lo que creemos. Se lo dije a Tatum y aprobó que trabajáramos con Martina. Ofrece sus servicios pro bono porque este asesino se puso en contacto con ella.

—No me gusta nada esto, Maddox. Creo que tenemos que asignar a otros inspectores para que la ayuden.

Sabía lo que eso significaba. —Martina y yo lo tenemos controlado.

—¿Ah, sí? Porque ahí dentro hay dos personas muertas que podrían no estar de acuerdo con usted.

El calor me subió por el cuello. Esto era indignante. Habíamos hecho verdaderos progresos desde la primera escena del crimen. —¿Ha visto mis notas sobre el incendio del centro de acogida de 2005? ¿El de la víspera de Navidad?

—No me malinterprete, veo que ha hecho progresos, pero creo que se necesita más personal. Voy a traer a dos de nuestros mejores hombres.

Gemido. —¿Cómo quiénes?

—Pensaba en Gray y Rodríguez.

—De acuerdo —dije con los dientes apretados—. Estaré encantada de trabajar con ellos.

Me lanzó una mirada elocuente. —Le sacan quince años de experiencia.

—Es mi caso.

—Con el debido respeto, es mi departamento. Y si quiero asignar a Gray y a Rodríguez y que ellos lleven la investigación, lo haré.

Negué con la cabeza. —No puedo creer que esté haciendo esto. He estado trabajando en el caso día y noche, y Martina también. Somos nosotras las que estamos estableciendo las conexiones. No hay nadie que sepa más de este caso que nosotras dos.

—Su amiga periodista, Natalie, también parece saber bastante. Ha estado escribiendo sobre los crímenes en el Bay Insider.

—Ha estado encontrando las conexiones con crímenes más antiguos. Es verdad. Pero no conoce todos los detalles. No sabe lo de las tarjetas a Martina.

Mantuve una expresión neutra, pero por dentro echaba humo. ¿De verdad pensaba aparecer y quitarme el caso? Que hubiera más asesinatos no era una sorpresa. La única sorpresa hasta ahora era que Martina hubiera recibido una tarjeta antes incluso de que a mí me avisaran. —Señor —dije—, me alegra aceptar la ayuda de Gray y Rodríguez, pero creo que debería seguir al mando. Nos vendrá bien más gente. Tenemos una lista enorme de posibles sospechosos que todavía estamos revisando, aunque el equipo de Martina está haciendo un buen progreso con las coartadas y los historiales. Creemos firmemente que hay un niño de acogida por ahí buscando venganza. —Hice una pausa e intenté leer su expresión. Tenía cara de póquer, como siempre. Continué—: ¿Qué sabe de las víctimas que hay ahí dentro?

—James y Julie Stamford. Estamos comprobando sus antecedentes ahora para ver si también estuvieron en el sistema de acogida.

¿Sin mí? Ese era mi trabajo. —¿Y es de temática navideña?

—Lo es. —Hizo una pausa y luego dijo—: Mire, la mantendré como jefa de la investigación por ahora. Veré cómo pueden ayudar Gray y Rodríguez, pero quiero informes diarios. Quiero saber lo que

pasa a cada paso. No podemos tener a un asesino en serie suelto una semana antes de Navidad.

Demasiado tarde. —Eso es lo que Martina y yo estamos intentando evitar. Pero estoy de acuerdo, nos vendrían bien un par de manos más. Hay muchos ángulos que investigar. El sospechoso todavía no ha dejado ninguna prueba física útil. Pero, por otro lado, el laboratorio ha estado saturado.

El laboratorio siempre estaba saturado, los resultados de los análisis tardaban de un día a dos semanas. De hecho, seguíamos esperando a que nuestro equipo investigara el traje de Papá Noel. Parecía único y caro. ¿Dónde lo había comprado? No había huellas dactilares ni ADN útiles. El análisis de las fibras podría tardar semanas o meses si no se le daba prioridad.

El capitán frunció los labios, con los ojos clavados en los míos. —Me aseguraré de que sus casos tengan prioridad en el laboratorio. Cuando termine aquí, reúnase conmigo en comisaría. Quiero una reunión con Gray, Rodríguez, Martina Monroe y Tatum.

—De acuerdo.

—La dejo trabajar. Avisaré a Tatum y a los inspectores de lo que está pasando. ¿Puede encargarse usted de invitar a Martina?

—Lo haré —dije, reuniendo toda mi fuerza de voluntad para no gritar que era más que capaz de resolver este caso. Tras una breve despedida, negué con la cabeza y entré en la casa, siguiendo el estrecho pasillo.

A la derecha, un aseo. Más allá, el salón. Un árbol de Navidad parpadeante, una chimenea con calcetines colgados pulcramente de la repisa. El olor a pino, a pavo y a algo ligeramente metálico flotaba en el aire. Giré a la derecha hacia el comedor y solté el aire lentamente.

Sentadas en dos sillas de la mesa del comedor estaban las víctimas, un hombre y una mujer. La víctima masculina llevaba un gorro de Papá Noel. La mesa estaba perfectamente puesta con manteles individuales rojos y bajoplatos plateados, y velas sin llama aún parpadeaban en candelabros de cristal. Un hermoso centro de mesa de flor de Pascua descansaba en el medio, sus pétalos de un rojo vivo contrastaban con el lino blanco. Los olores mezclados de la

carne asada, una salsa intensa y el inconfundible hedor a muerte me llenaron la nariz, revolviéndome el estómago.

—Hola, doctora Lang —dije en voz baja.

—Creo que su amigo ha vuelto.

Desde luego, no era mi amigo. —Ya veo. ¿Cuál es su opinión?

—Por ahora, he encontrado un único disparo en la cabeza de él —dijo, y luego miró a la víctima femenina—. Lo mismo en el caso de ella.

—¿Cuánto tiempo llevan muertos?

—Calculo que entre ocho y doce horas. Fueron colocados aquí poco después de la muerte, o en el momento de la muerte, y se los dispuso en esa pose. Están en pleno rigor mortis.

Eso significaba que estaban rígidamente sentados a la mesa, congelados en el tiempo. —¿Nos ha dejado nuestro sospechoso alguna carta o recuerdo?

—No que yo haya visto, pero acabo de llegar. Puede preguntarle a Jeff.

Mirando a la derecha, vi la cocina abierta, donde los técnicos de la policía científica se movían metódicamente por la habitación, haciendo fotografías y recogiendo pruebas. Salí del comedor, me acerqué a ellos y dije: —¿Qué habéis encontrado aquí, Jeff?

—Puré de patatas y pavo en los fuegos. Panecillos y una cazuela de judías verdes en el horno.

—¿Quién dio el aviso?

—Un soplo anónimo.

—Eso no tiene sentido.

—¿Por qué no?

—Obviamente estaban preparando algún tipo de festín. Y no era solo para ellos dos.

Fruncí el ceño. Las otras escenas del crimen habían sido horribles, esta no era una excepción, pero aquí había algo ritual. Las víctimas posando en una mesa preparada para Navidad. El gorro de Papá Noel cuidadosamente colocado en la cabeza del hombre, ya fuera antes o después de la muerte, apuntaba a una mente retorcida. Esto no era solo venganza. Esto era personal y enfermizo.

Volví al comedor, estudiando de nuevo las heridas. —¿Podemos obtener fragmentos de bala? —pregunté.

—No veo orificio de salida. En cuanto los ponga en la mesa de autopsias, le conseguiremos la bala, si están en buen estado.

Una bala podía ser una prueba útil. Si podíamos identificar el arma y hacerla coincidir con alguien de nuestra lista con un arma registrada, podría ser la prueba definitiva. Era una pista pequeña, pero era algo. Una pista, por fin. Por desgracia, había costado dos vidas más. Mi instinto me decía que habían sido padres de acogida, de los malos, o que habían trabajado en los servicios de protección de menores. Si no, no teníamos ni idea de a qué nos enfrentábamos, y entonces el capitán me quitaría el caso sin duda. Exhalé y me giré hacia la salida.

Mi móvil vibró en mi mano. Era Natalie. —Hola, Natalie. ¿Has oído lo del doble homicidio?

—¿Qué? Ah. No, todavía no. Necesito verte.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es solo que es mejor si te lo enseño. ¿Puedes venir a mi apartamento?

—Sí. Voy para allá ahora mismo. —Terminé la llamada, con una inquietud erizándome la piel. Me detuve, volviendo a mirar la mesa, la comida intacta, los regalos cuidadosamente envueltos bajo el árbol. Mis pensamientos se desviaron hacia Natalie y su último artículo. Fui a mi aplicación de correo y abrí el borrador que me había enviado. Mientras leía el artículo, «Sangre en el muérdago: el lado oscuro de la Navidad», me detuve en una de las historias. El pulso se me aceleró. Ahí estaba.

2007: El doble homicidio de los Denney en Navidad

El día de Navidad de 2007, la calma navideña en Locust Grove, Oklahoma, se hizo añicos cuando Jack y Elaine Denney fueron encontrados muertos a tiros en su casa. La mesa estaba puesta, la cena navideña aún caliente en la cocina y los regalos envueltos descansaban bajo el árbol.

Se me cortó la respiración. Había recreado uno de los crímenes sobre los que Natalie había escrito. ¿Era una coincidencia? ¿O estaba siguiendo los artículos de Natalie y quería que lo supiéramos?

24

DETECTIVE KATE MADDOX

La carretera se curvaba suavemente antes de descender hacia una arboleda. El complejo de apartamentos apareció a la vista, agazapado contra una franja de secuoyas. El suelo estaba cubierto por una alfombra de hojas húmedas, de esas que amortiguan los pasos. Reduje la velocidad mientras mis ojos recorrían los huecos entre los troncos. Había una docena de sitios donde alguien podía esconderse y observar sin ser visto. Demasiado cerca del edificio. Demasiado fácil que alguien se escabullera en cuanto bajaras la guardia.

Aparqué en la plaza más cercana al apartamento de Natalie. El edificio de doce viviendas estaba enclavado junto a una franja de árboles, con las ramas meciéndose por la brisa justo al otro lado de la colina, lo bastante cerca como para amortiguar el ruido de las inhóspitas calles de Oakland.

Al bajar del coche, inspeccioné el aparcamiento. Vacío. Demasiado silencioso. Incluso el zumbido habitual del tráfico parecía lejano. Algo no iba bien. Lo sentía en el pecho. Fui por el sendero que llevaba a su apartamento de la planta baja, acelerando el paso. Cuando llamé a la puerta, mi mirada se desvió automáticamente hacia el lugar donde solía estar el felpudo. En vez de las desvaídas

letras de «Bienvenido», solo había una leve silueta en la suciedad, donde antes había estado la esterilla.

Natalie abrió la puerta casi al instante.

—Me alegro tanto de que estés aquí.

—¿Qué ocurre?

—Pasa.

Su apartamento estaba tan ordenado como lo recordaba, con todas las superficies despejadas y cada silla perfectamente alineada. Pero sobre la mesa del comedor descansaba su felpudo desaparecido. Y en el centro, una bola de nieve.

—Estaba en el umbral de mi puerta esta mañana.

Me acerqué para inspeccionarla.

—No la he tocado por si es una prueba.

—¿Por qué iba a ser una prueba?

Señaló la base con la cabeza.

—Mira. En el borde.

Al inclinarme, lo vi. Unas manchas de color marrón oscuro que parecían formar una estrella o un copo de nieve.

—¿Cuándo la has encontrado?

—Salí a correr hace una hora. Fue entonces cuando la vi. ¿Crees que alguien ha estado leyendo mis artículos y está intentando asustarme?

—Es posible —dije, con una opresión en el pecho—. ¿Ha pasado algo fuera de lo normal esta mañana?

Natalie negó con la cabeza.

Alguien se había acercado sigilosamente a la puerta de Natalie, había dejado lo que parecía una bola de nieve ensangrentada y se había desvanecido. ¿Quién haría algo así? ¿Un asesino psicópata, quizá?

Saqué el móvil y le envié un mensaje a Martina.

¿Qué imagen tiene la felicitación de Navidad de esta mañana?

Su respuesta llegó deprisa: una sola foto de la felicitación. La portada mostraba una bola de nieve.

Malo.

Le respondí.

Gracias. ¿Nos vemos en la comisaría en una hora?

Respondió ella.

Allí estaré.

Guardé el móvil y miré a Natalie a los ojos.

—Has hecho bien en no tocarla.

—¿Qué crees que significa?

—Podría ser una broma de algún crío, o existe la posibilidad de que esté relacionado con el doble homicidio de esta mañana.

Se cruzó de brazos en un gesto protector.

—¿Crees que ha sido el asesino de la Navidad?

No le habíamos puesto apodo a nuestro asesino, pero si era el mismo autor de los tres crímenes con temática navideña, teníamos un asesino en serie. A la prensa le encantaba ponerles motes.

—¿Así es como lo llamas?

—Encaja.

—Creemos que es el mismo sospechoso. La escena del crimen era navideña. De hecho, es probable que fuera una imitación de una de las historias de tu artículo. El doble asesinato de los Denney.

Natalie palideció. Sus ojos azules se abrieron como platos.

—¿Crees que leyó mi artículo?

Era una clara posibilidad.

—No lo sé.

Natalie empezó a caminar de un lado a otro y, unos instantes después, dijo:

—Sí que lo ha hecho. Está leyendo mis artículos. Esto es un mensaje. En el artículo «Sangre bajo el muérdago» terminé diciendo: «Estaré observando». ¡Así me está diciendo que él también me observa a mí! —Las lágrimas comenzaron a caer—. ¡Esto es muy malo!

Acompañé a Natalie hasta el sofá y la senté. Se secó los ojos con el dorso de las manos mientras yo intentaba calmarla.

—No sabemos si te está observando o si lee tus artículos. Podrían ser unos críos gastando una broma. No sabemos si estás en peligro. Pero, en caso de que lo estés, te protegeré.

—¿Cómo?

No estaba del todo segura.

—Puedes quedarte conmigo hasta que todo esto se aclare.

Natalie arrugó la nariz. Mi apartamento no era ni de lejos tan bonito como el suyo.

—O puedo quedarme yo contigo. Pero no he visto ninguna cámara de seguridad fuera.

—No hay ninguna.

—O puedes alojarte en un hotel y estaré en contacto contigo hasta que esto acabe y atrapemos a este tipo.

Me miró de reojo.

—Pensaba que ibas a decirme que estaba exagerando. No que debería esconderme. Ahora estoy más asustada.

No era mi intención. Solo quería mantenerla a salvo. Todo mi ser me decía que Natalie tenía razón y que aquello era un mensaje del asesino.

—Lo siento, no pretendo asustarte, pero hay algo que no te he contado sobre los casos. La razón por la que incorporamos a Martina Monroe al caso fue porque vino a mí, porque ha estado recibiendo felicitaciones de Navidad que creemos que son del asesino.

Los ojos de Natalie se abrieron como platos.

—¿Entonces sí crees que esto es cosa suya?

Asentí.

—Esta mañana, Martina ha encontrado una felicitación en el umbral de su puerta. En la portada hay una bola de nieve, igual que esta. Y dentro dibuja un copo de nieve.

Con voz queda, dijo:

—El asesino ha estado en la puerta de mi casa.

Por desgracia, creía que era cierto. Mi mente se aceleró intentando encontrarle sentido a todo aquello, o cómo podría ayudarnos a atraparlo. No era probable que encontráramos huellas o

ADN en la bola de nieve. No había cámaras de seguridad en su edificio…, pero tenía que haber cámaras de tráfico cerca. Era probable que también las hubiera en los alrededores del barrio de Martina. Si pudiéramos encontrar un vehículo común, podríamos dar con nuestro asesino.

25

ÉL

Escondido tras el ancho tronco de una secuoya, observé cómo la detective Kate Maddox y Natalie Sloane salían del apartamento de esta. Era una mañana ajetreada para nuestra detective. Primero, la escena de un crimen. Ahora, corriendo en ayuda de su amiga más cercana y, por lo que yo sabía, la única.

Vaya, mira tú por dónde. Están conservando las pruebas. La considerada Natalie no lo había tocado. Sostenía el felpudo en las manos con cuidado de no mover la bola de nieve que descansaba en el centro. Un regalo. Mío.

¿Se daría cuenta de que era mío? ¿Me sentiría cerca, tan cerca que podríamos estar respirando el mismo aire? Éramos almas gemelas, ella y yo. Ella me vigilaba, y yo a ella.

Mi plan estaba saliendo mejor de lo que había planeado. Probablemente ahora se dirigían a la comisaría. Me reí entre dientes. Cuando empecé este viaje para mostrarle al mundo lo que los niños de acogida habían soportado, pensé que podría ser difícil. Arriesgado. Que me podrían pillar. Que tendría que jugármelo todo solo para contar la historia. Pero todo estaba encajando, como si el mundo quisiera que se contara. Tampoco es que me quedara ya mucho que perder.

Un rostro apareció fugazmente en mi mente, congelado en el tiempo. Pálido. Unos ojos vacíos que miraban a la nada. No siempre había tenido ese aspecto. Había sido una persona alegre y aguda, cuando estaba limpia. Podría haber sido cualquier cosa. Pero le había tocado una mano tan mala que te hacía cuestionar el sentido de intentarlo siquiera.

Intenté ayudarla. Le pagué la rehabilitación. Los estudios. Le dije que no era como los demás, que podía salir de aquello. Pero su dolor era demasiado profundo. Sus demonios eran demasiado grandes, de garras demasiado afiladas. Se hundieron en ella y se negaron a soltarla. Me dijo que solo quería que desaparecieran.

Me pregunté si estaría en paz. ¿O si simplemente ya no era nada?

Últimamente, al encontrarme con la muerte, me había preguntado qué pasa cuando nos vamos. ¿El cielo? ¿El infierno? ¿O simplemente es el fin y nos desvanecemos en la nada?

Cuando la encontré aquel día, me sentí destrozado. Como si el mundo hubiera perdido todo el sentido. Pero también vi claro que tenía que hacer algo. Tenía que contar su historia. Hacérselo pagar. La gente necesitaba saber lo que habían hecho.

Y eso es exactamente lo que iba a hacer. Por los medios que fueran necesarios. El mundo oiría su historia y las historias de todos los demás niños que habían sufrido en sus manos. No quería hacer daño a inocentes. Pero quizá fuera necesario, y podía vivir con ello. Algunos sacrificios están justificados cuando se sirve a un bien mayor.

26

MARTINA

AL ENTRAR EN LA COMISARÍA, un escalofrío me recorrió la espalda. Podría ser por el aire frío del exterior, aún pegado a mi piel, o por algo más siniestro. Me detuve y miré por encima del hombro a través de las puertas de cristal. Solo unas pocas personas se movían por el aparcamiento; algunas eran agentes uniformados y otras, civiles, pero nadie parecía fuera de lugar o sospechoso. Me volví hacia la oficina y le envié un mensaje a Kate.

Estoy aquí.

Mientras esperaba, pensé en los acontecimientos de la última semana. Cuatro asesinatos y tres postales de Navidad. Para los implicados no estaban siendo unas navidades muy felices. Y no podía evitar preguntarme a por quién iría después.

El asesino sabía dónde vivía. Empecé a plantearme si debería cancelar la Navidad por completo. Siempre podíamos cambiar el lugar y que mamá y Ted fueran los anfitriones, para mantener a ese monstruo alejado de mis seres queridos. No me sentía especialmente amenazada, pero eso no significaba que las cosas no pudieran cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Por lo que a mí

respecta, nuestro sospechoso no era predecible. No sabíamos lo suficiente sobre él, y eso era preocupante.

Mis dedos se apretaron alrededor del móvil como si, de alguna manera, pudiera mantener el peligro a raya con la pura fuerza de mi agarre. Parecía que el asesino quería mi ayuda, pero por lo que yo podía deducir, estaba... desquiciado. Si decidía que no lo estaba ayudando lo suficiente, ¿qué le impediría ir a por mí o a por mi familia? No me gustaba. Ni un pelo.

Kate apareció, avanzando hacia mí a grandes zancadas con una mujer joven a su lado. Sus pasos eran enérgicos y su expresión era tal que me advirtió de que algo iba mal. La mujer a su lado tenía el pelo rubio ceniza, que enmarcaba su piel pálida. Sus ojos azules eran penetrantes pero recelosos, de esos que han visto demasiado.

—Hola, Kate.

—Hola —dijo Kate—. Esta es Natalie Sloane.

Extendí la mano y se la estreché. —Encantada de conocerla.

—Igualmente —dijo ella en voz baja.

Kate nos hizo un gesto para que nos apartáramos. Las tres nos apiñamos en una esquina cerca de un tablón de anuncios. Exhaló bruscamente, claramente molesta por algo. —Solo quería un minuto para hablar contigo antes de que nos reunamos con los demás —dijo—. Mi capitán se ha presentado en la escena del crimen esta mañana. Quiere traer a más inspectores. Gray, Rodriguez y mi teniente van a participar en la reunión. Creo que están intentando quedarse con el caso.

—Creo que probablemente nos vendría bien más gente para esto —dije—. ¿Has trabajado con ellos antes?

—No directamente, pero son inspectores veteranos. El capitán insinuaba que deberían hacerse cargo, pero lo convencí de lo contrario. Creo que estamos haciendo un buen trabajo, ¿no crees?

Sí que creía que estábamos haciendo un buen trabajo, pero había habido cuatro asesinatos. Debería haber un equipo entero trabajando en esto, no solo una asesora de investigación privada con su empresa y una inspectora. —He trabajado con equipos de inspectores antes. Podría jugar a nuestro favor. Solo tenemos que

jugar bien nuestras cartas. Probablemente no quieran quitarnos el caso en realidad.

Me lanzó una mirada, claramente sorprendida por mi respuesta.

—Saldrá bien —dije, ajustándome la bufanda—. No es por ser grosera, pero ¿por qué está Natalie aquí?

La expresión de Kate se ensombreció. —Porque ha recibido un regalo esta mañana. En la puerta de su casa.

Oh, no. —¿Qué ha recibido en la puerta de su casa?

—Lo que parece una bola de nieve ensangrentada.

El peso de lo que aquello implicaba se me asentó en el estómago.

—Quiero que se quede aquí con nosotras, para asegurarme de que está a salvo —dijo Kate.

—Es una buena idea, pero quizá deberíamos trasladarla a otro sitio hasta que encontremos al asesino.

—Estoy intentando averiguar cuál es el lugar más seguro para ella.

Normalmente, le habría ofrecido mi casa, pero el asesino también había estado allí. —Podría ir a un hotel.

Natalie frunció el ceño. —¿O sea que van a, no sé, aislarme? Soy periodista, este podría ser el reportaje de mi carrera.

Natalie era más joven de lo que esperaba. Tenía el arrojo de Zoey y parecía tener una vena obstinada como Selena. —Es peligroso —dije, clavando mis ojos en los suyos.

Kate intervino. —No tenemos que decidir nada ahora mismo. Mientras nos reunimos con los demás, ¿por qué no se queda en mi mesa?

Natalie puso los ojos en blanco. —Pues vale.

Kate miró por encima del hombro y su expresión se tensó. Un hombre corpulento, de aproximadamente un metro noventa y cinco, con uniforme de capitán, cruzó brevemente la mirada con ella desde el otro lado de la sala de trabajo antes de apartarla. Se giró de nuevo hacia mí y dijo en voz baja: —Nos están esperando, Martina. Deberíamos entrar.

Asentí, luego me acerqué y le di una palmadita en el hombro a Natalie. —Esto se va a solucionar. Todo saldrá bien, ¿de acuerdo?

Ella asintió rápidamente. Apretó los labios como si tuviera más que decir, pero hubiera decidido no hacerlo. Sin decir palabra, nos siguió a través del laberinto de cubículos, mientras el zumbido de los teléfonos sonando y el traqueteo de los teclados llenaban el espacio. Se deslizó en la silla del escritorio de Kate mientras nosotras continuábamos por el pasillo hacia una sala de reuniones cerrada.

Kate abrió la puerta y el murmullo apagado de la sala de trabajo dio paso a un espacio más tranquilo y contenido. Dentro, dos señores de unos cincuenta años, uno de uniforme y otro con una americana azul marino, estaban de pie junto a la mesa. Su atención se centró en nosotras. Un tercer hombre, de unos cuarenta, estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados.

Kate cerró la puerta con un suave clic. —Hola a todos. Me gustaría presentaros a Martina Monroe, si es que no la conocéis ya. Este es el capitán LaSalle, el inspector Gray, el inspector Rodriguez y el teniente Tatum.

Levanté la mano a modo de saludo.

—Como todos sabéis, ha estado ayudando en el caso y creo que todos conocéis su reputación y entendéis que tenemos suerte de tenerla aquí.

Cuando conocí a Kate hacía solo unos días, parecía bastante escéptica conmigo, pero parecía que había decidido que yo era una aliada y un activo. Bien.

El capitán se adelantó y me estrechó la mano con firmeza. —Señora Monroe, es un placer conocerla y sí, estoy de acuerdo, tenemos suerte. Su reputación la precede.

Tras una ronda de apretones de manos, el equipo se sentó mientras el capitán permanecía de pie a la cabeza de la mesa, con la espalda recta y las manos entrelazadas a la espalda.

—Bien —comenzó, recorriendo la sala con la mirada—. Quería que estuviéramos todos juntos para ponernos al día sobre los casos. Kate nos hará un resumen de la situación actual y luego nos repartiremos el trabajo. No podemos permitir que este tipo...

—El Asesino de la Navidad —interrumpió Kate.

El capitán le lanzó una mirada.

—Así es como lo llama Natalie —aclaró ella.

Él se encogió de hombros. —De acuerdo. Que el Asesino de la Navidad aterrorice el área de la Bahía. Falta menos de una semana para Navidad. Tenemos que atrapar a este tipo. Kate, ¿por qué no nos dice en qué punto estamos, qué estamos esperando y cómo ve que nos dividamos el trabajo para atraparlo lo más rápido posible? Nuestro enlace con los medios quiere una rueda de prensa, así que necesito saberlo todo.

Kate se levantó y abrió su portátil. El proyector zumbó y la primera imagen se proyectó en la pared. La primera escena del crimen. Garrett Slade, padre de acogida, vestido de Papá Noel y metido en la chimenea. Tras una breve descripción y un repaso de todas las fotos de la escena del crimen, pasó a la siguiente. Margaret Lawson, encontrada en su bañera rodeada de luces de Navidad y un árbol en miniatura. Y, finalmente, la escena del crimen de esa mañana. James y Julie Stamford, tiroteados y luego colocados en su mesa del comedor. Regalos apilados en la esquina. La cena aún caliente en el horno. El hombre, con un gorro de Papá Noel, estaba sentado a la cabeza de la mesa, como si esperara que le sirvieran.

Era extremadamente perturbador. —¿Qué sabemos de James y Julie Stamford? —pregunté.

Kate echó un vistazo a sus notas. —Aún estamos esperando los antecedentes, pero las búsquedas iniciales muestran que eran padres de acogida. El asesino nos dio otra pista, una segunda lista de niños de acogida. Tendremos que cotejarla con el primer grupo de niños de acogida de Slade y con los archivos del CPS de Margaret Lawson.

Eso nos ayudaría a acotar nuestro sospechoso. El asesino nos había proporcionado pistas aparentemente útiles, con suerte suficientes para detenerlo.

Kate continuó: —Además, Martina ha recibido otra postal de Navidad del asesino esta mañana, y la periodista, Natalie Sloane, ha recibido una bola de nieve que parece tener sangre en forma de copo de nieve en el borde. Tendremos que analizar la sangre para ver si coincide con alguna de nuestras víctimas.

Al principio, creíamos que el sospechoso buscaba justicia, pero estas últimas acciones apuntaban a un individuo muy inestable y trastornado. Eso no eran buenas noticias. Kate continuó explicando toda la información, autopsias, balística, grabaciones de cámaras de tráfico e informes de laboratorio que estábamos esperando, incluida la búsqueda de Selena de Robert Flurry, la víctima superviviente del incendio en el centro de acogida en la Navidad de 2005, así como las prioridades.

La sala se quedó en silencio por un instante; el peso de la enorme cantidad de trabajo requerido oprimía como una pesada manta de invierno. El leve clic del ventilador del proyector y el susurro de alguien moviéndose en su silla eran los únicos sonidos. Kate era eficiente y yo estaba de acuerdo con su enfoque, pero era un esfuerzo tremendo incluso para tres inspectores y una investigadora privada. Especialmente cuando el tiempo corría en nuestra contra. Faltaban cinco días para Navidad y tenía la sensación de que nuestro asesino no había terminado.

Me removí en mi silla. —Además de eso, hay otra pieza en la que deberíamos pensar, y es la seguridad. Yo puedo cuidarme sola y tengo seguridad completa en mi casa, pero Natalie podría estar en peligro. Está escribiendo sobre estos crímenes, y él se presentó en nuestra puerta y copió un crimen sobre el que ella informó. Puede que necesite protección.

Kate enarcó las cejas. —Si es que la acepta.

—Bueno, espero que lo haga, porque su vida podría estar en juego. Creo que el sospechoso me contactó para pedirme ayuda para exponer las grietas del sistema de acogida. ¿Por qué contactar con Natalie? Puede que quiera que escriba una historia para él. Lo que significa que podría contactar con ella, y eso podría volverse peligroso rápidamente.

El capitán asintió. —Podríamos hacer que se quede en un hotel y tenerla vigilada.

—Mi empresa tiene pisos francos.

El grupo asintió de acuerdo.

Kate miró alrededor de la mesa. —De acuerdo, me parece bien. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna.

—Excelente trabajo, equipo —dijo el capitán.

Me volví hacia Kate. —Vayamos a hablar con Natalie y a acomodarla.

—De acuerdo.

En mi opinión, su vida era más importante que conseguir informes en este preciso momento. Necesitábamos asegurarnos de que estaba a salvo. Caminamos hasta el escritorio de Kate. Su silla estaba vacía.

—¿Dónde está Natalie?

Miré alrededor de la oficina. No había ni rastro de ella. Caminamos hacia la entrada de la oficina. Tampoco había rastro de Natalie allí. —Quizá esté en el baño —dije—. ¿Por qué no le envías un mensaje?

Kate tecleó un mensaje y esperamos. Y esperamos. Cinco minutos después, todavía nada. Ni confirmación de lectura. Ni respuesta.

Kate se pasó los dedos por el pelo. —¿Dónde está?

No tenía respuesta, y el silencio del móvil de Kate se sentía más pesado con cada segundo que pasaba.

27

NATALIE

ESTABA TAN enfrascada en mi último artículo que ni siquiera me di cuenta de la hora hasta que el móvil se cayó del escritorio por la vibración. La escritura siempre había sido mi vía de escape. Una vez que empezaba, el mundo podía estar ardiendo en llamas a mi alrededor y no me daría cuenta. Quizá solo me percataría si las teclas del ordenador dejaran de sonar bajo mis dedos. Me incliné y recogí el móvil. Oh, mierda. Kate. Debería haberle dicho que me iba, pero no quería que me detuviera. Estábamos hablando de mi carrera, y acabábamos de enterarnos de que había un asesino en serie en la bahía de San Francisco. Un asesino en serie cuyas escenas del crimen parecían una feliz Navidad. Más bien, las Navidades más oscuras y espantosas de la historia. Era una noticia bomba, y yo estaba a punto de dar la primicia.

Kate me había escrito varias veces. El último mensaje decía:

¿Dónde estás? ¡Llámame en cuanto puedas!

Le respondí con un mensaje.

Estoy en la redacción, trabajando en un artículo. Hablamos pronto.

Esperaba que no se enfadara demasiado. Sabía que ella y Martina querían ponerme bajo custodia protectora, vigilarme como si fuera una niña. Pero estaba a salvo dentro del edificio de la redacción. Había más gente aquí. Bueno, probablemente solo el conserje. Pero para entrar en la oficina se necesitaba una tarjeta y era bastante difícil forzar la entrada. Una vez, un fin de semana, me había olvidado la tarjeta y no fui capaz de encontrar ni un solo punto de acceso fácil. Tuve que volver hasta casa a por ella. Además, había cámaras de seguridad. Estaba a salvo mientras estuviera dentro.

Era sábado por la noche y todo estaba en silencio. El leve zumbido de la máquina expendedora del rincón era el único sonido, aparte de mi tecleo. Antes me pareció oír el chirrido de una silla, pero cuando me giré para mirar no había nada. Un poco de paranoia a la antigua usanza.

La verdad es que nunca había mucho ajetreo, ni siquiera en un día normal. Éramos principalmente un periódico digital, con una edición impresa que se mantenía más por nostalgia que por los ingresos que generaba. Lo último que supe fue que Eli dijo que estaban pensando en dejar de imprimirlo por completo. No había suficientes suscriptores, me había dicho. O se deshacían de la edición impresa o se deshacían de los periodistas.

Yo digo: hasta la vista, edición impresa.

Me encantaba mi trabajo. Me encantaba informar sobre delitos, añadir mi propia narrativa, advertir al público de que tuvieran cuidado y, sobre todo, de que fueran amables los unos con los otros. Había tanta gente mala y tantas cosas malas por ahí. Cualquiera diría que escribir crónicas de sucesos es deprimente, y a veces lo era, pero siempre se le podía sacar el lado bueno.

Aunque en este caso, el del asesino en serie de la Navidad, no estaba segura de cuál era el lado bueno.

Por lo que había deducido de breves conversaciones con Kate y Martina, estaban relacionando los asesinatos con el sistema de

acogida. Mi propia investigación coincidía con la suya. La primera víctima, un padre de acogida. La segunda, una trabajadora de los servicios de protección de menores. La tercera, unos padres de acogida. No debían de ser buena gente. Lo que me llevaba a creer que estas muertes eran una especie de venganza, una historia que el asesino intentaba contar. Escenas espantosas y muy teatrales, como sacadas de una serie policiaca británica.

La luz que había sobre mi escritorio parpadeó una vez y luego se estabilizó. El móvil se iluminó de nuevo; esta vez, era una llamada. Apretando los dientes, contesté.

—Hola, Kate.

—No tenías que haber salido de la comisaría. Hay un asesino en serie ahí fuera y sabe dónde vives.

—Cierto, pero he cogido un Uber. Estoy bien. Estoy en mi despacho ahora mismo, mirando por la ventana. —Mi mirada se desvió hacia el cristal. El oscuro reflejo me devolvió la mirada, pero por una fracción de segundo me pareció ver un movimiento detrás de mi propia imagen. Parpadeé y desapareció—. Esto es como Fort Knox. Estoy bien. Además, de verdad que necesito entregar este artículo. Eli viene esta noche para que podamos meter las últimas noticias en la edición del domingo por la mañana.

—Vamos a recogerte en cuanto terminemos aquí. No salgas del edificio de la redacción.

—No pensaba hacerlo. Y si me entra hambre, pido la cena y ya está. No es para tanto.

—Claro que es para tanto, Natalie. Podrías estar en peligro.

—Estoy a salvo aquí —repetí—. No pienso dar un paseo a medianoche a ver si me topo con algún chalado. Estaré en mi mesa, tecleando este artículo.

—¿Qué piensas poner en el artículo?

—Informaré sobre el doble homicidio de esta mañana y lo relacionaré con los otros dos crímenes.

—¿O sea que le vas a decir a todo el mundo que hay un asesino en serie?

—¿No quieres que lo haga?

—La verdad es que no, pero, aunque tú no lo hagas, la gente se acabará dando cuenta.

—También pienso incluir mi propia investigación: que todas las escenas tienen ambientación navideña, que son recreaciones de crímenes anteriores. Y he hecho mis propias averiguaciones. Sé que todas las víctimas están relacionadas con el sistema de acogida. Podría ser un justiciero.

Kate suspiró.

—¿Piensas incluir un mensaje para el asesino?

—¿Un mensaje?

—Bueno, en tu último artículo dijiste que estarías observando, dirigiéndote a él directamente. ¿Qué vas a decir esta vez?

Un mensaje para él sería un broche de oro.

—Aún no lo he pensado. Pero te enviaré un borrador antes de que se imprima mañana.

—No incluyas lo de las postales y la bola de nieve. Tenemos que mantener eso en secreto. Y no vayas a ninguna parte hasta que lleguemos a recogerte.

—Vale.

—Lo digo en serio, Natalie. Por favor, por favor, no te muevas de ahí.

—No lo haré.

—Muy bien. No te separes del móvil. Quiero poder localizarte.

—Vale. Gracias, mamá.

Kate soltó otro suspiro.

—Ten cuidado.

—Gracias, mamá. —Colgué.

Kate solo se preocupaba por mí, y yo lo sabía. La verdad es que era como una hermana mayor, además de una buena amiga. Aunque era sobreprotectora. El tipo de persona que, si le contaba que había tenido un lío de una noche, me diría que ese tío podría haberme asesinado. Como si tuviera que tener miedo de cada ruido en la noche.

Había consumido tanto true crime que probablemente sabía mejor que nadie que los asesinos en serie eran muy poco comunes. Había investigado, leído los libros. Y como eran poco comunes, esta

podría ser la historia de mi vida. Una sobre la que podría escribir un libro después de que lo atraparan. Me recosté en la silla. Natalie Sloane, autora de true crime. ¿No sería genial?

Una puerta se cerró de un portazo en algún lugar del pasillo. Me incorporé de golpe.

—¿Eli? —Mi voz resonó.

Silencio.

Negué con la cabeza. Probablemente solo fueran las rejillas de la calefacción, que habrían cerrado una puerta por la corriente; ya había pasado antes. Aun así, Kate me había metido el miedo en el cuerpo. Eché un vistazo a la oficina. Estaba sola, pero Eli llegaría en unas horas. Todo iba a ir bien. Volví a la pantalla, mis dedos retomaron su lugar en el teclado y pensé: La autora de superventas Natalie Sloane. Eso sonaba bien.

28

MARTINA

En momentos como este, deseaba que Vincent estuviera aquí. O Selena. Pero Selena seguía intentando averiguar dónde diablos se había metido Robert Flurry, y yo todavía quería hablar con él. Y, a decir verdad, Vincent no dudaría en aprovechar la oportunidad, pero tenía una familia joven y era importante que estuviera con ellos. Por no mencionar que yo me había ofrecido voluntaria para el trabajo. Kate, por su parte, sabiendo que Natalie estaba a salvo en su oficina escribiendo un artículo y no secuestrada por un loco, estaba encerrada con su equipo técnico, rebuscando en las grabaciones de las cámaras de tráfico.

Natalie me ponía nerviosa. Podrían haberla secuestrado fácilmente en su coche de VTC. Conocía ese panorama demasiado bien. Me estremecí al recordarlo.

Natalie tenía que tomarse esta situación en serio. No es que no entendiera que diera prioridad a su carrera, pero ¿es que no tenía un portátil que pudiera usar en un lugar seguro? Era joven, y quizá un poco despreocupada de más con este asesino. Tras rezar una breve oración por ella, volví a la tarea que me ocupaba.

Tenía la apasionante tarea de cotejar la lista de niños de acogida de la familia Slade con la de la familia Stamford, además de la lista de clientes de la segunda víctima, una trabajadora de los Servicios

de Protección de Menores. Solo tenía que encontrar alguna coincidencia.

Un trabajo tedioso hasta para unos ojos jóvenes, pensé mientras me ponía las gafas de leer.

Primero, la lista de niños de acogida de los Slade. Ya habíamos tachado los nombres de los que habían fallecido. Luego pasé a la lista de los Stamford, usando mi propia base de datos para comprobar si había alguna defunción y poder tachar esos nombres también. Por ahora, había cinco nombres de la lista de los Stamford que habían fallecido. Cinco antiguos niños de acogida que habían muerto. Eran estadísticas desalentadoras; cada uno de ellos, una historia que había terminado demasiado pronto. Algo me hizo detenerme.

Un nombre familiar en ambas listas de fallecidos. Linnea Porter. Obviamente, no era sospechosa, pero era un nombre en común entre las dos listas. El único nombre de un fallecido en común. Lo apunté por si acaso tuviera alguna importancia.

Una hora más tarde, estaba encorvada sobre las listas, satisfecha de haber conseguido elaborar una lista de nombres que habían sido niños de acogida tanto de los Slade como de los Stamford. El último paso sería compararlos con la lista de casos de los Servicios de Protección de Menores. Cualquier coincidencia podría ser nuestro sospechoso.

Me vibró el móvil y contesté de inmediato.

—Hola, Selena, ¿qué tal?

—Pues bien. Papá quiere saber si vas a venir a cenar.

Eran casi las seis. Había sido un día largo y nadie iba a parar hasta que tuviéramos un sospechoso, o al menos una pista sólida. Pero yo también tenía una familia, y dormir siempre era mejor que no dormir. Lo sabía de primera mano.

—Probablemente no —dije—. Tenemos algunas cosas prometedoras que revisar. ¿Has encontrado algo sobre Robert Flurry?

—Sí, esa es otra de las razones por las que llamo. He estado buscando en los registros de defunción, solo para ver si de alguna manera se pasó por alto o es un cadáver reciente que aún no ha

sido identificado. De momento, nada. Así que probablemente siga vivo. El único otro ángulo que puedo investigar es que esté viviendo al margen de la sociedad o en la calle, pero no creo que sea prudente buscar de noche. Así que voy a dejarlo por hoy.

Si Robert Flurry vivía al margen de la sociedad o en la calle, no era probable que fuera nuestro asesino. Nuestro sospechoso tenía una casa, un lugar donde planificar. Tenía medios para organizar los crímenes.

—Bien. Tienes razón, no deberías estar deambulando por las calles de noche en zonas infestadas de drogas.

—Me imaginaba que pensarías eso. Bueno, avísame si quieres que te traiga algo de comer. Papá ha estado cocinando. Ya sabes cómo se pone cuando está nervioso, así que hay comida de sobra.

—Ya lo sé. No, no te preocupes. Estoy segura de que Kate querrá pedir algo de comida dentro de un rato.

—¿Qué tal va todo por ahí?

—Bastante bien.

—¿Y qué tal el trabajo con esta nueva detective?

—Al principio, no creo que le hiciera mucha gracia que yo estuviera por aquí, pero creo que hemos llegado a un entendimiento. Yo le cubro las espaldas, y parece que ella me cubre las mías a mí.

—¿Ah, sí? ¿Por qué dices eso?

—Porque cuando pusieron a más detectives en el caso, quiso contármelo a mí primero, para que supiera que teme que estén intentando quitárselo. Está confiando en mí… Siento que le vendría bien una amiga, ¿sabes?

—Ya la has invitado por Navidad, ¿a que sí?

Sonreí.

—Pues sí.

—Me lo imaginaba.

—Bueno, pues cuídate. Tengo que seguir. Dale un saludo a tu padre.

—Lo haré. Ten cuidado.

Terminé la llamada, aliviada de que Selena hubiera sido prudente y decidiera no ponerse a recorrer las calles en mitad de la noche

buscando a un posible asesino por su cuenta. Cinco años atrás, no creo que hubiera tomado esa decisión.

De vuelta a mi búsqueda. Continué revisando las listas. Había doce nombres tanto en la lista de niños de acogida de los Slade como en la de los Stamford. Tecleé cada uno en el ordenador, cotejándolos con los expedientes de los Servicios de Protección de Menores.

Dos aciertos. Tres, si contaba a Linnea Porter. Los otros dos nombres eran un tal Devon Kane y un Marcus Farnsworth. Con el pulso acelerado, pensé: Uno de estos dos podría ser nuestro asesino.

—Muy bien, Devon —murmuré para mis adentros—. Vamos a saberlo todo sobre ti.

Pulsé el teclado. Devon Kane tenía carné de conducir, una última dirección conocida y algunos registros de empleo, principalmente en el comercio minorista. Sus antecedentes penales no estaban impolutos, pero tampoco eran alarmantes. Tenía algunas faltas y un par de cargos por drogas, pero nada reciente. El último cargo era de hacía más de dos años.

Marcus Farnsworth, es tu turno. Encontré su perfil de la DGT, la foto de su carné de conducir, su última dirección conocida y su empleo en una empresa de jardinería local.

Se me disparó la adrenalina. Era hora de decirle a Kate que podría haber encontrado a nuestro hombre. Le envié un mensaje con la noticia.

En menos de un minuto, estaba de vuelta en la sala de reuniones.

—¿Has encontrado a dos?

—Sí. Y tenemos dos direcciones.

—¡Genial!

—¿Has encontrado algo en las cámaras de tráfico?

—Aún no. Nuestro equipo técnico seguirá mientras estamos fuera.

—Muy bien, vamos.

—¿Quieres avisar a Gray y a Rodriguez?

Kate me lanzó una mirada.

—Están ocupados haciendo el seguimiento con los familiares y amigos de las víctimas. Intentando averiguar sus últimos días y actividades. Podemos ir nosotras.

Sonrió.

No cabía duda de que Gray y Rodriguez estarían más que encantados de dejar la tarea de hablar con seres queridos afligidos para interrogar a posibles sospechosos. Pero Kate no quería compartir su investigación con ellos. Empezaba a ver que era una especie de loba solitaria, de las que no siempre se llevaban bien con los demás.

Cogí el abrigo y el bolso del respaldo de la silla y me preparé. Kate tecleó un mensaje en su móvil y me miró.

—Solo para ver qué tal Natalie. —Un zumbido indicó una respuesta. Su mirada volvió a la pequeña pantalla. Con un asentimiento, dijo—: Está bien. Vamos a coger a un asesino. —Y salió disparada de la sala de reuniones.

Sí, señora, pensé.

29

MARTINA

Corrí para alcanzar a Kate. Tenía una misión. No era ningún secreto que estaba ansiosa por hablar con Marcus Farnsworth, el sospechoso principal. No estaba segura de si tenía más ganas de hablar con él o de largarse de la comisaría antes de que sus compañeros se dieran cuenta de que se había escabullido para interrogar a posibles sospechosos. Fuera como fuese, si el resultado final era sacar a un asesino de las calles, a mí me daba igual. Lo que importaba era asegurarse de que no aparecieran más cadáveres durante nuestra guardia.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Kate.

Se la leí de la hoja que tenía en la mano y ella la introdujo en el navegador. —Tardaremos unos veinte minutos y ya son las siete —hizo una pausa y se giró para mirarme—. ¿Necesitas ir a casa?

—No.

—¿Segura? Tienes familia, gente que te espera, ¿no?

—He hablado con mi hijastra antes. Le he dicho que llegaría tarde y que no me esperara a cenar.

Ladeó la cabeza. —¿La cena, eh?

Esbocé una leve sonrisa. —Llevo una barrita de proteínas en la mochila. Bueno, dos. Por si tienes hambre.

Kate me dedicó una sonrisilla y su mirada se suavizó por primera vez en todo el día. —Eres de las mías.

—Avísame si la necesitas.

—Hecho. Vamos.

Condujimos en silencio.

Fuera, las luces de la ciudad se convertían en borrones que cruzaban el parabrisas. Le expliqué lo que había averiguado sobre Marcus Farnsworth. —Ha tenido varios cargos por drogas, como posesión de crack, cocaína y heroína. Nada a nivel de distribución, solo lo pillaron con ellas. Por lo que he encontrado, ahora mismo trabaja para una empresa de jardinería. No sé con quién vive. Podría vivir solo o con su familia. Indicó esta dirección cuando se registró para cobrar el paro el año pasado.

Las manos de Kate se aferraron al volante. —Ningún delito violento. Aun así, podría haber estado acumulándolo todo para una gran masacre.

—Cierto. Pero he estado repasando el expediente de los servicios sociales que nos han enviado. El expediente señalaba que había sido un niño callado del que se metían mucho.

Soltó una risa carente de humor. —Claro, y nunca ha habido una historia sobre niños acosados que vuelven para vengarse, ¿verdad?

—Ahí tienes razón.

Me miró de reojo. —¿Llevas chaleco?

—No.

—Tengo uno de repuesto en el maletero.

Al volver a mirarla, me sorprendí preguntándome si Kate era como yo cuando era más joven. Yo era un poco temeraria y menos propensa a seguir las reglas. Hirsch me había llamado «temeraria» más de una vez y me había acusado de dejarme llevar por las emociones. Quizá no le faltaba razón. Con los años, me había tranquilizado un poco y había aprendido a ceder cuando era necesario. Pero con Kate, intuía que aún no había tenido un amigo de confianza que le dijera al oído que debía tener cuidado, porque su vida también importaba.

—Entonces… —pregunté con cautela—, ¿cuando estabas en casas de acogida era habitual que abusaran de los niños?

Se rio, pero no fue una risa alegre. Fue breve, sin rastro de diversión. —Te lo diré así —dijo finalmente, con los ojos fijos en la carretera—. Si acababas en una casa donde nadie te pegaba, donde te daban de comer con regularidad y no pasabas hambre, te considerabas afortunado. Muchos niños no lo eran.

Su voz bajó de tono, más queda ahora. —Sinceramente, yo tuve suerte. Solo pasé por tres hogares de acogida antes de terminar en un centro de menores. A veces me pregunto cómo salí de allí, cómo no acabé en la cárcel o enganchada a las drogas. Pero creo que fue por el centro. La mujer que lo dirigía era un ángel. Amable de una forma que la mayoría de la gente no lo es. Estuvo ahí para nosotros cuando nadie más quería estarlo. —Dudó—. Ella misma había sido agente de policía. Probablemente de ahí saqué la idea de entrar en las fuerzas del orden.

—¿Todavía mantienes el contacto con ella?

—Sí, hasta que falleció hace dos años. De cáncer.

—Lo siento mucho.

—Sí —dijo en voz baja—. Fue duro. Pero ella me hizo creer que hay gente buena en el mundo. Por mucho que vea lo malo, hay gente buena por ahí. Seguro que tú también lo has visto en tu carrera. A veces los buenos son más difíciles de encontrar.

—Y cuando los encuentras, no los dejas escapar.

Me miró de reojo y, de repente, cambió de tema. —Bueno, ¿qué más sabemos de Marcus?

El cambio de tema me pilló por sorpresa. Quizá hablar de su pasado era demasiado doloroso. Quizá perder a la mujer que la había guiado en esta vida, alguien por quien sentía una profunda gratitud, había sido un golpe muy duro.

—Nunca se ha casado —respondí—. Ni multas de tráfico. Pasa bastante desapercibido.

Masculló algo que no pude oír y luego condujimos el resto del camino en silencio. Me sentí un poco culpable por haber sacado un tema tan delicado, sobre todo en fechas navideñas.

—Ahí delante —dije mientras nos acercábamos a la acera.

Kate asintió. Aparcamos al otro lado de la calle de una casa en Hayward. Era un barrio mixto. Algunas casas bien cuidadas, otras

con la pintura desconchada y ventanas tapiadas. Una de esas zonas en auge, tal vez, pero por ahora era un mosaico de esmero y abandono.

Una vez aparcadas, me dirigí a la parte trasera del todoterreno y Kate hizo lo mismo. Me entregó un chaleco y luego se puso uno, ajustándoselo bien al cuerpo. Hice lo mismo y me puse la chaqueta por encima. La noche era gélida, lo único que nos calentaba era la adrenalina mientras marchábamos hacia la residencia de Marcus Farnsworth. La luz del porche estaba encendida. Buenas noticias para nosotras.

Kate se adelantó, como la líder que era, a la que le gustaba entrar primero. Reconocí ese fuego porque yo también lo tenía. Llamó a la puerta. Tres golpes secos.

La puerta se abrió con un crujido unos instantes después. Un hombre alto de unos veintitantos años estaba allí, con el pelo oscuro cayéndole sobre los ojos, la piel morena sonrosada por el calor, y un chándal holgado. Kate levantó la barbilla. —Buenas noches. ¿Es usted Marcus Farnsworth?

—Sí —dijo él, entornando los ojos—. ¿Quién pregunta?

Kate sacó su placa. —Detective Kate Maddox, del Departamento de Policía de Oakland. Necesito hablar con usted sobre un suceso reciente.

Su mirada se desvió hacia mí.

—¿Podemos pasar? —pregunté.

Dudó y luego se encogió de hombros. —Saldré a hablar con ustedes. Un segundo que cojo un abrigo.

Kate y yo intercambiamos una rápida mirada. Sentí un hormigueo en el brazo mientras mi mano descansaba sobre el arma dentro de mi chaqueta. Estaba lista para desenfundar si era necesario.

Marcus regresó un momento después, embutido en un grueso anorak. Salió al porche, cerrando la puerta tras de sí. Puede que de verdad solo quisiera su abrigo. O puede que no quisiera que entráramos por alguna razón. En cualquier caso, podría ir armado bajo el voluminoso abrigo.

Mantuvimos una distancia de un par de metros, de pie en un ángulo de alerta, con nuestras posturas inconscientemente

alineadas.

—Y bien —dijo, cruzándose de brazos—, ¿de qué va esto?

Kate lo observó. —Necesitamos que nos diga dónde estuvo anoche entre las diez de la noche y las seis de la mañana.

—Estuve aquí.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

Se encogió de hombros. —Mis compañeros de piso estaban aquí —dijo Marcus, cambiando el peso de un pie a otro—. Pero a veces están bebiendo, ¿sabe? Puede que no tengan la mejor memoria. Aun así, deberían acordarse, estuvimos por aquí, de cháchara. ¿Por qué? ¿De qué va esto?

—Hubo un homicidio.

—Oh, vaya. ¿De verdad? —sus ojos se abrieron de par en par, aunque la reacción no parecía del todo genuina.

Lo estudié con atención. No encajaba en el perfil. Tenía el pelo descuidado, la sudadera y los pantalones del chándal manchados y gastados. Parecía que no se había duchado en días. Sin joyas, sin reloj y sin señales de dinero, del tipo de dinero que se necesitaría para escenificar los elaborados crímenes con los que habíamos estado lidiando.

—¿Quién murió?

—James y Julie Stamford, además de Garrett Slade.

Marcus soltó una risa corta, negando con la cabeza. —Oí lo de Slade. Que le den. ¿Pero los Stamford también? Alguien está haciendo limpieza.

—¿No es muy fan de los Stamford ni de los Slade? —pregunté.

—No hay nada de lo que ser fan —replicó—. Honestamente, me sorprende que nadie se los haya cargado antes. —Sus ojos se agudizaron—. ¿Sufrieron?

Mantuve un tono de voz neutro. —No está claro en este momento. ¿Conoce a alguien que quisiera hacer daño a los Stamford o al señor Slade?

Resopló. —Quienquiera que estuviera en sus casas, probablemente. Joder. —Miró por encima del hombro y luego de nuevo a nosotras—. La verdad es que pensé que venían por Linnea.

Kate frunció el ceño. —¿Linnea?

—Linnea Porter —dijo él.

Se me encogió el estómago. Kate no conocía el nombre. Se lo expliqué: —Era otra niña de acogida que vivió tanto con los Slade como con los Stamford. Murió.

Marcus asintió. —Sí. Estuvo allí al mismo tiempo que yo. Mantuvimos el contacto durante un tiempo. Pero su novio no quería que anduviera con nosotros. Intentaba desintoxicarse. Estuvo limpia un tiempo, por lo que oí. Luego… bueno, desintoxicarse es difícil. Oí que tuvo una sobredosis el año pasado.

Algo no cuadraba. —Si tuvo una sobredosis, ¿por qué iba a pensar que le preguntaríamos por su muerte?

Arrugó la cara. —No sé. Fue raro. Y su novio también era un poco raro.

Intercambié una mirada con Kate. —¿Cree que su novio tuvo algo que ver con su muerte?

—No me sorprendería. Era muy controlador. No le gustaba que nos viera. La verdad es que no la vimos durante mucho tiempo y luego apareció justo antes de morir, buscando pillar algo. —Levantó ambas manos a la defensiva—. No es que yo haga eso. No consumo ningún tipo de droga.

—Tranquilo, señor —dijo Kate—. No estamos aquí por las drogas. Estamos aquí por un homicidio. No nos importan sus hábitos. Solo queremos averiguar quién está detrás de todo esto.

Marcus soltó una carcajada áspera. —¿Por qué? ¿Para poder darles una medalla? Esos cabrones tuvieron lo que se merecían. Díganme dónde están sus tumbas. Me gustaría bailar sobre ellas.

Miré a Kate, inquieta. Ella se inclinó ligeramente hacia delante. —Necesitaremos hablar con sus compañeros de piso, los que estaban en casa con usted anoche.

—Claro —dijo Marcus encogiéndose de hombros—. Quiero decir, puede que estén... ¿cómo decirlo?... un poco intoxicados. Pero son buena gente. Ahora vuelvo.

Se dio la vuelta y volvió a entrar, la puerta se cerró tras él.

Cuando Marcus desapareció dentro, Kate se movió a mi lado. —¿Qué te parece?

—No creo que sea nuestro asesino.

—Yo tampoco. —Se cruzó de brazos, exhalando lentamente—. No parece lo bastante sofisticado para llevar esto a cabo. Como dijiste antes, quienquiera que lo haya hecho es avispado. Inteligente. Psicópata, sí, pero calculador. Y necesitaría medios. Marcus no encaja en nada de eso.

—Exacto —dije—. Aun así, comprobemos su coartada.

—De acuerdo. Hablaremos con sus compañeros de piso, a ver qué dicen. Quizá le vigilemos a distancia. Pero luego pasamos al siguiente nombre de la lista.

—Entendido.

Después de hablar con los compañeros de piso de Marcus, que confirmaron que había estado en casa toda la noche, no tuvimos más remedio que creerles. Por muy poco fiable que pudiera ser un testigo borracho, nada apuntaba a Marcus como nuestro sospechoso. Nos despedimos y volvimos al coche.

Kate arrancó el motor. —Vayamos a casa de Devon Kane. Si no ha sido Marcus Farnsworth, entonces tiene que ser Devon Kane.

—¿Refuerzos? —pregunté.

Sonrió de medio lado, levantando una ceja. —¿Crees que necesitamos refuerzos?

—No tengo pensado que me peguen un tiro esta noche. ¿Y tú?

Sus labios se crisparon. —Creo que estaremos bien. Si algo parece peligroso, pediremos ayuda.

Aquello no me tranquilizó.

Mientras se alejaba de la acera, escribí un mensaje rápido a uno de mis chicos, preguntándole si estaba disponible por si necesitábamos apoyo. No iba a poner mi vida en manos de Kate Maddox. No del todo. Si Devon era nuestro asesino, no sería inteligente entrar sin refuerzos.

Empezaba a entender por qué ella y Natalie se llevaban bien. Ambas tenían una vena temeraria. Natalie se había marchado de la comisaría cuando su vida podía estar en peligro. Kate no era muy diferente. Quizá estábamos siendo demasiado precavidas con Natalie, pero la verdad era que estábamos cazando a un psicópata. Y los psicópatas tenían la costumbre de aparecer donde menos te lo esperabas.

—De acuerdo —mascullé, viendo pasar las oscuras calles—. Vamos a casa de Devon Kane.

Antes de que nos fuéramos, el teléfono de Kate vibró, y miró la pantalla. —Los técnicos han encontrado algo.

30

ÉL

La periodista estaba quemándose las pestañas, sin duda dándole los últimos retoques a su próximo artículo sobre el último doble homicidio. Me pregunté cómo me llamaría esta vez. ¿Un asesino en serie? ¿Un asesino relámpago? Los medios siempre usaban esos términos a la ligera, pero yo conocía la diferencia. Los había estudiado, ambos. Y me daba la sensación de que Natalie Sloane también lo había hecho. Probablemente sabía que un asesino relámpago actuaba con rapidez, pasando de una víctima a la siguiente en un breve estallido de violencia, a menudo en distintos lugares, sin una pausa real entre un acto y otro. Sucio. Caótico. Como un incendio forestal que arde con furia y se consume a sí mismo. Predecible en su imprevisibilidad. Y, al final, casi siempre olvidable.

Un asesino en serie era diferente. Un asesino en serie se dosificaba. Planeaba, calculaba y acechaba. Había paciencia y arte en ello, un ritmo que solo los más inteligentes podían mantener. Un asesino en serie no se limitaba a atacar sin más; controlaba la historia, la alargaba y exigía atención con precisión. Los había estudiado durante años; todos los casos que cayeron en mis manos. Los asesinos relámpago no eran más que niños impulsivos con una rabieta que usaban pistolas o cuchillos. No tenían el control.

Pero los asesinos en serie sí entendían la necesidad de tener el control. Dejaban acertijos. Exigían que se los comprendiera. Había algo casi elegante en ello. A veces, cuando leía sobre ellos, me sorprendía a mí mismo sonriendo. No es que buscase notoriedad. No oficialmente. Me decía a mí mismo que no se trataba de etiquetas, pero si la gente susurraba que era un asesino en serie al hablar de mí..., bueno, tampoco me importaría. Porque yo tenía una historia. Y necesitaba que Natalie Sloane la escribiera.

No me cabía duda de que Martina acabaría descubriendo la verdad: las atrocidades cometidas contra los niños de acogida, los secretos enterrados a conciencia. Pero no podía arriesgarme a que el departamento de policía lo barriera bajo la alfombra, que enterraran la historia como siempre hacían. La gente tenía que saberlo. Todo el mundo tenía que saberlo.

Solo faltaban unos días para Navidad. Cinco, para ser exactos. Cuatro para Nochebuena. El tiempo se agotaba y Natalie tenía que entender la narrativa.

El número de móvil de Natalie fue fácil de encontrar, demasiado fácil. De verdad que debería tomarse su seguridad personal más en serio. Una mujer joven que se subía a coches de desconocidos, que publicaba su ubicación en las redes sociales y que caminaba sola por la noche. Un mal viaje en un Uber y podría haber desaparecido sin dejar rastro. Por suerte para ella, llegó al edificio de su oficina. Por suerte para mí también.

La imagen y la información de Natalie estaban por todas partes. Las redes sociales eran una mina de oro. A los periodistas como Natalie les encantaba ser visibles. Les encantaba conseguir la exclusiva y difundirla a las masas. Esa era una información útil. Llamé a su número, pero como no contestó, le envié un mensaje.

Hola, Natalie. Tengo información interna sobre los últimos asesinatos. ¿Podemos vernos?

Hice una pausa.
Esperé.

Sonreí cuando su respuesta llegó casi al instante.

¿Quién es? ¿Cuándo y dónde?

Solté una risita.
Hacía las preguntas correctas, como la buena periodista de sucesos que era.
Respondí.

En su oficina, esta noche. Nos vemos en el vestíbulo.

Su respuesta llegó rápidamente.

¿Cómo sabré que es usted?

Miré el reloj. Las siete y media de la tarde. De un sábado. ¿Cuánta gente entraría en el edificio de su oficina a esa hora?

Metro ochenta y tres. Pelo oscuro. Ojos azules. Vaqueros azules. Abrigo negro.

Otra vibración.

¿Cómo debo llamarle?

Ah. Esa era la cuestión, ¿verdad? ¿Qué nombre darle?
Escribí.

Dexter.

No dudó.

¿A qué hora, Dexter?

20:00 h

Nos vemos a las 8.

Perfecto.

Un cara a cara con Natalie. Le iba a servir en bandeja todo lo que necesitaba. La verdad, con toda su fealdad, y la prueba de lo que esa gente había hecho. A quiénes habían hecho daño y por qué no merecían salirse con la suya. A través de sus palabras, el mundo por fin lo vería.

31

DETECTIVE KATE MADDOX

TODAVÍA EN EL COCHE, frente a la casa de Marcus, volví a llamar de inmediato al equipo técnico y puse el altavoz. Gideon era quien estaba revisando las grabaciones de las cámaras de tráfico de los barrios de Martina y Natalie.

—Gideon, estoy aquí con Martina. Está usted en altavoz. ¿Qué ha encontrado?

—Hemos localizado un vehículo que apareció por el barrio de Martina esta mañana —dijo—. El mismo vehículo ha aparecido cerca de la casa de Natalie esta mañana. Martina y Natalie no viven nada cerca la una de la otra, así que no tiene sentido que el mismo coche estuviera en ambas zonas sobre la hora a la que creemos que dejaron la felicitación de Navidad y la bola de nieve en sus porches.

Un subidón de adrenalina me oprimió el pecho. —¿Ha conseguido una matrícula?

—Sí.

—¿Una dirección? ¿Un nombre?

—Tenemos ambos. Se los envío a su móvil ahora.

—¿Qué puede decirme del nombre?

—El coche está a nombre de un tal Silas Mercer. Varón, veinticinco años. Sin antecedentes penales.

No habíamos oído ni visto ese nombre antes. ¿Quién era Silas Mercer? —Gracias, Gideon.

—De nada. Le envío los datos ahora mismo.

La llamada se cortó. Martina se giró hacia mí. —¿Qué piensas de eso?

—Pienso que es extraño —dije—. ¿Es posible que nuestro asesino esté colaborando con este Silas Mercer?

—No tengo ni idea. El nombre no ha aparecido por ninguna parte. Ni en los informes de los servicios sociales, ni en los expedientes de los niños de acogida, ni en nada con lo que me haya topado.

—Vamos a echar un vistazo. ¿Cuál es la dirección?

Revisé el mensaje que acababa de vibrar en mi móvil. —Parece que Orinda.

—¿Orinda?

Nuestras miradas se encontraron. Orinda era una comunidad acomodada, tranquila y pulcra. No era exactamente el tipo de lugar que esperarías que un asesino considerase su hogar. Pero, por otro lado, los peores monstruos tienen el mismo aspecto que cualquiera. Sobre todo los que tienen medios económicos. —Podría ser él.

—Quizá deberíamos pedir refuerzos.

Sopesé la idea, con el corazón latiéndome más deprisa. —Primero, pasemos con el coche. Echemos un vistazo. Si algo parece sospechoso, pediremos refuerzos antes de entrar. ¿Vale?

Asintió con rigidez. —De acuerdo. Vamos.

Mientras me alejaba de la casa de Marcus Farnsworth, el nombre de Silas Mercer bullía en mis pensamientos.

32

DETECTIVE KATE MADDOX

TRAS MANDARLE un rápido mensaje a Natalie para avisarle de que teníamos que ir a un sitio más antes de pasar a recogerla, me contestó.

No te preocupes. Seguramente necesite unas horas más para trabajar en el artículo. Tómate tu tiempo :-)

Ah, quién fuera joven otra vez, pensé.

Treinta minutos después, llegamos a Orinda Hills y aparcamos frente a una casa de dos plantas. El barrio era tranquilo, resguardado entre árboles, el tipo de lugar que rezumaba dinero y seguridad. Las luces de Navidad recorrían el contorno de la casa, brillando en la oscuridad de la noche. Un alto árbol de hoja perenne en el jardín estaba adornado con bolas y luces blancas, y su reflejo resplandecía débilmente en las ventanas. Una corona navideña colgaba pulcramente de la puerta principal.

Era un lugar apacible. Demasiado apacible.

—¿Tú qué crees?

—Creo que deberíamos entrar —dijo Martina, con la mirada fija en la casa—. Si es nuestro asesino, dudo que tenga un arsenal. Es

más probable que viva con sus padres.

Estaba de acuerdo y volví a estudiar la casa mientras salíamos del coche. Estaba en silencio bajo un dosel de altos robles y secuoyas. La entrada para el coche estaba vacía y las luces del interior, encendidas. Había alguien en casa. Nos acercamos con cautela al porche. Agucé el oído en busca de cualquier cosa fuera de lugar, como un ruido entre los arbustos, el correteo de un animal o el movimiento de las ramas que pudiera significar que alguien nos observaba. La zona boscosa que rodeaba la casa era densa y ofrecía muchos escondites.

La luz del porche nos iluminó la cara al acercarnos. Llamé a la puerta y luego retrocedí.

—Tomémosnoslo con calma —dijo Martina.

—Por supuesto —contesté, preguntándome si creía que no era capaz de mantener la calma.

La puerta se abrió. Un hombre de unos sesenta años apareció en el umbral. Llevaba una camisa de cuadros metida pulcramente por dentro de unos pantalones color caqui. Su expresión era educada, pero recelosa.

—¿Puedo ayudarlas?

Alcé la vista y me fijé en que en las esquinas del porche había cámaras de vigilancia, una orientada hacia la entrada del coche y otra en ángulo hacia la puerta principal.

—Sí —dije, sacando mi placa—. Soy la detective Maddox y esta es mi compañera. Buscamos a Silas Mercer.

El hombre frunció el ceño.

—Silas no está en casa.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Está fuera, en la universidad. Está haciendo la residencia en Oregón. Vuelve mañana para las vacaciones.

—¿Es usted su padre?

—Sí, soy Ted Mercer. ¿De qué se trata?

—Creemos que el coche de Silas puede haber estado implicado en un incidente —expliqué—. ¿Está aquí su coche?

El señor Mercer ladeó la cabeza.

—Debería estar en el garaje. Puedo abrírselo para que le echen un vistazo.

—Se lo agradecería.

La puerta se cerró y, momentos después, oímos el sordo rumor de la puerta del garaje al abrirse. Martina se acercó y dijo en voz baja:

—Bueno, si Silas está en Oregón, entonces no es él quien deja bolas de nieve ensangrentadas y postales de Navidad en nuestras puertas.

—Si es que está de verdad en Oregón —dije—. Que su padre lo crea no significa que sea cierto. Haremos que el equipo confirme su coartada. Mientras tanto, podemos preguntar quién más tiene acceso al coche.

Las luces del garaje se encendieron. Dentro, un garaje para tres coches relucía de puro orden. Las herramientas colgaban pulcramente de las paredes, había cajas de almacenaje apiladas contra la pared del fondo y, en la plaza central, un Toyota Camry azul oscuro. La matrícula coincidía. Ese era el coche de Silas Mercer.

Martina y yo intercambiamos una mirada.

—Este es su coche —dijo el señor Mercer antes de rodear el vehículo y darle una palmadita en el capó—. No le veo ningún daño.

—¿Hay alguien más que tenga acceso al vehículo?

—Técnicamente, sí. Mi mujer y yo. Pero no solemos conducir su coche. Puede que su hermano lo haya hecho, pero no sé por qué lo haría. Tiene su propio coche.

—¿Su hermano vive aquí? —pregunté, inclinándome hacia él.

—No. Mi otro hijo, Caleb, vive en Oakland.

Se me encogió el estómago.

—¿Ha venido Caleb de visita últimamente?

—Hace unas cuantas semanas que no viene.

—¿Sabe si el vehículo ha sido conducido en la última semana?

—No me parece.

Me incliné a creerle, o al menos a creer que él creía que era verdad. Parecía completamente desconcertado por nuestras preguntas.

—Este vehículo fue captado por una cámara de tráfico —dije con cuidado—. Así que alguien lo ha conducido. ¿Quién tiene acceso a su garaje? ¿Están ustedes siempre en casa?

—Pues no. Yo voy a la oficina de lunes a viernes y mi mujer también trabaja. Puedo preguntarle a ella si condujo el vehículo.

—Sí. Le agradeceríamos que pudiéramos hablar con ella.

—Claro, claro. ¿Por qué no me esperan en la entrada?

Volvimos hacia la puerta principal. El señor Mercer la abrió de par en par y nos invitó a pasar.

—Por favor, entren. ¿Les apetece algo, quizá un café o un té?

—No, estamos bien. Muchas gracias.

La casa estaba impoluta, moderna pero cálida. Un fuego ardía en el hogar del salón. Los calcetines de Navidad colgaban pulcramente sobre la repisa de la chimenea y las paredes estaban llenas de retratos familiares. Dos padres y dos chicos que supuse que eran Silas y Caleb.

Una mujer en chándal apareció desde la cocina, secándose las manos con un paño.

—¿De qué se trata? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Ella es la detective Maddox —dijo el señor Mercer, señalándome—, y su compañera. Solo tienen unas preguntas sobre el coche de Silas.

—¿Ah, sí? ¿En qué podemos ayudarlas? ¿Les apetece algo?

—No, estamos bien, señora —di un paso al frente—. Nos gustaría saber si ha conducido usted el vehículo de Silas. ¿O si alguien más lo ha conducido recientemente?

Ella negó con la cabeza.

—Yo no lo he conducido. De hecho, creo que no lo he conducido nunca. Es el coche de Silas.

El señor Mercer añadió:

—Yo tampoco lo conduzco. Y no creo que Caleb lo haya hecho.

Asentí lentamente.

—He visto que tienen cámaras de seguridad. ¿Hay alguna forma de ver la grabación para determinar quién ha cogido el vehículo?

La mujer parpadeó y luego dijo:

—Esa es una buena idea. Por supuesto. Fíjese qué curioso, nuestro hijo insistió en que las instaláramos, pero yo ni siquiera sé cómo funciona el sistema. Pero puedo ponerme en contacto con Caleb y preguntarle cómo acceder a las grabaciones. Puedo enviárselas. ¿Tiene una tarjeta de visita?

Le di una.

—Sí. Se lo agradeceríamos lo antes posible.

—Claro. Lo llamo ahora mismo. —La señora Mercer sacó el móvil, marcó y se lo llevó a la oreja. Los tres nos quedamos en silencio, con el único sonido del crepitar del fuego de la chimenea. Finalmente, negó con la cabeza—. No contesta. A lo mejor ha salido con sus amigos. Ya sabe cómo son los jóvenes. Sábado por la noche, podría estar con una chica o... simplemente por ahí.

¿Cometiendo asesinatos con temática navideña?

—De acuerdo. Bueno, ahí tiene mi tarjeta. En cuanto pueda conseguirme esas grabaciones, se lo agradecería.

—Sin problema. Lo que sea para ayudar —dijo el señor Mercer, acompañándonos de nuevo hacia la puerta. Luego, casi como si se le acabara de ocurrir, preguntó—: ¿En qué tipo de accidente se vio envuelto este vehículo? No tiene daños.

—Oh, no fue exactamente un accidente —dije—. Creemos que el vehículo pudo estar involucrado en un delito, o ser testigo de uno. Puede que la persona que lo conducía viera algo. Solo intentamos obtener toda la información posible.

El señor Mercer palideció ligeramente, pero asintió.

—Muy bien. En cuanto nuestro hijo nos devuelva la llamada, le conseguiremos esas grabaciones.

De vuelta en el coche, Martina soltó un suspiro, con los ojos fijos en mí.

—Tengo un presentimiento, Kate. Quienquiera que condujera ese coche podría ser nuestro asesino.

—Sí —dije, tamborileando en el volante—. Y podría ser Silas, Caleb o el propio señor Mercer. No tengo ni idea de cómo pueden encajar en los asesinatos, pero también haremos que el equipo saque más cámaras de tráfico para ver si podemos obtener una descripción del conductor.

—Mientras hacen eso, también necesitaremos que averigüen todo lo que puedan sobre los Mercer.

—De acuerdo.

Un silencio se extendió entre nosotras, probablemente cada una contemplando este nuevo giro de los acontecimientos. Tras una rápida llamada a Tatum, puse la marcha.

—Ahora, veamos si podemos encontrar a Devon Kane y conseguir algunas respuestas.

Este último hallazgo era desconcertante. ¿Acaso uno de los Mercer y Devon estaban trabajando juntos?

33

DETECTIVE KATE MADDOX

No había nadie en la dirección que teníamos de Devon Kane. Pero algo en mis entrañas me carcomía mientras estaba sentada en mi todoterreno. Algo que no entendía.

—Dejémoslo por hoy —dijo Martina, frotándose la sien—. Vamos a por Natalie y mañana nos reorganizamos.

Asentí. Pero una inquietud me atenazaba. Saqué el móvil y le envié un mensaje a Natalie.

Estamos de camino. Llegamos en quince minutos.

Sin respuesta.

Me quedé mirando la pantalla, esperando los puntitos que indican que alguien escribe. Nada.

—Seguramente sigue enfrascada en el artículo —dijo Martina, aunque su tono no me convenció.

Esperaba que así fuera, pero una corazonada me decía que no. Recé para equivocarme.

El trayecto hasta la oficina de Natalie se me hizo más largo de lo que debería. Para cuando aparcamos delante del edificio, presentí que algo no iba bien. Las luces del vestíbulo brillaban débilmente tras las puertas de cristal, pero el lugar parecía desierto.

Entramos deprisa y volví a mirar el móvil por si tenía algún mensaje de Natalie. No había ninguno. El hueco que sentía en el estómago se me hizo más profundo.

—¿Están buscando a Natalie?

Me giré y vi a Eli, su editor, que salía del ascensor. Nos habíamos visto un par de veces a lo largo de los años en varios eventos sociales. Era un hombre brusco y no solía ser la viva imagen de la amabilidad. Llevaba el abrigo colgado de un brazo y las gafas ligeramente torcidas, como si se hubiera quedado trabajando hasta tarde.

—Se suponía que iba a estar aquí —dijo Eli, frunciendo el ceño—. Pero, cuando he llegado, no la he encontrado por ninguna parte.

—¿No está en la oficina de arriba?

Negó con la cabeza. —He mirado por todas partes.

El corazón me martilleaba en los oídos. —¿Puede dejarnos entrar en la oficina?

—Por supuesto.

Lo seguimos hasta el ascensor y, cuando las puertas sonaron, salimos.

Pasó la tarjeta por el lector de la pared y las puertas de cristal se abrieron con un clic. La redacción se extendía ante nosotras, con dos hileras de escritorios con los monitores apagados. Solo un escritorio tenía un flexo encendido. El de Natalie. Me acerqué a toda prisa y vi su bolso colgado de la silla. Lo abrí y busqué dentro. Su móvil no estaba por ninguna parte. Su portátil también había desaparecido. Me quedé paralizada, con la vista fija en el espacio vacío del escritorio donde debería haber estado su portátil.

Martina susurró lo que yo no me atrevía a decir en voz alta: —No está aquí.

Las palabras me atravesaron como una bala. Natalie había desaparecido.

34

NATALIE

Me desperté de un respingo, arrancada de las garras de una terrible pesadilla. El pecho me subía y bajaba en estallidos rápidos e irregulares mientras mis pensamientos luchaban por encontrar un sentido. Parpadeé con fuerza, mientras mis ojos se adaptaban al tenue resplandor de una lámpara. A mi alrededor había lo que parecía un pequeño apartamento con muebles modernos. Estaba ordenado, casi demasiado ordenado. Una chimenea de piedra, una mesa de comedor puesta para dos y, en un rincón, un árbol de Navidad de tamaño mediano titilaba con cálidas luces blancas.

Mi mente intentaba desesperadamente reconstruir los hechos. ¿Cómo había llegado hasta aquí?

Me quedé mirando el árbol, y el borrón de sus adornos se fue enfocando a medida que recuperaba la memoria. Sentada en mi escritorio. Trabajando en mi artículo sobre el doble homicidio. Eso fue anoche. ¿Seguía siendo de noche? ¿Qué hora era? ¿Dónde estaba?

Entonces recordé el mensaje, la fuente anónima, el que se hacía llamar Dexter. ¿Por qué narices había accedido a quedar con alguien con ese nombre?

Pero lo había hecho. Recordaba haber bajado al vestíbulo del edificio de mi oficina, restándole importancia. No parecía peligroso,

había cámaras de seguridad por todas partes. ¿Qué podía salir mal?

Entonces lo vi.

Dexter. Alto, pelo oscuro, ojos azules y brillantes. Guapo. Delgado, con un atisbo de músculo bajo su chaqueta entallada. Mi primer pensamiento fue que era guapísimo. Pero entonces algo cambió. Alargué la mano para estrechársela. Su apretón fue cálido y firme. Eso fue lo último que recordaba antes de que el mundo se inclinara y se disolviera en la negrura.

Se me encogió el estómago.

¿Podría ser él el asesino?

Había investigado mucho sobre asesinos en serie. Sabía de sobra que no debía fiarme de las apariencias. Guapo o no, no importaba. Podían seguir siendo unos psicópatas que descuartizaban cuerpos, metían gente por chimeneas, escenificaban asesinatos en cenas o hacían cosas horribles en bañeras antes de decorar la escena como una retorcida celebración navideña.

Temblando, me acomodé en el sofá y me palpé los bolsillos. Vacíos. Mi móvil había desaparecido. Mi mirada volvió a la mesa del comedor. Allí había un portátil. ¿Mi portátil? ¿Por qué lo habría conservado? ¿Y qué había hecho con mi móvil?

Me puse en pie con las rodillas temblorosas y la habitación inclinándose ligeramente. Me daba vueltas la cabeza. Una niebla se aferraba a mí, pesada y desorientadora. Debía de haberme drogado, igual que en la serie Dexter.

¿Cómo había podido ser tan tonta? En serio. ¿Por qué no le había dicho a nadie que iba a reunirme con él?

Si sobrevivía a esto, me prometí a mí misma que sería una lección grabada a fuego. No volver a quedar con una fuente sin que alguien supiera adónde iba. Y la próxima vez, si es que había una próxima vez, seguiría el consejo de Kate y empezaría a llevar una pistola táser. O al menos una porra extensible.

Me serené, con el corazón desbocado, y obligué a mis piernas a llevarme a la mesa del comedor. El portátil parecía idéntico al mío, el mismo modelo arañado que arrastraba a todas partes. Levanté la tapa. Sentí un gran alivio. Podría enviar un mensaje pidiendo ayuda.

Pero el alivio se evaporó al instante. No había wifi. No tenía móvil y, por lo tanto, no podía crear un punto de acceso.

Se me cortó la respiración al oír de repente unos pasos. Levanté la vista, y el miedo me recorrió por dentro. Los pasos se acercaban. —Ya se ha despertado. Excelente —dijo con una sonrisa.

Ay, Dios mío. Me había secuestrado, y ahora me sonreía como si fuera una educada reunión para tomar un café. —¿Qué me ha hecho? ¿Adónde me ha traído? ¿Dónde está mi móvil?

—Ah, Natalie. —Su tono era casi afectuoso, pero condescendiente—. Tiene muchas preguntas, y eso me gusta de usted. Me gustan las agallas y las preguntas difíciles. Pero no nos centremos en eso ahora. Soy su fuente anónima y voy a hacerla famosa.

¿Famosa? ¿Famosa por haber sido asesinada por un asesino en serie? No, gracias.

—No se preocupe, Natalie. Solo necesito que escriba la historia. Por eso tengo su portátil.

Estaba trastornado. Eso estaba claro. Probablemente psicótico, sí, pero no sin un propósito. Mis investigaciones me lo habían confirmado. No iba a por cualquiera. Padres de acogida. Trabajadores de los servicios sociales. Gente ligada al sistema. Quizá de niño le habían fallado, aunque al mirarlo ahora no encajaba en el perfil de la mayoría de los que sobrevivían a ese destino. Iba pulcro, aseado e impecable. El tipo de hombre que pasa desapercibido, que parece encajar en cualquier sitio. Y eso era lo que le hacía tan peligroso.

Lo planeaba todo. El primer asesinato fue hace más de una semana y todavía no lo habían atrapado. Sin pruebas físicas, sin errores descuidados. Era meticuloso. Inteligente. Mucho más inteligente de lo que yo había sido, teniendo en cuenta que había caído de cabeza en su trampa.

Me obligué a hablar con voz firme. —¿Qué historia es esa? ¿Qué quiere que escriba exactamente?

—Por favor, tranquilícese, Natalie. —Su sonrisa se ensanchó—. No tengo intención de hacerle daño. Pero tampoco tengo intención de ir a la cárcel.

Se me oprimió el pecho. —Me ha dejado ver su cara. Por supuesto que va a matarme.

Negó con la cabeza, riendo suavemente. —No, no, no, Natalie. Lo único que tiene es mi cara. —El sonido de su risa, demasiado despreocupado, demasiado fácil, me produjo un escalofrío. Explicó —: Puedo cambiar de aspecto, y puede que lo haga. Sinceramente, ni siquiera tengo el mismo aspecto que hace tres semanas, antes de que empezara todo esto. Esa es la belleza de la planificación.

Tragué saliva.

—Se están acercando, ¿sabe? —continuó—. La policía. Creo que entienden la conexión con los niños de acogida.

—¿Estuvo usted en una casa de acogida?

Se sentó en la silla de enfrente, sus ojos azules sin pestañear. —No. Esa no es mi historia. Pero desprecio un sistema negligente que arroja a los niños a los lobos y no se molesta en ver si están a salvo.

—¿Así que es usted un justiciero?

Se encogió de hombros, casi con indiferencia. —Realmente no quiero hacer daño a los inocentes. Pero esa gente no era inocente, Natalie. Tiene que entenderlo. Tiene que usar su escritura para explicarlo.

—¿Y si me niego? —La garganta me ardía mientras forzaba la pregunta.

Su sonrisa se desvaneció ligeramente, sustituida por algo más frío. —¿Por qué iba a negarse? Esto es importante. Noto por sus artículos que tiene corazón. Tiene lo que hay que tener para contar la historia como debe ser contada.

—Vale —dije con vacilación—. ¿Y no piensa matarme?

—No tengo pensado hacerlo —dijo con calma—. Así que, por favor, no me dé un motivo para cambiar de plan. No me gusta que mis planes cambien. ¿Entendido?

Apreté los puños y asentí.

—Bien.

La sonrisa regresó, y era muy inquietante. —Ahora —dijo, inclinándose hacia delante—, ¿por dónde empiezo?

Se me revolvió el estómago y me preparé para lo que vendría a continuación.

35

MARTINA

A KATE PARECÍA que iba a estallarle la cabeza. Y era comprensible. Parecía que se habían llevado a Natalie. Pero no teníamos pruebas de ello. Teníamos que mantener la calma, aunque era más fácil decirlo que hacerlo cuando se trataba de una amiga íntima o un ser querido. Por lo que yo sabía, Kate no tenía muchos.

El hombre que estaba con nosotras, supuestamente el editor de Natalie, Eli, como se había referido Kate a él, se movía nervioso. Me volví hacia él.

—¿Hay cámaras de seguridad en el edificio?

—Sí, las hay. Unas cuantas.

—¿Podemos acceder a ellas?

—Tendré que llamar al administrador del edificio.

—Pues llame. Es una emergencia. Necesitamos saber si se han llevado a Natalie o si simplemente está trabajando en una cafetería y no mira el móvil.

—Llamaré ahora mismo. —Se marchó a toda prisa, buscando ya el móvil a tientas.

Me volví de nuevo hacia Kate. —No podemos dejarnos llevar por el pánico. Vamos a encontrarla. Todo esto podría ser un gran malentendido.

Kate negó con la cabeza, con los ojos como platos.

—No lo creo.

—Bueno, ¿recuerdas cuando antes pensamos que había desaparecido, pero resultó que estaba absorta en su artículo y no había visto los mensajes?

Kate no se inmutó.

—Te dijo que no iba a salir del edificio. Pero también nos dijo que se quedaría en tu mesa, y no lo hizo. En lugar de eso, cogió un VTC para volver aquí. A lo mejor ha ido a algún sitio a picar algo.

—No lo creo. Creo que podría estar en manos de un asesino —dijo Kate sin rodeos.

Eché un vistazo a la oficina. Todo parecía normal. Los papeles estaban apilados ordenadamente y las sillas, metidas debajo de los escritorios.

—No hay señales de forcejeo.

Kate se pasó los dedos por el pelo mientras miraba fijamente el escritorio de Natalie. —Tienes razón. Salió de esta oficina por voluntad propia, o con alguien de confianza. Las grabaciones de las cámaras nos dirán con quién.

—¿Tiene novio? ¿Algún otro amigo íntimo con el que pudiera haber quedado? ¿Una fuente?

La mirada de Kate recorrió la sala. —No tiene novio. Nada serio, en cualquier caso. No tiene muchos amigos.

—No tenemos mucho de lo que tirar hasta que consigamos las grabaciones de vigilancia del edificio. ¿Por qué no hablamos con el equipo a ver si han encontrado algo nuevo?

—Tienes razón. Voy a llamar para decirles que creemos que Natalie podría haber desaparecido.

Esperé en silencio mientras llamaba al equipo.

Se le enrojeció la cara al terminar la llamada. —Acaban de verificar que Silas estaba en Oregón, como dijo su padre. Y todavía no han conseguido las grabaciones de las cámaras de tráfico, pero sí han verificado el empleo del señor y la señora Mercer, aunque a estas horas no pueden localizar a nadie para determinar si se han ausentado del trabajo. Todavía no han investigado a Caleb.

Reprimiendo mi frustración, saqué el móvil. —Eso deja a Caleb como nuestro conductor más probable. Voy a llamar a Selena.

Siempre está trabajando. Incluso cuando no lo está, tiene el portátil a mano y está lista para ponerse a investigar. Puede sacar una dirección y los antecedentes de Caleb rápidamente.

Kate asintió con rigidez. —Tenemos que encontrarla.

—Lo haremos.

—Eso no lo sabes —espetó Kate.

—Mira —dije, tratando de controlar mis emociones—. Sé que esta es la peor situación posible.

—¿Ah, sí?

—Sí —mi voz salió más dura de lo que pretendía—. A mi hija la secuestraron. —Entonces le conté la versión abreviada de la historia, antes de decir—: Así que sí, Kate, sé lo que se siente. Es aterrador y te hace perder la cabeza. Tomas decisiones que normalmente no tomarías, por el estrés y el miedo por alguien a quien quieres. Pero te prometo una cosa, cuando digo que vamos a encontrar a Natalie, es que vamos a encontrarla.

Los hombros de Kate se hundieron una fracción. Asintió, y yo llamé a Selena.

Respondió casi de inmediato. —¿Martina, qué pasa?

—¿Tienes el portátil a mano?

—Sí.

—Bien. La periodista que ha estado escribiendo sobre los asesinatos puede que haya desaparecido.

—¿Qué puedo hacer?

—Necesito todo lo que podamos encontrar sobre un tal Caleb Mercer. Creemos que vive en Oakland.

—Entendido. ¿Dirección, número de teléfono, antecedentes penales?

—Empieza con la dirección y el número de teléfono, y cualquier cosa que nos ayude. Creemos que puede ser la persona que conducía el vehículo que dejó esos regalos en nuestras puertas. No lo sabemos con seguridad, pero mi instinto me dice que es la pista que debemos seguir. Si Natalie ha sido secuestrada, encontrarlo es nuestra mejor oportunidad de encontrarla a ella.

Kate rondaba cerca, nerviosa, caminando en círculos cortos y apretados. No la culpaba.

—Vale —dijo Selena.

Oí el rápido tecleo y, unos minutos más tarde: —Tengo un par de direcciones. Una en Oakland, una en San Francisco y una en Orinda.

—Sus padres viven en Orinda. ¿Qué puedes decirme de las direcciones de Oakland y San Francisco?

—Ambas parecen ser edificios de apartamentos.

—Háblame de la de Oakland.

—Está en el centro. Un edificio bastante bueno.

—¿Y para aparcar?

—Parece que tiene un garaje abajo.

—Vale. ¿Y el apartamento de San Francisco?

—Dame un minuto… —Podía oír a Selena teclear rápidamente al otro lado—. También es un buen edificio. Garaje subterráneo. Podría aparcar allí fácilmente y subir a alguien en el ascensor.

Un escalofrío me recorrió la espalda. —Eso tiene sentido. —Me alejé de Kate para que no pudiera oírme—. Otra cosa con la que quizá puedas ayudarnos... si puedes acceder a las cámaras de tráfico de los alrededores del edificio de oficinas de The Bay Insider, podría ayudarnos a ver con quién se fue y el vehículo que la transportó. Estamos intentando conseguir las grabaciones de las cámaras del vestíbulo a través del administrador del edificio, pero la cobertura exterior podría darnos más, y el acceso de la policía de Oakland a las cámaras de tráfico es un poco lento para mi gusto.

—Mándame la dirección por mensaje.

—Hecho.

—Puede que tenga que pedirle ayuda a Vincent.

—Llama a quien necesites. Y comprueba, con discreción, sus finanzas y haz una búsqueda de antecedentes más amplia, más allá de lo que aparecería en un informe policial. Supongo que no encontraremos antecedentes penales.

—Entendido.

Terminé la llamada y rápidamente le envié un mensaje con la dirección a Selena, mis dedos se movían más rápido que mis pensamientos. Volví junto a Kate. —Mi equipo está en ello —dije—. Tenemos un par de direcciones de Caleb. Una en Oakland y otra en San Francisco. Podemos decidir cuál comprobar primero.

—Oakland está más cerca —dijo Kate—. Empecemos por ahí. El administrador del edificio puede llamarnos cuando consiga las grabaciones de seguridad. —Se miró el reloj—. Son casi las diez de la noche.

Asentí. —A veces hay que llamar a las puertas a las diez de la noche. ¿Y sabes qué? No pasa nada. Yo voy armada. Tú vas armada. ¿Lista?

Antes de que pudiera responder, Eli corrió hacia nosotras con el rostro pálido. —No he podido localizar al administrador —dijo—. Le he dejado un mensaje, pero seguiré intentándolo.

—Gracias. Llámenos si le responde. Nosotras nos vamos a empezar a comprobar posibles ubicaciones.

—Lo haré.

—Tome. —Saqué una tarjeta de visita del bolsillo de mi abrigo y se la di—. Lláme.

Sus ojos iban de una a otra, irradiando ansiedad. —¿Van a encontrarla, verdad?

—Vamos a encontrarla. —Hablaba completamente en serio con cada palabra que les había dicho a Eli y a Kate. No pararía hasta que encontráramos a Natalie y detuviéramos a este asesino.

36

DETECTIVE KATE MADDOX

EL MIEDO ME ATENAZABA. Era una sensación a la que no estaba acostumbrada y no me gustaba nada. No había mucha gente en este mundo que me importara tanto como Natalie. Era como una hermana pequeña, alguien a quien se suponía que debía proteger. Alguien a quien debería haber protegido. No sabía qué haría si no estaba a salvo.

Martina intentó calmarme, recordándome que era posible que Natalie ni siquiera estuviera desaparecida. Racionalmente, comprendía que aún no teníamos pruebas. Pero las dos sabíamos que teníamos que ir a ver a Caleb Mercer de todos modos. Eli se quedaba en la oficina por si Natalie volvía y para seguir presionando a la administración del edificio para que nos diera las grabaciones de seguridad. Esas grabaciones nos dirían si se había marchado por su propio pie o si alguien se la había llevado a la fuerza.

Aun así, todo en mi interior me gritaba que estaba en peligro. Lo sentía en los huesos. Solo la bola de nieve, ese objeto espeluznante manchado de sangre, era suficiente para decirme que debía preocuparme. Mi móvil vibró contra la consola. Contesté por el manos libres.

—Hola, Tatum. Soy Maddox. Está en el manos libres.

—¿Se sabe algo de Natalie?

—No. Vamos de camino al apartamento de Caleb Mercer en Oakland. Podría estar implicado.

—El equipo acaba de empezar a investigar sus antecedentes. De momento, está limpio. ¿Cree que es nuestro asesino?

—Podría ser nuestro hombre o no. Pero es un nombre y nuestra mejor pista hasta ahora.

—Avísenos si necesita refuerzos.

—Lo haré. ¿Alguna novedad del laboratorio o del equipo de investigación?

—Nos acaba de llegar el ADN de la sangre de la bola de nieve. Coincide con el de James Stamford, una de las víctimas de la tercera escena del crimen.

Solté el aire lentamente.

—Así que ahora sabemos que fue el asesino quien la dejó en el porche de Natalie.

—O se la dio a otra persona para que la dejara. En cualquier caso, está claramente conectado con la escena.

—¿Alguna huella?

—Ni huellas. Ni fibras. Pero la policía científica dice que parecía que la cena se había preparado poco antes de que murieran las víctimas. El forense estima la hora de la muerte entre las diez y las doce de anoche, hace unas veinticuatro horas. Pero aquí viene lo raro. No había ninguna señal en ninguna de las víctimas de que hubieran estado cocinando. Ni salpicaduras de comida, ni restos de alimentos en sus manos o bajo las uñas. Y la cocina estaba libre de huellas dactilares, salpicaduras, y no había platos en el fregadero.

Fruncí el ceño.

—¿Pudieron haber limpiado todo y después ducharse y cambiarse de ropa?

—No es probable. Es más probable que nuestro sospechoso los matara y luego se diera un festín en su casa.

La idea me revolvió el estómago.

—Eso es… raro.

—Gray y Rodriguez han estado interrogando a la familia y a los amigos. Nadie tenía pensado ir a cenar a casa de los Stamford. Así

que sí, creemos que el asesino entró y los mató antes o después de empezar a cocinar.

—¿Y qué hay de otras fibras? ¿Algo sobre el traje de Papá Noel de la primera escena del crimen? Ese era único.

—Hemos rastreado el traje por internet. Ya se han solicitado los registros de clientes de la empresa, pero aún no hay respuesta.

—¿Y la balística?

—Debería llegar pronto. El doctor Lang ya ha extraído las balas de las víctimas. El laboratorio está trabajando toda la noche. Nadie quiere a un asesino en serie suelto por la bahía en Navidad, ni en ningún otro momento, para el caso.

—Llámeme si encuentra algo más.

—Lo haré. Y, si necesita refuerzos, no dude en llamar.

Con un suspiro, dije:

—De acuerdo — y colgué.

Miré a Martina.

—¿Por qué se la llevaría? —Solo podía pensar en Natalie. La ciencia forense no nos servía prácticamente de nada en esta situación.

—Creo que quiere que cuente su historia. Y, si se la ha llevado, la ha llevado a algún sitio para que escriba el artículo.

—¿Y luego qué hará con ella?

Martina se encogió de hombros.

—A saber. Puede que no quiera hacerle daño, pero que sienta que no tiene otra opción. Es importante que la encontremos, y rápido.

Obviamente.

Distraída por la conversación, pegué un frenazo cuando un semáforo se puso en rojo delante de nosotras. El pecho se me clavó en el cinturón de seguridad y resoplé con fuerza.

—Perdona.

—¿Quieres que conduzca yo?

—Ya casi hemos llegado.

Instantes después, vi el edificio de apartamentos de Oakland y me metí en un aparcamiento justo enfrente, un pequeño milagro a estas horas. Gracias, karma.

Nos dirigimos a las puertas del vestíbulo y vimos que estaban cerradas; solo se podía acceder con llave. Martina ladeó la cabeza.

—¿Por qué no miras para otro lado un momento?

—¿Qué quieres decir?

—Mira para otro lado. A lo mejor la puerta está abierta —guiñó un ojo.

Martina nunca me había parecido del tipo turbio, pero era una investigadora privada. Dijo que haría lo que fuera necesario para recuperar a Natalie. Tal vez sus métodos no fueran exactamente legales, pero en este momento no me importaba, solo quería que Natalie estuviera a salvo. Así que, si me decía que mirara para otro lado, iba a hacerlo. Oí un leve clic y me obligué a no mirar por encima del hombro.

—Mira —dijo Martina un momento después—. La puerta está abierta.

Me giré y le eché una ojeada.

—Hay cámaras de seguridad.

—No pasa nada —sonrió con suficiencia, entrando ya.

Localizamos la escalera y corrimos hacia ella. El apartamento estaba en el tercer piso. Empujé la puerta y subí los escalones de dos en dos. Martina se apresuró a seguirme. Me sacaba diez años, pero estaba en muy buena forma. Me alegré de que pudiera seguirme el ritmo.

En el tercer piso, abrí la puerta de un tirón y la sujeté para que pasara. Tenía el arma en la mano, a un lado, y el pulso me retumbaba en los oídos mientras avanzábamos por el pasillo.

Apartamento 327.

Levanté el puño y llamé.

Nos recibió el silencio. Martina se acercó y volvió a llamar. Nos quedamos quietas, escuchando cualquier señal de vida en el interior.

—No creo que haya nadie dentro —susurré.

—Yo tampoco lo creo —dijo Martina. Luego sus ojos se encontraron con los míos—. Pero me gustaría saberlo con certeza. ¿Por qué no te das un paseo?

Sonreí levemente.

—Solo miraré para otro lado.

Quizá había una parte de mí que podría acostumbrarse a esta vida de investigadora privada, trabajando al margen de la ley para hacer lo que había que hacer.

—Mira tú por dónde —dijo Martina un instante después, abriendo la puerta—. Está abierta.

Siguiéndole el juego, dije:

—¿Has oído eso?

Martina ladeó la cabeza.

—¿Creo que alguien está pidiendo ayuda? Se oye como un murmullo.

No solía actuar al margen de la ley, pero estas no eran circunstancias habituales. Armas en alto, entramos. El lugar era pequeño. Un árbol de Navidad se alzaba en una esquina, decorado en rojo, amarillo, verde y azul, con una estrella dorada en la punta. Las paredes estaban llenas de fotos familiares, igual que en la casa de los Mercer en Orinda. Registramos el apartamento rápidamente. No tardamos mucho. No era un sitio grande.

—No está aquí —dijo Martina con rotundidad cuando nos reunimos de nuevo en el salón.

—Tenemos que ir a San Francisco.

Asentimos, salimos del apartamento y nos preparamos para lo que venía después. Al llegar a la calle, pensé: ¿Dónde estás, Natalie? Volví a mirar el móvil, rezando por recibir un mensaje suyo. No había ninguno.

37

ÉL

Natalie era una persona interesante. Parecía tranquila, más rápida de lo que esperaba con el teclado mientras tecleaba en su portátil. Por supuesto, estaba frustrada porque le había desconectado el wifi y bloqueado cualquier posibilidad de crear un punto de acceso. Su móvil estaba sellado en una bolsa de Faraday. Nadie la rastrearía a través de las señales de telefonía o el GPS. No hasta que hubiera acabado con ella.

Era guapa a su manera. No iba emperifollada como otras mujeres de su edad. Era auténtica. Una parte de mí quería conocerla mejor. ¿Y por qué no? Teníamos toda la noche.

Sentaba bien hablar. Contar mi historia en voz alta. Nadie más quería escucharla, pero la gente necesitaba saber. Sí, mis crímenes podían parecer espantosos y quizá no lo entendieran al principio, pero Natalie me ayudaría a que lo entendieran. Yo no era un asesino sádico que disfrutara asustando a la gente. Tenía un propósito. Un impulso. Una misión. Era un trabajo importante.

Yo no era como esos otros asesinos. No como Ted Bundy, que elegía a las mujeres como presas y las usaba para sus propios y enfermos deseos antes de asesinarlas. Asqueroso. O John Wayne Gayce y tantos otros. Monstruos que llevaban una doble vida —familia, iglesia, hijos— mientras torturaban y mataban en secreto a

inocentes. Me viene a la mente BTK, Dennis Rader. Lo tenía todo y, aun así, ataba, torturaba y mataba. Incluso a un niño. A inocentes.

Yo no mataba a inocentes. No a menos que fuera absolutamente necesario. Y nunca lo fue.

Natalie estaría bien, siempre y cuando cumpliera su parte del trato. Si no se resistía, si no intentaba contactar con nadie después, si no gritaba ni intentaba escapar, entonces viviría. Pero podía ver la lucha en sus ojos. Si me presionaba, nuestro acuerdo podría acabar en un baño de sangre. Y en tener que limpiar. Limpiar era un auténtico fastidio. No era una parte que disfrutara.

Pero las secuelas, eso era otra cosa. Después de eliminar a uno de esos parásitos desgraciados que habían hecho daño a tantos otros, me sentía… despejado. Sereno. Como al terminar una meditación.

Con los Stamford no había sido distinto. Quería que tuvieran esa cena de Navidad. Era parte de la escena que estaba montando y, en cierto modo, fue catártico. Siempre me había gustado cocinar. Aunque nunca había tenido a mucha gente para la que cocinar. Mi familia, a veces, aunque eran agobiantes. Siempre encima de mí, siempre exigiendo. La universidad. La facultad de Derecho. Derecho mercantil, como papá. Y sí, lo hice. Pero lo odiaba. El sueldo era bueno, claro. El horario flexible me daba tiempo; tiempo para planear algo con sentido.

A diferencia de otros asesinos, yo no destruía vidas por diversión. El resultado de mi trabajo era simple. Mi trabajo mejoraba el mundo para los demás.

—¿Cómo va eso, Natalie?

No levantó la vista.

—Va bien. Normalmente hago varias rondas de correcciones, así que esto podría llevar un rato. Quiero que quede perfecto.

Al principio estaba aterrorizada, pero ahora parecía casi revitalizada. Quizá ese era su aspecto siempre que escribía un artículo. ¿Se daba cuenta del honor que le había concedido? ¿Un relato de primera mano del que se convertiría en un famoso asesino en serie? Por supuesto, no podía llamarme Dexter. Se reirían de ella en la redacción. No sabía mi nombre, mi vida, mi ubicación, y la

policía tampoco. Esa era la ventaja de ser más listo que casi todo el mundo.

Superar en ingenio a la detective Kate Maddox no suponía un reto, como tampoco a Martina Monroe. No me malinterpreten, sentía el máximo respeto por Martina Monroe; era avispada e implacable. Pero no tenía mi inteligencia, ni mi previsión, ni mi planificación. Cuando saliera el artículo de Natalie, lo verían. Sabrían dónde mirar. Lo entenderían. No tendrían más remedio que actuar. Que cambiar el sistema. Que salvar a los niños.

—¿Le traigo algo, Natalie?

—Me encantaría un poco de agua.

—¿Tiene hambre? Tengo algunos aperitivos, aunque no son de lo más sano.

—Claro. ¿Qué tiene?

No me tenía miedo, no de verdad. No en la superficie. Eso jugaría a mi favor. Volví con galletas, una bolsa de patatas fritas y una botella de agua de plástico. Todo ese embalaje era un despilfarro, sí, pero no dejar rastro era más importante.

—Aquí tiene. Hagamos una pausa.

—Vale. —Abrió la bolsa de patatas y desenroscó el tapón del agua. Bebió un sorbo y luego dio un bocado—. Entonces… ¿por qué yo?

Sonreí.

—Leí sus otros artículos. Especialmente «Sangre en el muérdago». Muy perspicaz. Las fiestas son estresantes, Natalie. La mayoría de la gente no se da cuenta.

—Gracias. Entonces, después de esto, cuando termine, ¿me dejará marchar?

—No se preocupe por eso. Mientras cumpla su parte del trato, está a salvo.

Vaciló, mordiéndose el labio. Casi podía ver las preguntas arremolinándose en su mente.

—Puede preguntarme lo que quiera, Natalie. Le diré lo que pueda.

—¿Y si… y si alguien como Kate o Martina nos encontrara? ¿Qué haría entonces?

Sonreí, divertido.

—No lo harán.

—Pero si lo hicieran…

—No lo harán —repetí, más tajante esa vez—. Kate Maddox es emocional. Deja que sus sentimientos le nublen el juicio. Es demasiado impulsiva para atraparme. Y Martina Monroe, ella es lista, se lo concedo. La respeto. Pero ser lista no es suficiente. No contra mí. Lo he planeado todo.

Natalie tragó saliva y la nuez le subió y bajó por la garganta.

—Mientras cumpla su parte del trato —continué con suavidad—, está a salvo. Nadie va a venir, Natalie. No esta noche. No hasta que haya acabado con usted.

Apartó la mirada, en silencio, y dejé que el momento se alargara antes de reconducir la conversación.

—He estado pensando en una pregunta que me ha hecho antes —dije—. Por qué mataba como lo hacía. Llegaremos a eso. Pero primero, háblame más de usted. ¿Qué la impulsa como periodista de sucesos? Se le da bien. Tiene una amiga íntima en el cuerpo de policía. ¿Por qué lo hace?

—Bueno, supongo que quiero que la gente conozca los peligros que hay ahí fuera. Que tomen precauciones. No es que deba recaer en los individuos la responsabilidad de evitar que los maten o los hieran, pero es bueno ser precavido. También me gustaría que la gente entendiera el impacto de la delincuencia. Si alguien está pensando en cometer un delito, como un robo, debería saber lo que les supone a las víctimas. La forma en que destroza un hogar, una sensación de seguridad. Quizá se lo pensarían dos veces. Quizá no. Quizá solo soy una soñadora.

La estudié. Era fascinante.

—Eso es interesante, Natalie. Escucha mucho sobre crímenes reales, ¿verdad?

—Sí. Pódcasts. Documentales. Libros. Memorias.

—Quizá usted y yo nos parecemos más de lo que cree. Yo hago lo mismo.

Ladeó la cabeza.

—¿De verdad?

—Sí. Así es como elaboré mi plan. Leyendo sobre otros asesinos. ¿Y sabe de qué me di cuenta? La mayoría son simple escoria. Yo no. Yo tengo un propósito. Y usted también.

Enarcó las cejas.

—Lo digo en serio. Creo que la vida le traerá grandes cosas, Natalie. Y cuando la policía resuelva esto, cuando finalmente junten las piezas, será gracias a su artículo. Quiero que trabaje con Martina Monroe. La he seguido durante años. Ha sacado a la luz muchas atrocidades. Puede ayudarla a llevar esto más lejos.

Natalie asintió lentamente.

—Bien. —Me recosté, satisfecho—. Entonces, ¿qué hace para divertirse?

Esbozó una media sonrisa.

—¿Divertirme? Sinceramente, veo la tele, documentales, pódcasts… voy al gimnasio. Quedo con Kate.

—Mucho trabajo y poca diversión —bromeé.

—Mi trabajo puede ser absorbente.

—Puedo entenderlo.

Me miró, con la curiosidad encendida.

—¿A qué se dedica?

Solté una risita.

—Oh, eso es aburrido. Créame. Lo que estamos haciendo aquí es mucho más importante. Mucho más interesante. Ya lo verá.

38

MARTINA

Las luces del puente de la Bahía refulgían mientras cruzábamos hacia el centro de San Francisco. Era una noche clara y preciosa, si obviabas el hecho de que había un asesino suelto. Me vibró el móvil. Lo cogí de un tirón.

—Selena, ¿qué has encontrado?

—Estoy aquí también con Vincent —dijo ella.

—Hola, Vincent.

—Hola, Martina —dijo él—. Tenemos una descripción. No hay duda de que se la han llevado.

Se me encogió el estómago.

—¿Qué ha pasado?

—Se ve en una cámara de tráfico de la otra acera —explicó Selena—. Se reunió con alguien, se dieron la mano. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, le inyectó algo en el cuello. Ella se desplomó y él se la llevó en brazos por la puerta principal. No cabe la menor duda, la secuestraron.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—¿Habéis visto en qué coche la ha metido?

—Y tanto que sí —dijo Vincent.

Miré a Kate de reojo, con el pulso desbocado.

—El coche está a nombre de Caleb Mercer —continuó Selena—. Ya tenemos marcadas las direcciones de Oakland y San Francisco. ¿Las habéis comprobado ya?

—Hemos ido a la de Oakland. El apartamento estaba vacío —dije —. Vamos de camino a la de San Francisco ahora.

—¿Queréis que vayamos para cubriros las espaldas? —preguntó Vincent.

—No sería mala idea.

—¿Y la policía de Oakland?

Negué con la cabeza, aunque no pudieran verme.

—No es que tengamos una causa probable. No con la forma en que hemos conseguido la identificación.

—Cierto, cierto —dijo Vincent—. De acuerdo. Nos vemos en la dirección de San Francisco.

—Gracias, Vincent. Gracias, Selena. —Colgué.

Los ojos de Kate se volvieron hacia mí.

Asentí y dije:

—Es él. Caleb Mercer. Se la ha llevado.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

Le expliqué lo que Selena y Vincent habían encontrado en la grabación de la cámara de tráfico: la inyección y el secuestro.

Kate me miró de soslayo.

—Ya veo cómo haces tu trabajo.

—El énfasis está en hacer el trabajo.

—Por mi parte no vas a encontrar ninguna pega —dijo—. ¿Van a reunirse con nosotras allí?

—Tardan unos treinta minutos. Si esto se tuerce, tendremos a Vincent y a Selena de apoyo. Y podemos llamar a más si hace falta.

—Debería avisar —dijo Kate—. Al menos, para que sepan adónde vamos.

—Sí. Pero no tenemos causa probable legal para entrar a saco.

—Cierto, pero como la oiga ahí dentro, entro.

Recé por Natalie y porque nos dirigiéramos al lugar correcto. Pero la idea me carcomía: ¿y si se la había llevado a otra parte? ¿A un hotel o a una propiedad abandonada?

Volví a llamar a Selena rápidamente.

—¿Has encontrado algo en sus finanzas que indique si se ha registrado en un hotel o ha alquilado un coche?

Kate enarcó una ceja.

Selena no dudó.

—Todavía no. ¿Quieres que lo haga yo y espere para ir, o se lo paso a otro?

—Que se encargue otro de la oficina. Tú ven con Vincent. Necesitaremos refuerzos en San Francisco.

—Entendido.

Colgué.

Kate negó con la cabeza y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—La gente salta en cuanto se lo pides, ¿no?

—Normalmente —dije—. Pero también saben que me jugaría el pellejo por ellos.

—Entendido. Ahora ya sé a quién llamar si alguna vez necesito ayuda.

—Por supuesto. Cuando quieras. Y si alguna vez quieres cambiar de carrera…

—Desde luego, me has dado algunas cosas en las que pensar. Primero cojamos a Natalie y a este tipo. Luego, si eso, ya hablamos.

Aparcamos delante del edificio de apartamentos de Caleb Mercer en San Francisco. No había sitio para aparcar por ninguna parte. Kate maldijo por lo bajo y aparcó en doble fila. Salimos del vehículo y corrimos hacia la entrada. Por el camino, recé en silencio: Por favor, que Natalie esté ilesa.

39

MARTINA

La puerta principal del edificio de apartamentos estaba cerrada con llave. Me detuve, con el pulgar suspendido sobre mi juego de ganzúas, y aproveché el momento para enviarle un mensaje rápido a Selena.

Hemos llegado a casa de Mercer. Vamos a entrar.

—¿Vas a avisar a tu equipo de que vamos a entrar? —le pregunté a Kate, recorriendo con la mirada la calle a nuestras espaldas.

—Sí —susurró—. Acabo de hacerlo.

Antes de que pudiera arrodillarme para forzar la cerradura, la suerte estuvo de nuestro lado. Un residente empujó la puerta desde dentro. Kate le enseñó su placa. El hombre apenas nos miró, con los auriculares puestos, antes de desaparecer en la noche. Nos colamos dentro y nos dirigimos a las escaleras. El pulso me latía cada vez más fuerte con cada tramo. Para cuando llegamos al sexto piso, tenía la boca seca y me sudaban las palmas de las manos.

La puerta de Mercer, la 613, se encontraba al final de un pasillo. Escaneé las esquinas. No había cámaras. Solo nosotras. Me volví hacia Kate. —Llamaré yo primero. Si no contesta nadie, entramos.

Ella asintió, sabiendo lo que significaba. Al diablo el protocolo, la vida de Natalie pesaba más que las normas. Nos movimos en tándem, con las armas desenfundadas, acercándonos a la puerta. Golpeé con los nudillos y di un paso atrás. Escuchamos, pero solo nos respondió el silencio.

Volví a llamar y luego pegué la oreja a la puerta. El corazón me martilleaba tan fuerte que casi no lo oigo, el leve roce de un movimiento en el interior. Me quedé helada y luego levanté un dedo para indicarle a Kate que esperara.

Silencio de nuevo.

Retrocedimos unos pasos por el pasillo. —¿Cómo quieres proceder? —dije en voz baja—. Creo que hay alguien ahí dentro. Si uso la ganzúa, podría oírla y entrar en pánico. Deberíamos entrar rápido y por sorpresa.

Kate enarcó una ceja con escepticismo. —¿Tienes mucha experiencia echando puertas abajo?

—He echado abajo unas cuantas —dije sin inmutarme—. No es tan difícil como parece.

Esbozó una sonrisita, pero asintió levemente. Decisión tomada.

Me acerqué sigilosamente a la puerta, con la adrenalina zumbando en mis venas. Me preparé. Una patada fuerte, y un estruendo resonó cuando la madera del marco de la puerta se astilló y esta se abrió de golpe, estrellándose contra la pared.

Dentro, la escena me dejó paralizada.

Natalie, con los ojos como platos, estaba inmovilizada en las garras del hombre, con el brazo de él rodeándole el cuello. Una pistola le apuntaba a la sien.

—¡Policía! —gritó Kate, con el arma apuntando al hombre—. ¡Suelte el arma! ¡Ahora!

El hombre, Caleb Mercer, si estábamos en lo cierto, sonrió, pero fue una sonrisa que no le llegó a los ojos. —Me parece que no —dijo, y apretó con más fuerza a Natalie.

Kate mantuvo la calma. —¿Qué es lo que quiere?

—Quiero que se vayan. Váyanse y ella estará bien. ¿Verdad, Natalie?

Los ojos de Natalie se abrieron de par en par mientras intentaba asentir.

Él continuó: —Natalie sabe que no tengo ningún deseo de hacerle daño a ella ni a usted, inspectora Maddox, pero tampoco tengo ningún deseo de ir a la cárcel —hizo una pausa y observó a Martina—. Usted debe de ser Martina Monroe. Encantado de conocerla. Solo desearía que fuera en mejores circunstancias.

¿Sería posible negociar? —Yo también he querido hablar con usted, Caleb.

Él asintió, pero su arma y su agarre sobre Natalie no vacilaron. —Debería haber sabido que lo descubriría, señorita Monroe. Si alguien podía, esa era usted.

Si sabía que lo descubriría, ¿por qué enviarme las postales de Navidad? —¿No era eso lo que quería?

Me miró a los ojos. —Quería que supiera lo que hicieron. Lo que siguen haciendo. Creo de todo corazón que usted es la única que podría llevarlos ante la justicia. Aunque me sorprende un poco que su compañero, el sargento retirado Hirsch, no esté aquí con usted.

Kate dijo: —No. Le ha tocado aguantarme a mí.

Kate estaba agitada, pero yo necesitaba mantener la calma en la situación si queríamos sacar a Natalie, y a nosotras mismas, de allí con vida.

Él ladeó la cabeza. —No es una mala elección como nueva compañera, supongo. Nuestra amiga en común, Natalie, me ha dicho que le tiene mucho aprecio a la inspectora Maddox. Desde luego, parece que tienen chispa.

Kate se acercó un poco más. —Déjese de tonterías. ¿Qué quiere a cambio de la seguridad de Natalie?

Negando con la cabeza: —Qué poca paciencia. ¿Nunca le dijeron sus padres que la paciencia es lo que trae Papá Noel por Navidad?

—No.

—Es verdad. Sus padres murieron cuando usted era pequeña y tuvo la desafortunada experiencia del sistema de acogida. Lo lamento de veras. Y estoy bastante impresionado de que le haya ido tan bien en la vida. Bien hecho. No todos tuvieron esa suerte.

—¿Cómo lo sabe? Usted no creció en el sistema.

—Conocí a alguien que sí. Alguien que me importaba profundamente. Por desgracia, la herida era demasiado profunda.

—Lamento oír eso.

Mientras Kate continuaba la conversación con Caleb, sopesé si tenía un tiro limpio. ¿Vería que apretaba el gatillo? ¿Sabría que acabaría con él sin dudarlo?

Él continuó: —Sí, fue bastante desgarrador verla caer en esa espiral autodestructiva. Murió, ¿sabe? En Nochebuena. La Navidad nunca pudo volver a ser la misma después de eso.

Eso respondía a la pregunta sobre el momento de los asesinatos.

—¿Fue víctima del incendio de Navidad de 2005 en Oakland? —preguntó Kate.

—No, eso fue mucho antes de que la conociera. Pero veo que ha hecho los deberes.

Eso significaba que nos habíamos equivocado de pista con Robert Flurry, el superviviente del incendio. Quizás esa fue la intención de Caleb desde el principio. La otra pregunta que me quemaba por dentro era: ¿estaba lo suficientemente distraído? ¿O podríamos distraerlo lo suficiente como para neutralizarlo?

Antes de que pudiera prepararme para disparar, oí pasos acercándose al apartamento. Con una rápida ojeada vi que eran civiles, probablemente vecinos de Caleb. Grité: —¡Policía! Aléjense del apartamento.

Los vecinos se alejaron a toda prisa. La policía no tardaría en llegar, y eso podía ser bueno o malo. El tiempo se estaba acabando.

Caleb entrecerró los ojos. —Creo que es hora de que se vayan.

Con una mirada sincera y un tono de voz uniforme, dije: —Caleb. Se ha acabado. Entendemos lo que intentaba hacer. Natalie contará su historia. Y yo trabajaré con Kate para hacer justicia a los niños de acogida que necesitan nuestra ayuda. Pero tiene que dejar ir a Natalie. Podemos terminar con esto pacíficamente.

Sacudió la cabeza, y su mirada se ensombreció. —Por desgracia, no creo que podamos.

40

NATALIE

Casi se me salía el corazón del pecho cuando su brazo se apretó con más fuerza alrededor de mi garganta, con la pistola apuntando ahora a Martina y a Kate. Nunca en mi vida había estado tan aterrorizada. Sabía de lo que era capaz. Había estudiado sus patrones, comprendía sus motivos. Ese conocimiento no me ofrecía ningún consuelo, porque si yo, o ellas, lo provocábamos de la manera equivocada, moriríamos todos en este apartamento. Y, en sus propias palabras, había dicho que esto no terminaría pacíficamente. Por supuesto que no. Lo sabía por haber hablado con él esta noche. ¿Qué podía hacer?

El estruendo de la puerta al ser derribada de una patada todavía resonaba en mis oídos. Seguro que los vecinos lo habían oído. Seguro que la policía ya estaba de camino. Los refuerzos tenían que estar llegando. Por Dios, que los refuerzos estuvieran de camino.

El sudor me resbalaba por la cara y me escocía en los ojos. Me ardía el pecho por las respiraciones superficiales y frenéticas. Me arriesgué a mirarlo, a Dexter, o Caleb, o comoquiera que se llamase en realidad. Mi voz salió ronca, temblorosa.

—Si me mata, el artículo no saldrá.

Su única respuesta fue apretar más, cortándome otro jadeo.

—No es verdad, Natalie. Está en tu ordenador. Puedo enviárselo yo mismo a tu editor. O al New York Times o a todo el mundo. Mi historia no termina contigo.

Tenía razón, pero valía la pena intentarlo. Analizando la situación, éramos dos contra uno. Tres, si me contaba a mí. ¿Qué podía hacer?

¿Podrían Martina y Kate dispararle antes de que él apretara el gatillo? Quería creer que sí. Tenía que hacerlo. Las lágrimas me corrían por las mejillas, calientes y humillantes, mientras imágenes de mi vida pasaban por mi mente: los rostros de mis padres, que se fueron demasiado pronto. La universidad. La emoción de mi primer artículo con mi nombre. La imprudente decisión de quedar con una fuente cuando sabía que había un asesino suelto, un asesino que sabía mi nombre y dónde vivía. ¿Qué había hecho realmente en mis veintinueve años de vida? ¿Me recordaría alguien si moría aquí esta noche?

Sorbí con fuerza por la nariz y levanté la mirada. Los ojos de Kate se clavaron en los míos, feroces e inflexibles. En ellos ardía la determinación, y no me cabía duda de que preferiría morir antes que dejarlo ganar. Martina también. Ambas mujeres irradiaban una determinación de acero que nunca antes había visto. Y entonces me di cuenta.

Quizá no estaba indefensa.

Quizá podía ayudar.

Asentí muy levemente, una pequeña señal que Kate no podía pasar por alto, y luego cerré los ojos con fuerza. Solo tenía una oportunidad, y tenía que aprovecharla.

41

DETECTIVE KATE MADDOX

Desde este ángulo tenía un tiro limpio…, limpio, a excepción del cuerpo tembloroso de Natalie, ahora aprisionado contra su pecho. Un movimiento en falso, un solo espasmo de su dedo en el gatillo, y ella estaría muerta. Me dolían las manos de la presión de mantener el arma firme, con el dedo en el gatillo y la respiración contenida en lo alto de la garganta.

Entonces lo vi, el más leve asentimiento de Natalie, una señal para mí. Iba a hacer algo o se estaba preparando para aceptar su terrible destino. No si yo podía evitarlo.

Mientras cerraba los ojos con fuerza, se movió. Le clavó el tacón en el pie, con la fuerza suficiente para hacerle gruñir. Él vaciló, solo un instante, y perdió la concentración.

Se me encogió el pecho.

Era ahora o nunca.

Apunté al torso y apreté el gatillo. El estruendo rasgó el aire, ensordecedor. Un momento después, sonó otro disparo. El cuerpo de él se sacudió con violencia y la pistola se le desvió hacia un lado mientras le flaqueaban las rodillas. Arrastró a Natalie medio paso con él antes de desplomarse en el suelo; la sangre se extendía bajo su cuerpo. Tenía la pierna ensangrentada y doblada en un ángulo antinatural. El segundo disparo había sido de Martina.

Natalie se tambaleó hacia delante y cayó en mis brazos. Sollozaba, temblaba, pero estaba viva. Mientras la abrazaba con fuerza, Martina corrió hacia el hombre, le apartó el arma de una patada y comprobó sus heridas. ¿Había sido un disparo mortal? Desde luego que esperaba que sí.

42

MARTINA

Tumbado boca arriba, un charco de sangre se extendía bajo Caleb. El disparo de Kate le había dado en el pecho, pero podría no ser mortal. La rodilla, destrozada por mi disparo, lo hacía retorcerse y gemir de agonía. Todavía no estaba muerto. Puede que incluso tuviera una oportunidad de sobrevivir, lo que significaba pasar el resto de su vida entre rejas.

Si Natalie no hubiera actuado, si no hubiera sido lo bastante valiente para defenderse, puede que no hubiéramos tenido esta oportunidad. Había sido lista y más valiente que la mayoría. Yo ya había apartado su arma de una patada al otro lado de la habitación, pero no me fiaba de que no reuniera fuerzas. Los monstruos como él suelen encontrar la energía cuando no deberían quedarle. Mantuve mi pistola apuntándole.

—¿Tienes esposas? —pregunté.

La voz de Kate sonó a mi espalda.

—¿Las necesitas?

—Sí.

Mis ojos permanecieron fijos en Caleb mientras Kate me las pasaba. Tenía los ojos abiertos, vidriosos pero aún inquisitivos, y me miraba como si no pudiera creer lo que había sucedido. Le cogí los

brazos y le puse las esposas. Las pulseras de plata eran un regalo de Navidad para la Bahía.

Mientras lo miraba desde arriba, presioné las palmas de las manos contra su pecho para intentar frenar la hemorragia. Su rostro estaba contraído por el dolor. Yo no era Dios. No era quién para decidir quién vivía o moría. Solo podía asegurarme de que los inocentes estuvieran a salvo. Esa era la diferencia entre nosotros: él había elegido la venganza. Yo, la justicia.

A mi espalda, oí a Kate.

—Voy a dar el aviso.

Las sirenas ya sonaban débilmente a lo lejos; alguien más del edificio debió de llamar cuando derribamos la puerta. Aun así, era importante que Kate diera la noticia. El Asesino de la Navidad había sido atrapado. No volvería a hacer daño a nadie. Aunque, por lo que habíamos averiguado de sus víctimas, no derramaría ni una lágrima por ninguna de ellas. Eso no justificaba lo que había hecho.

Caleb dio una sacudida con la pierna sana, intentando zafarse de mí. Su voz sonó áspera y rota.

—Dígaselo, Martina. Tiene que decírselo.

—Lo haré —dije con el corazón desbocado—. Iremos a por ellos.

Por primera vez en mi carrera, después de décadas de acabar con mafiosos, policías corruptos y sindicatos del crimen organizado, sentí que había pasado algo por alto. El sistema de acogida. Los niños que se colaban por las grietas del sistema. A los que nadie había protegido.

Miré la cara de Caleb. Su mueca, su dolor. Y debajo, un dolor hueco.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté en voz baja.

Le temblaron los labios. Se le escapó un suspiro entrecortado.

—Linnea. Era... tan preciosa.

El nombre me golpeó como una patada en el pecho. Linnea Porter. Lo había visto en los expedientes del caso, en los informes del Servicio de Protección de Menores. Había vivido tanto en el hogar de los Slade como en el de los Stamford. Sufrió una sobredosis las navidades pasadas. Otra chica perdida a la que nadie había salvado, aunque parecía que quizá Caleb lo había intentado.

Apreté más las manos sobre su pecho, sintiendo cómo su corazón flaqueaba bajo mis palmas.

—Haremos justicia por ella, Caleb. Por Linnea.

Su mirada se suavizó. Una sonrisa ensangrentada se dibujó en su boca y luego se desvaneció mientras sus ojos empezaban a cerrarse. La sangre se filtraba rápidamente entre mis dedos mientras yo apretaba. El pecho de Caleb se convulsionó bajo mis manos y cada respiración era un estertor agónico.

Sus ojos se abrieron ligeramente y se quedaron fijos en mí, tan pronto salvajes como vacíos, como si no pudiera decidir si yo era su verdugo o su confesor. Ya había visto esa mirada antes. Movió los labios mientras la sangre le burbujeaba en las comisuras.

—Linnea —volvió a graznar, como si el propio nombre pudiera retenerlo allí. Su rostro se contrajo, mitad mueca, mitad súplica.

Me incliné más, forzando la voz para que sonara firme.

—Haremos justicia por Linnea.

Y, por un instante, no lo vi como un asesino, sino como un hombre triste y desconsolado. Entonces, la lucha se desvaneció de él. Su cuerpo se desplomó, su pecho se aquietó bajo mis manos. La luz se apagó en sus ojos, dejando solo una mirada vítrea clavada en el techo.

Me dejé caer sobre los talones. Kate seguía al teléfono, con voz apremiante, informando de lo ocurrido. Natalie se aferraba a ella, sollozando sobre su hombro.

Durante un largo instante me quedé arrodillada allí, con las manos resbaladizas de sangre, contemplando al hombre sin vida que había sembrado el terror navideño en la ciudad. Las sirenas sonaban ahora más cerca, resonando por las calles. Lo encontrarían esposado, reducido, pero ya muerto.

Se había acabado.

Pero mientras me ponía en pie, con las rodillas entumecidas y el corazón apesadumbrado, un pensamiento ardía con más fuerza que el resto. Linnea Porter. Un nombre que solo había existido en expedientes olvidados, en el silencio de una tumba, y que ahora un hombre que había convertido el duelo en violencia sacaba a la luz. Ella se merecía algo mejor. Todos se lo merecían.

43

NATALIE

El cuerpo no paraba de temblarme. Todos los nervios me vibraban, como una corriente eléctrica que zumbaba justo bajo mi piel. La mano de Kate aferrando la mía era lo único que me mantenía en pie, lo único que impedía que me derrumbara en el suelo.

Quería cerrar los ojos, aislarme de todo, pero no podía. Tenía la mirada clavada en Caleb, que yacía en la alfombra con la camisa empapada en sangre.

Estaba muerto. No era lo que yo quería. Por lo que me había contado, no era del todo malo. Pero sí lo bastante como para pasarse el resto de su vida en la cárcel. Me odiaba por ello, pero una parte de mí deseaba oír lo que diría a continuación. Me había contado su historia, pero ¿era toda la historia? ¿Tenía algo más que contar? Había hecho cosas horribles, pero seguía siendo una persona. Una persona que había sentido con intensidad y a la que habían herido terriblemente.

Sabía por lo que había estado luchando, por muy retorcido que fuera. Había leído entre líneas en su historia, y oírle pronunciar su nombre, Linnea, me provocó un escalofrío que ni todo el calor de Kate podía disipar. Si todos hubiéramos muerto aquí esta noche, nadie habría contado nunca la historia de ella.

Las lágrimas me corrían calientes por las mejillas y me nublaban la vista. Me dolía la garganta donde su brazo me había apretado con fuerza, y cada inspiración era superficial, pero me obligué a mirar. Me obligué a recordar. La voz de Kate se abrió paso entre mis pensamientos:

—No lo mires. Ya no puede hacerte daño.

Pero ella no lo entendía. Ya me lo había hecho. Y a menos que yo lo escribiera, a menos que terminara lo que había empezado, esa herida nunca sanaría.

44

MARTINA

MINUTOS DESPUÉS, el pasillo se sumió en el caos. Unas botas retumbaron por el pasillo mientras el equipo de los SWAT entraba en tropel, gritando órdenes, con las radios graznando y las manos aferradas a las armas a pesar de que la pelea ya había terminado.

—¡Sospechoso abatido! —ladró Kate—. Una rehén recuperada, necesita atención médica inmediata.

Los sanitarios se abrieron paso a empujones entre la primera oleada de agentes. Se arrodillaron junto a Caleb, con el chasquido de sus guantes al ponérselos mientras me apartaban a un lado. Mi cuerpo se desplomó con el movimiento repentino, como si toda la tensión de la pelea se hubiera desvanecido de golpe.

—¿Constantes vitales? —preguntó uno de los sanitarios.

El otro negó con la cabeza, mientras sacaba las palas de un maletín. Siguieron el procedimiento para intentar salvarlo, pero incluso desde unos metros de distancia podía ver que era demasiado tarde. Caleb se había ido, o estaba tan cerca de la muerte que ninguna cantidad de tubos y descargas lo devolvería a la vida.

Retrocedí, exhausta, y dejé que el equipo se hiciera cargo. Ese era su papel ahora, no el mío. Detrás de mí, su equipo había acorralado a Kate. Capté fragmentos de la conversación, la voz cortante de su teniente, el tono medio aliviado, medio enfadado de

alguien que sabía que se había saltado el protocolo. —No deberías haber entrado sin refuerzos.

Kate tenía la mandíbula tensa y los ojos enrojecidos, pero levantó la barbilla. —Si no lo hubiera hecho, estaría muerta.

Tras una larga pausa, Tatum dijo: —Bueno, ha parecido un buen disparo, Maddox, y me alegro de que esté bien.

Estaba claro que Kate sabía defenderse sola y que su supervisor directo la respetaba. Lo de Natalie era harina de otro costal. Los sanitarios la envolvieron en una manta que engullía su menuda figura, con sus voces rápidas y directas. —¿Cuál es su nombre? ¿Sabe dónde está? ¿Alguna herida que no podamos ver? —Ella respondía en voz baja, apenas moviendo los labios.

La humillación de la situación me dolió por ella. La trataban como una prueba, una frágil pieza de propiedad catalogada para el informe. Y quizá fuera necesario, pero yo veía lo que ellos no. La forma en que sus ojos volvían una y otra vez al cuerpo de Caleb en el suelo. Probablemente aún sentía el agarre en su cuello, grabado en su memoria, aunque él ya hubiera expirado.

Quería cruzar la habitación, sentarme a su lado, decirle que había hecho algo más que sobrevivir, que ella había sido la que le había dado la vuelta a la pelea. Pero las palabras parecían inútiles en medio de aquel torrente de ruido. Me quedé en el pasillo, esperando a que la policía y los sanitarios hicieran su trabajo antes de poder reunirme con Kate y Natalie.

Mi móvil vibró. Un mensaje de Selena.

Llegamos en cinco minutos.

Me quedé mirando las palabras un buen rato antes de contestar.

Sospechoso abatido. La policía está aquí. Os veo fuera, delante del edificio.

Por un momento pensé en Caleb. No había sido un monstruo nacido de la codicia o el poder. Su violencia había surgido del dolor.

¿Era eso cierto? ¿O siempre había sido un psicópata que simplemente se había activado con la muerte de Linnea? No todos los psicópatas se convertían en asesinos, pero Caleb sí.

Linnea Porter. Una niña de acogida que se había colado por todas las grietas del sistema hasta que murió de una sobredosis las Navidades pasadas. No la había conocido. Ni siquiera había oído su nombre en voz alta hasta que Caleb lo exhaló con su último aliento. Y, sin embargo, ella había impulsado cada decisión que él había tomado desde entonces, cada vida que había arrebatado.

Me froté los ojos, que de repente me pesaban. Se habían perdido demasiados niños como Linnea, y nunca me había parado a pensar en ello. Seguro que no todas las familias de acogida eran malas. Kate era la prueba de ello. Gracias a una madre de acogida cariñosa, la directora de su último hogar de grupo, había encontrado una carrera y se había convertido en una adulta de éxito. De verdad esperaba que los Stamford y los Slade fueran la excepción, y no la norma.

Antes de bajar, quise ver cómo estaba Kate para decirle que iba a reunirme con mi equipo. En el pasillo, le dije: —Buen trabajo ahí dentro.

—Tú también.

—¿Cómo lo llevas?

Sus hombros parecieron relajarse. —Me alegro de que Natalie esté bien.

—Tiene suerte de tenerte.

—Creo que es al revés.

—Quizá es que tenéis suerte de teneros la una a la otra.

Ella asintió.

—Mi equipo está abajo. ¿Me necesitas?

—No creo. Pueden tomarte declaración allí.

—Vale.

Tras un instante, di un paso adelante y la abracé. Habíamos pasado juntas por una situación muy dura, y quería que supiera que la entendía y que estaba ahí para ella.

Al soltarla, le dije: —Si necesitas algo, lo que sea, que sepas que estoy aquí.

Una pequeña sonrisa se formó en sus labios. —Gracias, Martina. Lo sé.

Aliviada, salí del pasillo y me abrí paso para salir de aquel caos.

Fuera, el aire era gélido, y mi aliento formaba vaho. Sentaba bien. El parloteo de los polis se había desvanecido y, por primera vez desde que la puerta se había astillado bajo mi bota, había silencio.

Desde la calle, oí una voz familiar. —¿Martina?

Me giré y vi a Selena y Vincent. —Madre mía, cuánto me alegro de veros.

Y era verdad. Tras los abrazos, les puse al corriente de la situación. El reinado de terror navideño de Caleb había terminado, pero el trabajo no. Era poco probable que el Departamento de Policía de Oakland investigara las acusaciones contra los Slade y los Stamford o los Servicios de Protección de Menores y cualquier fallo en el sistema de acogida que necesitara ser expuesto. Pero yo sí lo haría, y mi equipo también. No solo haríamos justicia por Linnea, la haríamos por todos los que la necesitaran.

Unos minutos después se nos unió Kate. Tras las presentaciones, dijo: —Los sanitarios van a bajar a Natalie. Voy a ir al hospital con ella.

—Por supuesto.

La mirada feroz en sus ojos me dijo que llevaría el recuerdo y el trauma de esta noche para siempre, pero que también sobreviviría. Era una superviviente, y Natalie también. Se tenían la una a la otra, lo que las ayudaría a superar esta tormenta.

Después de que los sanitarios llegaran y se fueran y nos hubieran tomado declaración, Selena, Vincent y yo vimos cómo sacaban el cuerpo de Caleb del edificio en una bolsa negra. Otra víctima. La adrenalina que me había sostenido se había esfumado, dejándome entumecida, fría y cubierta de la sangre de otra persona. Estaba deseando irme a casa y rodearme del calor de mi familia.

45

NATALIE

En urgencias había demasiada luz y demasiado ruido. Las luces fluorescentes zumbaban sobre mi cabeza, la sábana de papel que tenía debajo crujía con cada movimiento y el olor a antiséptico me revolvía el estómago. Me aferré a la manta que me habían echado por encima, intentando detener los temblores de mis manos. Me dolía la garganta donde su brazo me había inmovilizado; cada trago era un recordatorio.

La puerta se abrió con un clic. Kate se coló dentro, ya sin la chaqueta y con las mangas arremangadas. Tenía el pelo húmedo pegado a las sienes y los ojos enrojecidos, pero se la veía firme y serena, al contrario que yo. Arrastró una silla hasta el lado de la cama y se sentó.

—Hola —dijo en voz baja—. ¿Qué tal estás?

Solté una risa que no era una risa de verdad.

—Ni siquiera lo sé. Siento como un zumbido por todo el cuerpo. Y mi cabeza… —Me la apreté con una mano—. No deja de reproducirlo. Una y otra vez. A él. La pistola.

Kate se inclinó hacia delante.

—Es normal. Probablemente sigues en estado de shock. Se te pasará. —Su mirada se suavizó—. Pero lo hiciste bien ahí dentro,

Natalie. Más que bien. Te defendiste. Me diste la oportunidad de disparar.

Las lágrimas me nublaron la vista. Negué con la cabeza.

—O podría haber conseguido que nos mataran a todos. No pensé, simplemente… —Se me quebró la voz—. No podía dejar que siguiera teniendo el control.

Kate ladeó la cabeza.

—Fue instinto de supervivencia. Confiaste en tus instintos. Y estás viva por ello.

Viva. La palabra me pesaba en el pecho. Pero la voz de él también resonaba allí. Linnea.

Tragué saliva, haciendo una mueca por el escozor de la garganta.

—Cuando dijo su nombre… Linnea. Sentí… no sé. Tristeza. Me había hablado de ella, pero no había dicho su nombre hasta esos últimos momentos.

—Martina lo ha relacionado todo. Linnea Porter fue una niña de acogida en los dos hogares que estábamos investigando.

Asentí.

—La quería. De forma obsesiva. Ese dolor… es lo que impulsó todo esto. Me contó por lo que pasó ella y cómo él intentó ayudarla, pero no pudo. Eso lo consumía por dentro.

La verdad de aquello me oprimía. Caleb Mercer estaba muerto, pero Linnea había muerto primero, y si no tenía cuidado, su historia se desvanecería bajo la de él. Eso es lo que él quería, que su violencia fuera recordada como la justicia de ella. Pero no era justicia. Nunca podría serlo.

Me sequé las mejillas húmedas.

—Quería que todo tratara sobre él vengándola. Vengándolos a todos. Pero si lo escribo así, sus crímenes lo eclipsarán todo. Linnea no será más que una nota a pie de página en su retorcida historia.

Kate me estudió con el ceño fruncido.

—Pues no lo escribas así.

La sencillez de sus palabras me sacudió.

—Cuéntalo de otra manera —dijo—. Cuéntalo para que se recuerde a Linnea, no a él. Ya has sobrevivido a su ataque. No dejes que se adueñe también de la historia.

El nudo de mi pecho se aflojó, solo un poco. La mano de Kate se posó suavemente sobre mi brazo. Tenía un efecto tranquilizador y estabilizador. Como si, teniéndola de mi parte, pudiera hacer cualquier cosa. Me aferré a la manta con más fuerza.

—Eso es lo que haré. Me aseguraré de que esto trate sobre ella. Sobre los niños a los que el sistema les falló. No sobre él.

Kate me dedicó una sonrisa mínima, cansada pero feroz.

—Bien.

Por primera vez desde que el cañón de la pistola se apretó contra mi sien, creí que no solo viviría, sino que viviría con un propósito.

46

MARTINA

HABÍAN PASADO tres días desde que atrapamos al Asesino de la Navidad y garantizamos la seguridad de Natalie, así como la de cualquiera que hubiera acabado en la lista negra de Caleb Mercer. Un registro de su apartamento en San Francisco confirmó que no había terminado. Llevaba casi un año planeando su reinado de terror.

Había dos nombres más en esa lista. Se suponía que la última víctima moriría en Nochebuena. Saber que habíamos evitado esos asesinatos, saber que habíamos salvado al menos dos vidas más, me trajo una sensación de paz. También despertó nuestra curiosidad sobre qué habían hecho esas presuntas víctimas para acabar en su lista. Investigamos sus antecedentes y descubrimos que se trataba de otros hogares en los que Linnea había estado en acogida. Tras nuestra investigación, quedó claro que eran tan malos como los Slade y los Stamford. La policía abrió una investigación y los procesaría si lograban reunir un caso sólido. Recé para que la justicia prevaleciera.

La policía también quedó satisfecha de que las tres escenas del crimen se atribuyeran a Caleb Mercer. La balística coincidía con el arma encontrada en su apartamento de San Francisco, y la historia de Natalie no solo proporcionaba un móvil, sino también una

confesión en sus propias palabras. Si no hubiera muerto, habría acabado en la cárcel. Un monstruo menos.

Nunca llegamos a encontrar a Robert Flurry. Tal vez ese fuera un caso para resolver otro día.

Acurrucada en el sofá, sostenía un moca humeante entre las manos y observaba cómo las virutas de menta se derretían en el chocolate. El calor de la bebida navideña se extendió por mi cuerpo mientras daba un sorbo. Frente a mí, sobre la mesa de centro, había un ejemplar de The Bay Insider. El artículo de Natalie ocupaba la portada. Lo cogí y empecé a leer. Desde el principio supe que no era la típica historia sensacionalista sobre un asesino en serie.

Mientras mis ojos recorrían la página, sentí el dolor en sus palabras, la cruda honestidad de alguien que había visto la oscuridad y se negaba a que las víctimas quedaran reducidas a meros titulares.

MÁS ALLÁ DEL ASESINO DE LA NAVIDAD: LA VIDA Y PÉRDIDA DE LINNEA PORTER

Por Natalie Sloane - The Bay Insider

SAN FRANCISCO, California - Las luces de Navidad aún brillaban en la bahía cuando el reinado de terror navideño llegó a su fin. El domingo por la mañana, las familias se despertaron con titulares que anunciaban la muerte del hombre conocido como «el Asesino de la Navidad». Durante las dos últimas semanas, sus crímenes habían ensombrecido la temporada. Las chimeneas, que ya no eran símbolos de calidez, y las mesas, recordadas por la sangre en lugar de la alegría. Los padres mantuvieron a los niños en casa. Las reuniones navideñas llevaban un trasfondo de miedo. Barrios enteros observaban el calendario con pavor.

Todo terminó en un apartamento de San Francisco, donde la policía abatió a Caleb Mercer tras un secuestro con rehenes. Su muerte trajo alivio, pero también preguntas: ¿quién era este hombre?, ¿por qué en Navidad? y ¿por qué ahora? Por primera vez, tenemos respuestas.

Un móvil nacido del dolor

En un equivocado intento de contar su historia, Mercer me tomó como rehén. Quería que el mundo conociera su misión, convencido de que sus asesinatos no eran crímenes, sino una retorcida forma de justicia. En el centro de todo estaba su difunta novia, Linnea Porter.

Linnea creció en el sistema de acogida familiar, yendo de casa en casa, con una vida marcada por el trauma y el abandono. Mercer me contó que recurrió a las drogas para escapar de esos recuerdos. A pesar de sus esfuerzos por ayudarla a desintoxicarse, Linnea murió de una sobredosis en la Nochebuena del año pasado. Su muerte se convirtió en la obsesión de él, una herida que nunca sanó, una pérdida que intentó vengar con un baño de sangre.

Un rastro de violencia

Los asesinatos de Mercer se desarrollaron como un macabro calendario de adviento, con cada crimen relacionado con la festividad. Entre sus víctimas se encontraban Garrett Slade, un hombre descubierto encajado en una chimenea; Margaret Lawson, una mujer asesinada en una bañera y decorada con luces de Navidad; y, por último, James y Julie Stamford, una pareja asesinada a tiros y colocada en su mesa de comedor como si aún esperaran la cena de Navidad.

Todos estaban conectados por un hilo escalofriante: el pasado de Linnea como niña de acogida. Los Slade y los Stamford fueron sus padres de acogida, y Lawson, la trabajadora social asignada a su caso. Los investigadores creen ahora que Mercer eligió a sus víctimas de forma deliberada, en un intento de castigar a quienes, en su opinión, le habían fallado. Su puesta en escena era grotesca, pero calculada; una exigencia de que la ciudad, y quizás el mundo, viera el sufrimiento de ella.

El terror terminó en el sexto piso de un apartamento de San Francisco. Mercer me retuvo a punta de pistola, con la voz quebrada mientras me suplicaba que escribiera la historia de Linnea. La policía irrumpió en la habitación y le dispararon. Su última palabra fue el nombre de ella.

Relatar sus crímenes con detalles morbosos sería conceder a Mercer la notoriedad que ansiaba. Pero ignorarlos sería borrar las

vidas que arrebató. Su violencia dejó una cicatriz en esta ciudad. Sin embargo, su historia nunca debería eclipsar la de Linnea.

Un sistema en crisis

La vida de Linnea no fue un caso aislado, sino el reflejo de un sistema que falla a demasiados. Hoy en día, más de cuatrocientos treinta y siete mil niños viven en el sistema de acogida familiar en Estados Unidos. Sus probabilidades son desoladoras. Apenas la mitad se gradúa a tiempo en el instituto. En California, es solo el 53 %, en comparación con el 83 % del estado. A los veintiún años, el 23 % ha sufrido sinhogarismo, el 26 % ha estado en la cárcel y casi la mitad tiene problemas de desempleo hasta bien entrada la veintena. Menos del 8 % llegará a obtener un título universitario. No son solo cifras. Son futuros perdidos antes de empezar.

Historias de cambio

Sin embargo, hay señales de progreso. En todo el país, hay programas que demuestran que, cuando la compasión y los recursos se unen, los resultados mejoran. La iniciativa Dec My Dorm de California proporciona a los jóvenes en acogida que entran en la universidad ropa de cama, lámparas y artículos de primera necesidad: pequeñas cosas que aportan dignidad en una etapa crítica de la vida. Y el College Bound Docket de Texas transforma las salas de los juzgados en espacios de apoyo donde los adolescentes planifican su educación, vivienda y empleo. Desde 2019, ha ayudado a más de cien jóvenes y ha proporcionado exenciones de matrícula hasta los veintisiete años. Por otro lado, el programa piloto de preservación familiar de Misuri desvía fondos a intervenciones tempranas, manteniendo a más niños seguros en sus hogares. Estos esfuerzos no borran los fracasos, pero señalan lo que es posible.

En memoria de Linnea

La vida de Linnea Porter siguió una trayectoria trágicamente común: múltiples hogares de acogida, comunidades fracturadas y un sistema que le dio pocas oportunidades para prosperar. No fue un símbolo de venganza ni una justificación para la violencia. Era una joven que merecía algo mejor. Si su nombre nos obliga a afrontar verdades incómodas —las brechas en la graduación, el sinhogarismo y las dificultades de cumplir la mayoría de edad sin estar

preparado—, entonces su vida cobra un significado que va más allá de la sombra de los crímenes de Mercer. Linnea Porter. Que nunca la olvidemos, no como la obsesión de un asesino, sino como una joven que debería haber tenido un futuro.

Secándome una lágrima de la comisura del ojo, me sentí orgullosa de Natalie. La conocía desde hacía poco tiempo, pero estaba claro que de verdad se preocupaba por la gente. No era una periodista sensacionalista que iba detrás de los detalles morbosos de crímenes terribles. Sí, informaba sobre ellos, pero siempre con un sentido de humanidad y responsabilidad, con un trasfondo de esperanza de que la gente pudiera quererse un poco más y cuidarse un poco más los unos a los otros. Creía que llevaba esa compasión en la sangre.

Cuando terminé el artículo, dejé el teléfono. Charlie estaba sentado a mi lado en el sofá y Barney saltó alegremente a su lado.

—¿Has terminado de leer el artículo? —me preguntó.

—Sí. Es espectacular.

—Eso mismo he pensado yo. Tiene mucho talento.

—Sí.

Charlie se echó hacia atrás.

—Sabes, su calvario daría para un buen libro de true crime.

Como escritor, tenía ese instinto.

—Quizá deberías hablar con ella de eso hoy.

Ni Natalie ni Kate tenían parientes cercanos, pero habían forjado un vínculo como de hermanas. Kate cuidaba de Natalie, y Natalie admiraba a Kate con confianza y admiración. Era algo especial, un recordatorio de que la familia no siempre es cuestión de sangre. A veces, la gente como ellas necesitaba algo más que protección. Necesitaba un sentimiento de pertenencia.

Como si lo hubieran invocado, sonó el timbre y Barney ladró su emocionado anuncio de que nuestros primeros invitados de Navidad habían llegado. Me levanté y me encontré con Zoey y Henry en el pasillo mientras ella se dirigía a la puerta.

—Ya abro yo —dije. Si eran Natalie o Kate, no quería que se encontraran con un desconocido. Con una rápida mirada a Zoey, no pude evitar pensar en lo maravilloso que era tenerla en casa. No había lugar donde la quisiera más que aquí, en nuestro hogar, con Henry a su lado. La adoraba como debía, y no podía imaginar una Navidad sin ellos dos.

Me asomé por la ventana y vi a Natalie y Kate en el porche. Debían de haber decidido compartir coche. Abrí la puerta de un tirón.

—¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad —respondieron ellas a coro, sonriendo.

—Adelante, pasad.

Charlie apareció a mi lado para cogerles los abrigos.

—Dejadme que os coja esto —dijo, colgándolos ordenadamente en el armario del recibidor.

—Natalie, Kate, este hombre que os está robando los abrigos es mi marido, Charlie —dije, señalándolo. Detrás de mí, Zoey se rio por lo bajo con Selena—. Y, por supuesto, ya conocéis a Selena. Esta es mi hija Zoey y su marido, Henry —. «Su marido». ¿Me acostumbraría alguna vez a eso?—. Y ahí a vuestros pies está Barney. Le gusta saludar a todo el que entra por esta puerta.

—Hola, Barney —dijo Natalie, arrodillándose para darle unas cuantas caricias. Barney se arrimó a ella, meneando la cola en señal de aprobación.

—Entrad, por favor —dije—. Charlie ha preparado una gran variedad de bebidas. Chocolate caliente, café, lo que os apetezca.

—Un chocolate caliente suena genial —dijo Natalie, con el rostro iluminado mientras entraba.

—A mí me encantaría un café —dijo Kate.

Charlie sonrió.

—Tenemos nata montada, virutas de menta y puedo prepararlo tipo moca.

A Kate se le iluminaron los ojos.

—Eso suena increíble.

—Lo es —le dije con una sonrisa—. Ya voy por el segundo del día.

Las conduje al salón, donde Barney ya estaba lanzando un juguete por el suelo, a ver si alguien quería unirse a él para intentar derrotar al muñeco de jengibre de peluche.

—Qué festivo —dijo Kate, mirando el árbol decorado, los calcetines sobre la repisa de la chimenea y el ligero aroma a velas de canela en el aire.

—Normalmente no hago gran cosa, pero este año la familia ha insistido.

Selena se acercó y murmuró en voz baja:

—Y no hay cadáveres, así que está bastante bien.

Kate sonrió de medio lado.

Como esperaba, las dos se habían hecho amigas íntimas enseguida.

Charlie regresó con chocolates calientes y cafés, de cuyas tazas salía vapor. Selena se sentó con las piernas cruzadas en la alfombra, riendo mientras Barney apoyaba la cabeza en su regazo. Zoey estaba sentada en el sofá con Henry, con las manos entrelazadas.

—Por favor, poneos cómodas.

Sentada en el sofá, Natalie dijo:

—Y ¿quién más va a venir?

—Hirsch y su familia vendrán dentro de poco —dije, repasando los nombres con los dedos—. Vincent y su familia, mi madre y su marido, Ted. Mi hermano y su familia. Va a estar la casa llena.

—Qué bonito es tener una familia grande —dijo Natalie en voz baja.

—A la mayoría los hemos encontrado por el camino —dije con una sonrisa.

Kate asintió.

—Es verdad. Trabajas con Vincent, y trabajaste con Hirsch.

—Así es. Una gran familia feliz en Drakos Monroe —me reí—. Bueno..., la mayor parte del tiempo. Y siempre estamos buscando grandes talentos —bromeé—. Si alguna vez quieres colgar la placa...

Kate se rio.

—No sé si estoy preparada para eso. Pero casi me hiciste cambiar de opinión al ver lo que sois capaces de hacer en tan poco tiempo. Es increíble.

—Tenemos un gran equipo.

—Ya lo veo.

Me senté en el sofá junto a ellas.

—Tu artículo fue increíble, Natalie.

—Oh, gracias —sus mejillas se sonrojaron.

Charlie se inclinó hacia delante.

—Muy impresionante.

Él y yo intercambiamos una mirada. Dije:

—Charlie también es escritor. Ha publicado ya tres libros.

Los ojos de Natalie se abrieron como platos.

—¿De verdad?

—Sí —dijo Charlie con una sonrisa—. El mejor trabajo del mundo. —Vaciló y luego preguntó—: ¿Alguna vez has pensado en escribir un libro? ¿Quizá sobre tu experiencia?

Ella asintió, con el rostro iluminado.

—¿Crees que sería buena idea?

—Totalmente. Si quieres algún consejo para terminar tu primer manuscrito, estaré encantado de ayudarte.

—Vaya. Puede que te tome la palabra. Muchas gracias.

Mientras la conversación banal continuaba, miré alrededor de mi salón, lleno de risas y calidez, y sentí una oleada de alegría. Quizá nunca había conocido tanta.

El timbre volvió a sonar. Barney ladró fuerte y corrió tras Selena, que fue a abrir.

—Por aquí, Barney es el jefe de seguridad —bromeó Charlie.

La sala se echó a reír.

Momentos después, Selena regresó con Audrey, que chilló de alegría mientras perseguía a Barney por el salón. Cogió uno de sus juguetes, un bastón de caramelo de peluche, y los dos forcejearon por él antes de que ella lo lanzara al otro lado de la habitación. Barney saltó tras él, triunfante.

Me levanté del sofá con los brazos abiertos.

—¡Feliz Navidad, Kim! ¡Hirsch! Y feliz Navidad, Audrey.

—Feliz Navidad a ti también —dijo Kim afectuosamente.

Hirsch me dio un apretón de lado.

—Feliz Navidad.

Audrey se rio.

—¡Feliz Navidad a todos!

Zoey se inclinó hacia ella.

—Posiblemente otra futura veterinaria —bromeó. Zoey había cuidado de Audrey cuando era más pequeña, y pensé que quizá se le había pegado algo de ese amor por los animales.

—Dejad que haga las presentaciones —dije, guiando a Kim y Audrey hacia Kate y Natalie. Pronto todos se mezclaron como viejos amigos, tejiendo risas y conversaciones.

No pude evitar pensar en la suerte que teníamos todos de habernos encontrado. Quizá fue el momento, o simplemente la suerte de dónde trabajábamos, pero me gustaba creer que era algo más grande que eso. Que, de alguna manera, Dios o el universo nos habían conectado. Que estábamos destinados a encontrarnos.

La familia no siempre era de sangre. A veces era la gente que aparecía, que estaba a tu lado en la oscuridad y que luchaba por ti cuando nadie más lo hacía.

Hirsch se acercó, sacándome de mis pensamientos.

—¿En qué piensas?

—En la suerte que tenemos todos de tenernos los unos a los otros.

Asintió.

—Tienes razón. Todos tenemos muchísima suerte. Me alegro de que hayamos podido venir.

Hirsch tenía parientes lejanos con los que había celebrado el día anterior, y tuvimos la suerte de que pudiera estar con nosotros el día de Navidad.

Añadió:

—No me perdería esto por nada del mundo. Aunque, la verdad, Audrey no paraba de hablar de ver a Barney.

—¿Todavía no tenéis perro?

—Todavía no —dijo Hirsch, negando con la cabeza—. Pero pronto. Después de las fiestas, nos pondremos a buscar a nuestro nuevo miembro de cuatro patas para la familia.

—Tu vida cambiará para siempre.

—No me cabe la menor duda.

En poco tiempo, la casa empezó a llenarse. Mi madre llegó, su risa resonando por el pasillo junto con el aroma de todas las galletas que habíamos horneado. Mi hermano entró con su mujer, acunando a su bebé. Vincent y su familia los siguieron. El salón bullía de conversaciones y risas, una mezcla de saludos y abrazos.

Barney se movía entre las piernas, meneando la cola, con la esperanza de conseguir una de las galletas que mi madre había horneado. La mesa se quejaba bajo el peso de más comida y dulces de los que nadie podría terminar. Magdalenas y galletas cubrían todas las bandejas, torres glaseadas de rojo y verde que parecían multiplicarse cada vez que miraba.

Me quedé en medio de todo aquello, con el brillo de las luces de Navidad reflejándose en las ventanas, el zumbido de la alegría rodeándome, y di gracias a Dios por darme una familia tan hermosa. No solo la que me había tocado al nacer, sino la que había encontrado por el camino. Era, en efecto, una muy feliz Navidad.

¡Gracias por leer *Su Noche Silenciosa*: un thriller navideño de Martina Monroe! ¡Espero que lo hayáis disfrutado! Si queréis más material de lectura para una Navidad oscura y espeluznante, las siguientes páginas contienen los enlaces a las fuentes de los crímenes navideños reales sobre los que se escribe en la historia. (¡Sí, son reales!).

UNA NOTA DE H.K. CHRISTIE

¡Gracias por leer Su noche silenciosa! Espero que los giros de la trama os hayan mantenido pasando las páginas hasta altas horas de la noche.

A lo largo del libro, Natalie escribe e informa sobre crímenes reales cometidos cerca de Navidad, así como sobre estadísticas del sistema de acogida de Estados Unidos. Todos los casos y estadísticas son reales, a excepción del incendio de Navidad de 2005 con el único superviviente, Robert, y, por supuesto, los crímenes ligados al personaje de ficción Caleb Mercer.

Si queréis profundizar en los casos y estadísticas reales, a continuación encontraréis las fuentes que he utilizado para escribir este libro.

Ah, y una última cosa: si algo me ha enseñado este libro es que jugar a ser Papá Noel y colarse por una chimenea es una idea pésima.

Os deseo unas fiestas llenas de paz, alegría y quizá unos cuantos sustos de ficción, porque la vida real ya tiene suficientes.

H.K. Christie

Crímenes navideños

Caso de Adolph Laudenberg (1972-2003, California, EE. UU.)

«El estrangulador de Papá Noel»

Adolph Theodore Laudenberg, «el estrangulador de Papá Noel», es sospechoso de asesinar a varias mujeres a principios de la década de 1970 en San Pedro (Los Ángeles) y en San Francisco. Fue condenado por el asesinato de Lois Petrie el día de Navidad de 1972 después de que los investigadores cotejaran el ADN de un vaso de café que había usado con pruebas de la escena del crimen. Aunque admitió (a sus familiares) que había cometido más asesinatos, solo fue acusado por el caso Petrie. Fue condenado a cadena perpetua con posibilidad de libertad condicional. Los Angeles Times+2Los Angeles Times+2

• Más información: Los Angeles Times - «Man Is Charged in 1972 Murder; He Is Suspected of More Killings» (Un hombre es acusado por un asesinato de 1972; es sospechoso de más asesinatos) Los Angeles Times · Los Angeles Times - «Man, 80, convicted in ’72 murder» (Un hombre de 80 años, condenado por un asesinato del 72) Los Angeles Times · Wikipedia - Adolph Laudenberg Wikipedia

Caso de Bruce McArthur (2010-2017, Toronto, Canadá)

«Papá Noel, el asesino en serie»

Entre 2010 y 2017, Bruce McArthur, un jardinero paisajista de Toronto, tuvo como objetivo a hombres —muchos de ellos del barrio LGTB «Gay Village» de Toronto—, a menudo aprovechándose de vulnerabilidades como el aislamiento social, la situación migratoria o la falta de vivienda. Los atraía, los mataba (frecuentemente por estrangulamiento), desmembraba sus cuerpos y escondía los restos en maceteros y otros lugares. Fue arrestado en 2018, se declaró culpable de ocho cargos de asesinato en primer grado en 2019 y fue condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional durante 25 años. Wikipedia+2The Canadian Encyclopedia+2

• Más información: The Canadian Encyclopedia - Bruce McArthur Case (Caso de Bruce McArthur) The Canadian Encyclopedia · The Guardian - «‘Pure evil’: Toronto serial killer given eight life sentences» («Pura maldad»: un asesino en serie de Toronto recibe ocho condenas a cadena perpetua) The Guardian

Los asesinatos de Navidad de Dayton de 1992 (24-26 de diciembre de 1992, Dayton, Ohio, EE. UU.)

Una banda de cuatro miembros conocida como la «Downtown Posse», con integrantes de entre 16 y 20 años, llevó a cabo una brutal oleada de robos y asesinatos durante las vacaciones de Navidad de 1992. Seis personas fueron asesinadas y otras dos resultaron heridas. Los móviles incluían el robo y silenciar a posibles testigos. El cabecilla, Marvallous Matthew Keene, fue condenado a muerte (y ejecutado en 2009); los otros tres —Heather Matthews, Laura Jeanne Taylor y DeMarcus Maurice Smith— recibieron condenas de cadena perpetua. Wikipedia+2Oxygen+2

- Más información: Wikipedia - 1992 Dayton Christmas murders (Asesinatos de Navidad de Dayton de 1992) Wikipedia · Dayton Daily News - «Christmas killings in Dayton ... map and timeline» (Asesinatos de Navidad en Dayton... mapa y cronología) dayton-daily-news · Oxygen.com - Dayton Ohio Christmas Crime Spree, Explained (Explicación de la oleada de crímenes navideños de Dayton, Ohio) Oxygen

Masacre de la familia Lawson (1929 - Germanton, Carolina del Norte)

El día de Navidad de 1929, Charles Lawson asesinó a su esposa y a seis de sus siete hijos antes de quitarse la vida. El hijo superviviente, Arthur, había salido a hacer un recado.

- Wikipedia - Asesinato de la familia Lawson
- Blog del Departamento de Recursos Naturales y Culturales de Carolina del Norte

Desaparición de los niños Sodder (1945 - Fayetteville, Virginia Occidental)

En la Nochebuena de 1945, la casa de la familia Sodder se incendió. Cinco de los niños desaparecieron y nunca fueron encontrados, dando lugar a décadas de investigación y misterio.

- Wikipedia - Desaparición de los niños Sodder
- Revista Smithsonian - Los niños que se hicieron humo

Doble homicidio navideño de los Denney (2007 - Locust Grove, Oklahoma)

Jack y Elaine Denney fueron encontrados muertos a tiros el día de Navidad de 2007. Tras 11 años, una pista relacionó a Justin

Walker con los asesinatos; este se declaró culpable en 2019 y recibió una condena de 40 años.

- Oxygen - Resuelven el asesinato navideño sin resolver de los abuelos del vecindario
- News On 6 - Un hombre de Tahlequah se declara culpable
- KTUL - Cierran finalmente un caso de doble asesinato de hace una década en el condado de Cherokee
- KJRH - Un hombre se declara culpable y recibe 40 años de condena

Masacre de Nochebuena de Covina (2008 - Covina, California)

En la Nochebuena de 2008, Bruce Jeffrey Pardo, vestido de Papá Noel, atacó la casa de sus exsuegros con armas de fuego y fuego, asesinando a nueve personas antes de suicidarse.

- Wikipedia - Masacre de Covina
- Los Angeles Times - Los cuidadosos planes del pistolero salieron mal
- ABC News - Hallan un noveno cuerpo en la masacre de Nochebuena

Caso de Kristy Bamu (2010 - Londres, Reino Unido)

El día de Navidad de 2010, Kristy Bamu, un joven de 15 años que visitaba a su familia en el este de Londres, fue torturado y ahogado por su hermana Magalie Bamu y la pareja de esta, Eric Bikubi, quienes afirmaban estar «purgando el mal». Ambos fueron condenados por asesinato en 2012.

- The Guardian - Pareja condenada a cadena perpetua por el asesinato por brujería de Kristy Bamu
- The Independent - Una pareja, culpable de un asesinato por brujería
- BBC News - Asesinato por brujería: la muerte de un joven conmociona al Reino Unido

Muertes relacionadas con chimeneas

Caso de Cody Caldwell (2015 - Huron, California)

Un presunto ladrón de 19 años bajó por una chimenea durante un robo. El dueño de la casa encendió el fuego, sin saber que había alguien dentro. Caldwell murió por inhalación de humo y quemaduras.

- Revista Time - Un ladrón muere tras quedar atrapado en una chimenea
- CBS News - Un presunto ladrón muere en una chimenea después de que el dueño de la casa encendiera el fuego
- The Fresno Bee - Un ladrón muere en una chimenea después de que el dueño de la casa encendiera el fuego

Caso de Harley Dilly (2020 - Port Clinton, Ohio)

Un chico de 14 años fue encontrado muerto en una chimenea tras haber sido dado por desaparecido durante varias semanas. La causa de la muerte fue asfixia por compresión.

- Business Insider - Un chico de 14 años muere en una chimenea: la causa fue asfixia por compresión

Caso de George Brewster (1875 - Fulbourn, Inglaterra)

Un deshollinador de 11 años murió tras quedar atascado en un conducto de humos, lo que condujo a reformas en las leyes sobre el trabajo infantil.

- Cambridge Past, Present & Future - George Brewster: el último niño deshollinador

Muertes históricas en chimeneas (siglo XX)

Múltiples casos de ladrones, niños y muertes accidentales en chimeneas a lo largo del siglo XX.

- VICE - Breve historia de gente que se ha quedado atascada en chimeneas (y ha muerto)

Caso de Phil Longcake (2019 - Carlisle, Inglaterra)

Un hombre quedó atrapado en la cima de una chimenea de 88 metros; a pesar de los esfuerzos de rescate, murió de hipotermia e inflamación cerebral.

- The Guardian - Muere un hombre tras ser encontrado colgando de una chimenea de Carlisle

Caída por una chimenea en Londres (2015 - Londres, Inglaterra)

Un hombre murió tras caer por el hueco de una chimenea en Londres.

- The Guardian - Muere un hombre tras caer por una chimenea en Londres

Estadísticas y programas de acogimiento familiar

Datos nacionales sobre acogimiento familiar (Estados Unidos)

Más de 437.000 menores viven en el sistema de acogida en EE. UU.; solo la mitad se gradúa de secundaria a tiempo, y menos del 8 % obtiene un título universitario.

- Informe AFCARS n.º 29 (Children's Bureau, 2022)
- National Foster Youth Institute - Datos sobre el acogimiento familiar
- Departamento de Educación de California - Datos sobre jóvenes en acogida

Programas que generan un cambio

- Iniciativa Dec My Dorm (California) - Proporciona artículos esenciales para residencias a jóvenes en acogida que empiezan la universidad.
- Programa College Bound (Texas) - Conecta a jóvenes en acogida con educación, vivienda y exenciones de matrícula hasta los 27 años.
- Programa piloto de preservación familiar de Misuri - Financia intervenciones tempranas para mantener a los niños seguros en sus hogares.

ACERCA DEL AUTOR

H.K. Christie es autora de más de veinte novelas de suspense y thriller criminal que han conquistado a lectores de todo el mundo. Con un estilo adictivo y giros inesperados en cada capítulo, sus historias combinan misterio, tensión psicológica y personajes inolvidables.

Apasionada por el género de la novela negra, H.K. Christie crea tramas llenas de secretos familiares, investigaciones policiales y asesinos implacables que mantienen al lector en vilo hasta la última página.

Si te gustan los thrillers psicológicos, los misterios llenos de suspense y las heroínas fuertes, las novelas de H.K. Christie se convertirán en tus próximas lecturas imprescindibles.

www.authorhkchristie.com